

R. 17963

CARTAS

DESDE

LOS SITIOS AZOTADOS

POR

LOS TERREMOTOS

EN ANDALUCÍA

ESCRITAS

POR

UN QUIDAM.

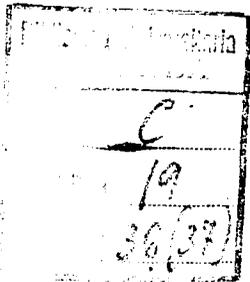


MADRID:

Librería Nacional y Extranjera,

59. JACOMETREZO 59.

1885.



Madrid 1885 R. 17963

CARTAS

DESDE

LOS SITIOS AZOTADOS

POR

LOS TERREMOTOS

EN ANDALUCÍA

ESCRITAS

POR

UN QUIDAM.



MADRID:

Librería Nacional y Extranjera,

59. JACOMETREZO 59.

1885.

AL QUE LEYERE.

Pocas palabras han de servir á este humilde libro de introduccion. No viene con pretensiones ni ha nacido del genio de un historiador. Sólo se propone dos objetos que al mismo tiempo disculparán su origen. Comisionado por la caridad de muchos para emprender este viaje, debo dar cuenta á los que me mandaron de cómo he llenado mi cometido. Luego, estimo como sagrado deber de todos los que han presenciado estas desgracias y visitado los sitios asolados por los terremotos que exciten el interes y la simpatía de cuantos pueden alcanzar con su palabra en favor de los desgraciados. Porque seria error muy grave el creer que con el socorro llevado, ya se hayan remediado los males en su mayor parte. Mucho se ha hecho; más queda por hacer. La caridad ha sido inmensa como la mar: empero su movimiento no debe cesar como no cesan las olas del océano.

Por tanto no nos ha parecido obstáculo á la publicacion de estas cartas, escritas en su mayor parte sobre el mismo terreno, teatro de la desgracia, la tardanza á que nos obligaron la enfermedad grave de una hijita y la premura de otros trabajos. Para la caridad nunca es tarde. Estamos además convencidos que todo lo hecho hasta

ahora para socorrer aquellas desgracias no son más que preliminares, ó por mejor decir, fundamentos sólidos echados en medio de las ruinas, sobre las que se ha de levantar el nuevo edificio. ¡A trabajar pues!

No ha tratado el autor de esconder ni su patria ni su religion, ni en el libro ni en el viaje mismo, aunque confiesa sinceramente que asimismo jamás ha hecho alarde ni de una ni de otra. Encubrirlas, hubiera sido faltar á la sencilla verdad de lo que aconteció en el viaje; más aun, consideramos como una de las glorias más señaladas del cristianismo original, único padre de la verdadera caridad, que las diferencias de nacion, secta, estado, desaparezcan ante él. Desde que saben que Dios amó al mundo, sus hijos no pueden estrechar su amor dedicándolo á una partícula sola de este mundo. Y si por una parte estamos lejos de negar verdadera caridad á los que no creen en lo que llaman ciertos dogmas, estamos por otra parte segurísimos de que tambien la caridad de ellos brota de la fuente del Gólgota que ha derramado su bendicion sobre toda la humanidad, acepten ó no el sacrificio.

Si este librito, cuyo producto íntegro será destinado al socorro de los mismos desgraciados, les gana algunos nuevos amigos, ó incita á los que ya han hecho algo á que no desmayen en hacer bien, el autor se sentirá ampliamente recompensado de sus trabajos realizados en las horas de la noche, únicas que ha podido invertir en su confeccion. No se busque el nombre, lo rogamus, y si se llega á saber, no se divulgue. Si haciendo caridad, la mano izquierda no ha de saber lo que hace la derecha, menos aun deben aparecer las personas.

Que el ángel de la caridad tome este librito bajo sus alas protectoras y salude en él á los que tanto la necesitan y la merecen.

UN QUIDAM.

I.

Preparativos y peripecias del viaje.

Conmovidó, como todos, por las terribles desgracias que en la noche del 25 de Diciembre del año próximo pasado habian caído sobre las pobres provincias de Granada y Málaga, me habia apresurado á contribuir con mi óbolo á remediar tamaños infortunios; habíame alegrado igualmente que otros fuesen inmediatamente al sitio de los desastres, á gobernar y dirigir la buena aplicacion de los socorros; pero jamás habia pensado en ir yo mismo á aquellas provincias para ver lo que en verdad sin haberlo visto, no se puede formar idea de ello. Mas algunos amigos de Alemania y de Suiza me escribieron que tenian pensado hacer suscripciones públicas para excitar la caridad de sus compatriotas en favor de las víctimas de los terremotos, con la condicion expresa de que estos socorros serian distribuidos personalmente por mi mano. Negarme entónces, hubiera equivalido á robar á estos infelices la ayuda que la caridad cristiana les preparaba en aquellos paises; tuve, pues, que aceptar, bien convencido de que era una empresa delicada y difícil. No me engañaba: los viajes eran penosos, las vias de comunicacion á veces casi intransitables, el tiempo lluvioso, la molestia no pequeña; mas jamás habia soñado con que los ratos más felices de mi vida me los habia de proporcionar el dulce go-

zo de distribuir yo mismo lo que la caridad no sólo de los ricos y hacendados, sino más aún de los de escasa fortuna, y hasta de los pobres, habia recogido, ver las lágrimas de alegría y de agradecimiento, cuando por la emocion profunda la lengua se negaba á pronunciar palabras, oír las mil y mil bendiciones que enviaban á sus amigos desconocidos que les mandaban aquel socorro en nombre y por amor de nuestro comun Salvador. No siendo más que mandatario, me parece un deber comunicar á mis lectores algo de estas impresiones.

Lo principal que hace falta para cualquier viaje en España, aunque no sea más que para un paseo por la sierra de Guadarrama, si no quiere uno verse conducido á la cárcel por los guardias civiles, es una cédula de vecindad; en mi caso se necesitaba además una documentacion oficial. Diríjeme por lo tanto con una credencial del embajador de Alemania al Ministerio de Estado para procurarme la certificacion oficial.

«Traiga V. antes los derechos en papel sellado,» me dijeron allí.

«Señores,» les contesté, «si Vds. leen el documento, verán con qué objeto se ha expedido. No puedo creer que en este caso Vds. cobrarán derechos, que siempre han de disminuir los fondos destinados á las provincias desgraciadas.»

«No hable V. más; es inútil. No se dará la certificacion sin el dinero.»

«Pues queden Vds. con Dios; prefiero darlo á algun pobre de Andalucía,» y me fuí sumido en serias reflexiones sobre este monstruo moderno que se llama Estado. Las compañías de los ferrocarriles me dieron con suma amabilidad el libre pase por sus vías, y me alegré, pensando que de esta manera los fondos llegarían sin mer-

ma á su destino, cuando hé aquí que en la estacion me piden «el impuesto del Estado» sobre el billete. Es decir, que las compañías extranjeras renuncian gustosamente al precio del billete, porque se trata de remediar grandes desgracias del pais. Mas *El Estado*, que debería ser el padre que acoge á todos sus hijos en su infortunio, no puede hacer otro tanto, aún tratándose de sus propias provincias. ¿Si será España el pais de las regularidades, cuando no caben excepciones en los impuestos, ni siquiera cuando los terremotos ponen á dos provincias en un estado excepcional? En fin, enriquecido con una decepcion más, y empobrecido de algunas pesetejas, marché en el tren hácia Andalucía.

En una estacion de cuyo nombre no quiero acordarme, subió al departamento en que estaba solo, un elegante jóven con una maleta en la mano; fue despedido por gran número de amigos que le deseaban feliz viaje y que se divertiese mucho en el carnaval de Sevilla. En vano traté de trabar conversacion con él; me contestó en monosílabos, lo cual en su caso especial era muy justificado. Porque hé aquí que en una de las estaciones más próximas sube una señorita, vestida de negro, que le abraza entre lágrimas y sollozos, y aunque discreto me recliné en los cojines como si durmiera, era fácil comprender que ella se habia escapado de la casa paterna para unir su suerte con la de su amado. Así el hombre prosáico fue convertido de repente en testigo ocular de una linda novelita. Ellos creían que el importuno viajero dormía tranquilamente; pero ¿quién podia dormir en circunstancias tan interesantes? ¡Cuántos besos apasionados, mientras el tren estaba en movimiento, y cuántas palabras tiernas, que aunque apenas articuladas, pudo coger el oído atento! «¿Me amarás siempre, siem-

pre?» La contestacion no la pude oir, pero tampoco era necesario; porque, ¿qué otra cosa podia contestar sino: «Hasta la eternidad?»

Pensaba que querian pasar juntos el carnaval de Sevilla; pero este, sin duda, no les habia servido para otra cosa que para alegarlo como pretexto, porque se apearon en Córdoba conmigo; y cuando más tarde entré en el salon de espera, tambien mis palomitos estaban allí descansando. Estaba escrito que habian de sufrirme como testigo, lo cual no parecia agradecerles mucho, aunque me porté como era debido, metiéndome en un rincon y aparentando el tranquilo sueño del sabio rey, que como fin de todas las delicias de este mundo habia encontrado que todo era *vanitas vanitatum*. Ella no era hermosa, ni siquiera bonita, aunque supongo que á él le pareceria uno y otro, pero tenia ojos negros, grandes, muy expresivos, apasionados, que hacian olvidar que habia pasado ya de los veinte abriles. Sin duda él habrá pensado: «Vale más lo moreno de mi morena que todo lo blanco de la azucena.» Y además, las manos que rodeando su cuello le atrajeron una y otra y mil veces, para colmarle de besos ardientes, más ardientes y ardentísimos, eran muy finas, aristocráticas y blancas como la nieve.

Ahora se ocupaban ellos sin embargo en darme la prueba de que el amor por sí solo es muy poco nutritivo: porque tenian necesidad de comerse algunos pollos y regarlos con el vino de aquella tierra de las flores y los amores. Luego, para que mejor les aprovechara, se inclinó ella sobre su pecho durmiendo el tranquilo sueño de los justos, mientras él podia aprender por primera vez en su vida lo que quiere decir llevar su cara mitad durante toda una vida en sus manos, cuando ya pesa tanto con sólo reclinarse sobre nosotros. No pude menos de

acompañar con mis votos más benévolos esta naciente felicidad y desearles despues de este principio romántico un buen fin en buena prosa. Debia tambien ver cumplido el deseo de mi corazon. Porque cuando subí en el tren para Málaga, hé aquí que me encuentro otra vez en el mismo departamento con la amante pareja, y pude ver, cómo en una estacion, de cuyo nombre tampoco quiero acordarme, toda la familia salió á recibirle y él depositó su amada prenda en los brazos de su anciana madre. Más aún, cuando tres semanas más tarde volví, no pude resistir á la tentacion de mirar si los veia en la misma estacion, y en efecto, allí estaban los dos, ya esposos sin género alguno de duda, porque los ojos de ella brillaban ahora como estrellas sin la nube que antes los velaba, y la frente de él mostraba ya algunas arrugas que tan bien sientan á un padre de familia.

Mis lectores deben esta novelita á la buena compañía de los ferro-carriles que me facilitó el billete; porque sin ella hubiera seguido mi costumbre de tomar tercera clase, (ó como suelo decir, porque todo en este mundo depende del punto de vista, *la primera* contando desde atrás) mientras sucesos de esta índole sólo pueden pasar en primera (contando desde adelante). Porque, ¿qué novio sufriria que su amada subiese en otro departamento, ya que no puede proporcionarle un tren especial?

Como digno complemento de este sueño de novios, se presentó algunas estaciones despues un dechado de felicidad matrimonial. Subió un gallardo oficial del ejército á nuestro departamento con su bonita mitad y su arrogante vástago llevado en brazos por ella, el cual, por más que mientras el tren andaba, volvía al cósmos las inasimilables sustancias de su ser somático, constituía la in-

mensa dicha de sus jóvenes padres. Así pasaban pronto las horas de recreo, y se acercaba el principio y el campo de los trabajos serios é incesantes.

Era la tarde cuando llegamos á Granada. No se conocía que estábamos en Andalucía y á últimos de Febrero; caía una lluvia torrencial; las sierras estaban aún cubiertas de nieve; el viento silbaba fuertemente; ¿pero quién puede detenerse cuando se trata de llevar socorros á los necesitados? Además, ¿no sufrían aquellos más, sin albergue, sin fuego y sin pan? Pensándolo así, nonos detuvimos más que lo indispensable para tomar los informes necesarios y arreglar los medios para llevar el socorro á donde más falta hacia. ¡Y mientras tanto se celebraba en Granada el Carnaval! ¡Qué contraste tan triste! Dios habla en truenos y terremotos, y le responden con carcajadas de tontos y locos. La iglesia romana ha sabido sacar el Rosario en todas partes, mas no ha podido suprimir el Carnaval. Siempre me ha fastidiado esta costumbre pagana en un país civilizado; hoy me inspiraba desprecio y asco. Y no deseaba siquiera para mí un día de sol, contentísimo de que estas tonterías que ahora más bien parecían ultrajes á la humanidad doliente que á pocas leguas de Granada yacia en la miseria más espantosa, fueran interrumpidas por los rios del cielo. Si aquellos hombres y mujeres de corazón de piedra no querían reblandecerse, á lo menos se calaban hasta los huesos. ¿Quién sabe si entónces alguno de aquellos bufones, refugiándose en una casa, no se habrá acordado con vergüenza de los pobres infelices que no tenían ni casa ni albergue, mientras á él le sobraba el dinero para derrocharlo? ¡Ojalá que nos hubieran podido acompañar! Sus ojos de seguro se hubieran abierto entónces.

II.

El valle de Erin. Murchas. Talará.

Para conocer bien el terreno en que los terremotos han mostrado con mayor fuerza su terrible furor y que podríamos llamar teatro de las desgracias, es menester que tomen nuestros lectores el mapa en su mano. (1) Siguiendo la carretera, que desde Granada y en dirección de Norte á Sur va directamente á Motril, encontrarán un poco más al mediodía que Padul, el pueblo de Durcal, que por su puente sobre el Rio grande ó Guadalfeo, cuyo primer arco ha sido destrozado, nos dió primeramente á conocer los efectos del terremoto del 25 de Diciembre. Una legua más abajo está el pueblecito de Talará, desde el cual emprendimos el camino rio arriba, rio que oriundo de las alturas que hay más allá de Albuñuelas, desemboca cerca de Talará en el Rio grande. Todo este valle, que

(1) Les recomendamos especialmente el mapa de España y Portugal en cuatro hojas, por C. Vogel, en el que se encuentran la mayoría de los pueblos visitados; se vende en la Librería Nacional y Extranjera, Madrid, Jacometrezo 58; al ínfimo precio de 7 pesetas. Es el mapa más cómodo y más exacto de cuantos hasta ahora se han publicado.

por el Sur está limitado por la Sierra de Almirajara, separado por el Poniente de Jayena por montañas altas y una llanura muy elevada, mientras por el Levante se muestran los altos picos de las Alpujarras, y por el Norte imponente, coronada la augusta frente de nieve eterna, lo domina la reina de las sierras, la Sierra Nevada, con el Cerro del Caballo que tiene una altura de 3.168 metros, todo este valle lleva todavía el nombre árabe de valle de Ecrin, ó sea valle de alegría; los habitantes de la provincia lo llaman generalmente *el valle* por excelencia.

En efecto, jamás se ha presentado á la vista un aspecto más grandioso, sublime y ameno al mismo tiempo, que esta corona de altas sierras, en parte blancas por la purísima nieve que brilla bajo el sol del Mediodía, como lo vimos algunos días más tarde, en parte de una majestad serena, severa, de formas escarpadas é imponentes, encerrando y protegiendo por todas partes un conjunto de valles largos, deliciosos, verdes con el profundo verde de los olivos, color que sólo parecen tener en su patria, Andalucía, y que no tiene nada común con el verde pardo, de color de polvo, que ostentan en las provincias del Norte; como estrellas en el cielo están diseminadas en estos valles las blanquísimas casas de campo, y de vez en cuando alguna de esas poblaciones alegres, de forma irregular, de color claro, al lado de los ríos y riachuelos, cuyos hilos plateados se pueden seguir hasta las cascadas en que saltan de sus patrias montañas. En el fondo aumentan los molinos el bullicioso ruido de los torrentes; en escalas se levantan los jardines, uno encima de otro, llenos de naranjos con su alegre color verde y sus frutos de color de oro; olivos, álamos, nogales, hermocean y varían el cuadro; y al lado de la sierra, campos verdes de trigo, sobre los que se

elevan los pinares que trepan por las rocas. Una sola noche bastó para convertir este valle de alegría en un valle de tristeza, de lágrimas y de sollozos.

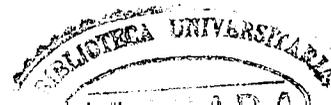
Pasando á saltos el riachuelo que separa Talará de Murchas, ascendimos á la poblacion que está recostada graciosamente sobre la falda de una colina. Nada más pintoresco que la situacion de Murchas; nada más triste que el aspecto que hoy ofrece. Una casa tras otra ha caído en ruinas. La torre está aún en pié, mas partida y medio inclinada; una de las campanas se sostiene apenas, la otra se ha caído; sin embargo está detenida en medio de la ventana de la torre, como si la oscilacion de la torre la hubiera retenido en su caída. Milagro es, que con tantas casas caídas y arruinadas no haya habido más que ocho muertos. Y en verdad, entre los vecinos salvados no hay más que una voz de agradecimiento; ellos no podían cesar de contarnos cómo la mano de Dios les favoreció para que pudiesen escapar ilesos. Todavía hay uno enfermo de las contusiones recibidas, pero se tiene esperanza de salvarle; otro, un muchacho, á quien visitamos, yace ahora hace dos meses en el lecho del dolor y sin esperanza de cura. Encontrábase él aquella noche con seis de sus compañeros en la calle; para protegerse contra el aire fuerte que soplabá, se habían arrimado á una pared; cayó esta al primer empuje y los sepultó á todos. Cuando los vecinos que habían salido ilesos trataron de sacar de los escombros á los que no habían podido librarse, llegaron también á donde estaba aquel desgraciado mancebo. Le libertaron la cabeza, los brazos, el pecho; trataron de sacarle, pero él gritó: «¡No me saqueis, porque las piernas me quedan dentro!» En efecto, desenterrándolo más, tropezaron con la cabeza de uno de sus compañeros, luego con el cadáver de otro, del tercero; los seis que

habian perecido, se habian agarrado fuertemente á las piernas del sobreviviente. Los médicos desesperan de poder salvarle; él lo sabe, pero yace con dulce rostro y sonriendo apaciblemente en la cama en que su amo le recogió, escuchando con agradecimiento las pocas palabras consoladoras que á duras penas podíamos dirigirle; porque hubiéramos preferido llorar con él y con los suyos. Sabia leer y aceptó con gratitud un libro que le regalamos.

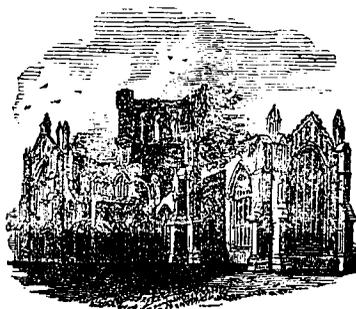
En la casa vecina se encontraba una mujer con el pié aún destrozado, mas en vias de curacion. Nos contó los acontecimientos de aquella noche horrible con las palabras siguientes: «Estaba yo acostada con mis cuatro niños en la cama, dos á la cabecera, dos á mis piés; mi marido estaba ausente con las mulas del amo. Empezó la pequeñita á llorar. Me levanté y me senté con ella al lado de la cama para darle de mamar. De repente se estremece la casa; corro á la puerta; ya no la puedo abrir; caigo de rodillas, lo que me salvó de que no se quebrasen mis piernas, la pequeñuela apretada contra mi pecho. «Madre mía de las angustias,» fue todo lo que pude gritar en aquel momento. Parecia como si toda la casa se viniese encima de mí. Tan apretada estaba, que no podia siquiera mover la lengua. No sé cuánto tiempo pasó; me llamaron, quitaron un peso tras otro de encima, por fin saqué la cabeza; mi único pensamiento eran mis tres hijos. Que la cuarta se habia ahogado aplastada contra mi pecho, lo sabia, pero no me conmovia. Me consolaron diciendo que los tres niños se habian salvado. No lo creí; pensé que me engañaban, tratando con esto de darme aliento y ánimo. Me tomaron la niña blanca como un cadáver de mis brazos cruzados sobre el pecho; por fin me libertaron, pero no podia andar ni hablar.

Veia á mis tres niños vivos; una viga se habia puesto á través del lecho y los habia protegido; á la pequeñita trataron de volverla á la vida con un poco de agua caliente; yo lo juzgué inútil; mas de repente abrió los ojos, sale un vómito de sangre de su boca, el pecho empezó á respirar, y aunque la he tenido muy mala, ya está casi buena.» Me habia llamado la atención de que en vez de acordarse de Dios, habia apelado en aquel momento supremo á la famosa Virgen de las Angustias, patrona de Granada. Parece que ella tiene en todos aquellos pueblos—ó más bien ha tenido—devotos fervientes. Mas la circunstancia de que esta señora, protegiendo á Granada segun creen, ha dejado en abandono y entregados al terrible terremoto á los pueblos de menor importancia de la provincia, ha quebrantado en algo su confianza en aquella protectora veleidosa. Las salvaciones se atribuian ya en todas partes (á lo menos en cuanto se refiere á la gente sencilla, no á los de sacristia,) no á los santos ni á la Virgen sino á solo Dios. Y cuando á esta mujer hablé del amor de Jesus, que por sus hermanos le mandaba algun socorro, y de la bondad de nuestro Padre celestial, que tan milagrosamente la habia salvado á ella con todos sus hijos, exclamó con acento de profunda conviccion: «Toda mi vida me acordaré de aquella noche; mas mi vida entera no bastará para dar gracias á Dios por aquellos momentos.»

Si á pesar de haber caido casi todo el pueblo en ruinas, ha habido entre los 350 habitantes de Murchas tan pocas desgracias personales, se debe esto, despues de la providencia de Dios que permitió á tantos sepultados en los escombros continuar viviendo hasta que vino el oportuno socorro, á los buenos servicios que prestaron los habitantes del vecino Talará, en el que por



fortuna pocas casas se derrumbaron y donde, á pesar de haberse venido la posada abajo, no hubo que lamentar desgracias personales. Los buenos talareños unieron sus esfuerzos, tan pronto como tuvieron noticia de la inmensa desgracia que habia acaecido al pueblo vecino, á los trabajos sobrehumanos que los pocos habitantes de Murchas, que habian podido salir ilesos de sus casas, habian empezado sin pérdida de tiempo. Y ¡cuántas vidas se hubieran salvado en otros pueblos, si los que más cerca vivian hubieran seguido este ejemplo digno de alabanza! Los enfermos y heridos encontraron igualmente en Talará, pueblo de más de novecientas almas, hospitalaria y caritativa acogida, y ademas los vecinos de este pueblo recibieron en sus casas á muchos de los que ya no las tenian. Si inmenso ha sido el desastre que en aquella noche hirió á este valle desventurado, innumerables tambien han sido los rasgos de caridad y abnegacion cristiana en favor de los que sufrieron sus consecuencias.



III

Melegís. Restábal. Saleres.

Pasando otra vez el torrente de Sierra Nevada, caminamos á lo largo de un collado que nos permitió echar una última mirada á las ruinas tristes, sí, pero muy pintorescas á la vez del infortunado Murchas. En lo alto del collado se levanta una ermita á cuyo pie pasa el camino. Si bien las paredes habian podido resistir el terrible sacudimiento del terremoto, en la mitad se habia abierto un boquete, por el cual, sobre montones de escombros, se habian precipitado las imágenes de los santos, que mal podian proteger á la comarca, cuando ellas mismas no habian podido tenerse en pie. Era curioso ver cómo asomaban la cabeza, lavada por la lluvia, entre las ruinas; porque aunque habian pasado ya cerca de dos meses, nadie habia tenido tiempo de ocuparse de ellos, cuando todavia yacian las casas en ruinas y muchos infortunados se cobijaban debajo de las tiendas formadas con astillas y hojas de pita.

La senda por la cual bajamos á Melegís, que está á la orilla del rio, era detestable, peligrosa á veces, y nos

hizo presentir cómo serian los caminos que aún teníamos que recorrer en nuestro viaje. No hay por qué maravillarse de que estos pueblos estén hasta ahora casi excluidos de la civilización y sin contacto con su patria, porque los atractivos de una bellísima comarca no serán nunca bastante grandes, para que los que no están obligados á viajar por ella, se arriesguen á dar caídas peligrosas ó se expongan á sumergirse en el fango. ¡Cuánto trabajo podría proporcionarse á los pobres, solamente con tratar de poner en buen estado los caminos vecinales! Este es el primero de tantos votos fervientes como hicimos al cruzar la comarca, teniendo sin embargo que no se pueda abrigar mucha esperanza de que se realicen.

Melegís ha sufrido muchísimo; en parte porque la manera de construir las casas que allí se sigue, es malísima. Los muros son de tierra y casi desprovistos de piedras que sin embargo no escasean en aquellas montañas. Después de la destrucción por los terremotos vino la lluvia torrencial y mojó lo que antes se había vanagloriado con el nombre de paredes ó murallas, hasta que hicieron una liquidación general en el verdadero sentido de la palabra, y con éxito no ménos desastroso, que el que suelen tener la mayor parte de las liquidaciones. Sobre los escombros, al lado de paredes medio caídas, que nos inspiraron un santo respeto é hicieron moverse nuestros piés con prodigiosa rapidez, mientras mirábamos de reojo lo que aún quedaba en pié para venir abajo mañana, y por debajo de las vigas que sostenían aquellas casas que habían podido escapar á la desgracia común, buscamos nuestro camino á través del pueblo.

Los habitantes que pasan de cuatrocientos, se habían repuesto algun tanto del terror, que no sólo en los primeros días sino también en las semanas siguientes tuvo

á toda aquella comarca sumida en una especie de estupor, de tal manera, que hasta dejaron de buscar los medios para su subsistencia; pensando que cada día podía sobrevenirles otra catástrofe que acabara con lo que aún se encontraba de pié. Así es que vimos ya á algunos en los jardines y terraplenes que se levantan uno encima de otro en las faldas del collado que domina al pueblo, succediendo los olivos y recogiendo las aceitunas; mientras en otras partes encontramos los árboles cargados de frutos, y aunque no faltaban brazos, le faltaba á la gente voluntad para hacer la recolección como en años anteriores lo habían efectuado.

A pesar de las lluvias anteriores pasamos el torrente con facilidad, pudiendo convencernos por propia experiencia, que no debió ser el agua del río lo que impidió al rey pasar á visitar aquellos pueblos, que ya esperaban confiados los socorros y el aliento nuevo que á otros pueblos más afortunados había comunicado la visita del joven monarca. «Pues no llevaba el río entonces tanta agua como hoy,» contestaron á nuestra pregunta en todas partes. No sé por qué conducto llegaron al rey los informes equivocados que privaron á aquellos pueblos de su presencia, tan apreciada en todas partes donde ha estado; pero también aprendimos una cosa: que allí, tratándose de impedimentos, jamás debe uno fiarse demasiado en los informes que se dan generalmente; si hubiéramos hecho esto, hubiéramos invertido por lo menos doble tiempo en nuestro viaje. Porque los obstáculos parecen mayores de lo que son á aquellos habitantes, que sólo están acostumbrados á viajes cortos y á la luz del día; un poco de valor, un buen borrico ó mulo, y á falta de estos, confianza en los caballos negros de San Francisco, que después de todo sirven para

aquellas regiones montuosas aun mucho más que las mejores caballerías, vencen pronto todas las dificultades que ofrecen los caminos, y hasta la mayor parte de los rios pueden por lo general cruzarse á saltos y sin mojar-se los piés.

Restábal es una poblacion de bastante importancia, con cerca de setecientas almas; sus casas suben una tras otra por la falda de la montaña que se eleva bastante perpendicular hácia el Mediodia; la iglesia con su blanca torre está asentada como reina en su trono en medio de las casas sobre una eminencia considerable. Verdad es que ha vacilado este trono de tal manera que parte de la iglesia ostenta grandes grietas y desperfectos. En Restábal mi buena fortuna y la recomendacion de D. Luis Seco de Lucena, quien en sus infatigables trabajos en favor de aquella parte de la provincia de Granada que ha sufrido las consecuencias de los terremotos, ha sido una verdadera providencia, me hizo encontrar á un rico propietario de aquel pueblo, en quien podia depositar toda mi confianza para conocer las necesidades de este y de los pueblos comarcanos. Apenas hube entrado en su casa, y en cuanto supo que mi patria era Alemania, se me presentó como amigo de D. Juan Fastenrat de Colonia, y no escaseó sus elogios á mis compatriotas, los que recibí con gusto, puesto que podia atribuirlos á la amable impresion producida por nuestro comun amigo. Sorpresa verdaderamente agradable fue la de encontrarnos en aquel rincon perdido de España unidos por los lazos de amistad que nos asociaban al escritor hispanofilo aleman. Hizo el viaje en su primera parte con nosotros un jóven pintor aleman, de notable talento, que un dia precisamente despues de la catástrofe habia hecho estudios y bosquejos en Albuñuelas. A pesar de que urgia el tiem-

po, si queríamos llegar antes de la noche á Albuñuelas, no era posible rehusar, sin parecer descortés, la invitacion del nuevo amigo. Sin duda ha quedado en aquella comarca la hermosa costumbre de los antiguos árabes, que no creian haber hecho alianza de amistad con alguién, si antes no habia disfrutado á lo menos del pan y de la sal de su casa; pan y sal, que corriendo los tiempos se convirtió, segun pudimos convencernos por propia experiencia, en vino y bizcochos.

Visitamos luego juntos el pueblo y vimos sus ruinas. Afortunadamente las desgracias personales ocurridas aquí han sido pocas; las salvaciones milagrosas considerables en número. Vimos las ruinas de una casa donde en aquella memorable noche se habia celebrado una boda, ignorando los asistentes de que no habia de ser noche de baile para las personas sino para las casas. Los recién casados con su familia y la alegre compañía se salvaron, aunque hubo que extraer á algunos que fueron sepultados en los escombros. Sobre todo las casas de los pobres se habian venido abajo en gran número; y no se puede tener idea de la inmensa desgracia que el terremoto ha causado, sin haber oido la muda predicacion de tantas casas en ruina, de tantas vigas caidas ó medio sostenidas aun, de tantos techos derrumbados por la fuerza de las sacudidas, de tanta gente sin albergue donde guarecerse contra el frio y la nieve que en aquellas regiones jamás habia caido tan copiosamente desde el año 1860. Gracias á Dios que no ha faltado la aplicacion á este sermon silencioso. Entre los que acudieron á socorrer tantas desgracias, está en primer lugar un noble conde de Bilbao, el que con su jóven esposa recorrió todos aquellos sitios, socorriendo la miseria en todas partes, y lo que es más, poniendo el fundamento con sus dona-



tivos para la reconstrucción definitiva de las casas destruidas. Y después de haber hecho estos viajes penosos y habiendo dejado parte de su rico caudal para beneficio de sus hermanos desgraciados en aquellos pueblos, se encaminaron los esposos á Jerusalem para ver los sitios donde vivió aquel que enseñó á la humanidad á practicar la caridad de esta manera. Las bendiciones de miles de desgraciados que encontraron en ellos el noble corazón y la simpatía verdaderamente fraternal, los habrán acompañado en su viaje, el cual si ántes había sido objeto de tantos hermosos planes y ardientes deseos, ahora llevará en sí la dulce recompensa de la caridad fraternal y los gratos recuerdos de miles de bendiciones de la gente agradecida, bendiciones que de seguro en su día se trocarán en acontecimientos reales y en prosperidad del cuerpo y del alma. Porque ¡bienaventurados son los misericordiosos!

Ya era tarde cuando separándonos de los amigos, bajamos otra vez al río para buscar en su orilla ó en medio de la rambla misma el camino que nos había de llevar por Saleres al último pueblo de aquel delicioso valle de alegría en otro tiempo, y tristísimo á la sazón, al pueblo de Albuñuelas.

No es solamente la naturaleza la que ha tratado de adornar aquella parte de Andalucía con los mayores encantos y bellezas; también el trabajo del hombre ha contribuido y no poco, aprovechando todos los medios que le prestaba aquella región, para convertirla en un jardín de Eden. Los riachuelos corren en multitud de acequias, que no sólo sirven para el riego de los campos y prados, sino que ántes de reunirse otra vez en el lecho común, han de poner en movimiento los molinos de aceite y de trigo, cuyo alegre ruido se une al canto de los

pájaros, al murmullo de las cascadas y al susurro de las abejas. Lo único que hace falta á aquellos jardines suspendidos uno encima del otro, son los caminos; tal vez les sobran, toda vez que se usan las orillas de los ríos como caminos de herradura. En verano esto no va del todo mal; en la primavera sin embargo, el agua cambia y altera muchas veces el camino, y sin el instinto de nuestras caballerías nos hubiéramos visto muy apurados para encontrar la senda que tan pronto pasaba de una orilla á otra, como iba por medio de las mismas aguas que corrían con ímpetu. Por fin alcanzamos el molinillo, que domina aquella parte inferior del valle y subimos lentamente á la ribera izquierda del río hasta Saleres, pueblo de quinientas almas, donde vimos por primera vez el destrozo que el terremoto ha causado en las mismas montañas. Hay un cerro de bastante altura que se eleva detrás de este pueblo, el cual está anidado, como la mayor parte de las aldeas de esta comarca, en el declive de la montaña cual pájaro que busca la protección de las peñas. Esta vez, en verdad, las rocas no sirvieron de refugio y protección, sino sólo para infundir miedo á los que más cerca habitaban; porque una parte de aquel cerro se vino abajo, aunque con tan buena fortuna que la tierra y las piedras no llegaron más que cerca de las primeras tapias del pueblo. Se comprende que el terrible movimiento de la tierra que dividió las rocas, no dejaría intactas las casas del pueblo. Había muchas convertidas en ruinas, aunque no había que lamentar desgracias personales.

Para tomar más informes sobre las desgracias ocurridas nos dirigimos al cura; estaba con el alcalde y con los trabajadores en el campo, mas el ama nos dirigió al secretario del ayuntamiento. Estaba este buen señor

recostado en un sillón, pero casi sin poder articular una palabra, á causa de una dolorosa enfermedad segun nos dijeron en su casa, ó á causa de un estado de completa embriaguez como supimos más tarde y como pudimos ya sospechar á primera vista. Sirviéonos de guía por lo tanto el sacristán, buen muchacho, de escasas luces, que habia salido ileso de su casa en aquella noche, pero que habia perdido cuanto poseia. En vista de que otros no le recomendaban, él se recomendó á sí mismo á nuestros buenos servicios y no en vano. No sabia leer, ni la mayoría de sus convecinos tampoco. En verdad hemos encontrado en toda esta region muy pocas mujeres que sepan leer ó escribir. Proponemos á los que quieran llevar socorros á estos pueblos, que tengan un poco en cuenta el estado de la instruccion en ellos, para que los que no saben leer ni escribir, en igualdad de circunstancias reciban algo menos que los que saben. Esto de seguro servirá de saludable estímulo á la pereza ó indiferencia que los ha dejado en la ignorancia hasta ahora.

Nuestro sacristán que no se cansaba de contar todo lo que les habia pasado, el horror de la terrible noche, los primeros socorros, los donativos bien empleados y á veces mal, como nos lo habia demostrado el aspecto del primer ministro de esta república, nos acompañó buena parte del camino mientras trepábamos por el cerro que se eleva tras del pueblo, y nos dejó muy agradecidos. En lo alto el camino deja ver á veces agujeros de mayor ó menor profundidad, que acusan espacios vacíos debajo de las capas superiores. Este fenómeno, que se repetia con harta frecuencia, me sugirió por primera vez la idea que observaciones posteriores han convertido en una seguridad completa, de que este terremoto obedecia en casi todas partes al movimiento de montañas causado por

corrientes de aguas subterráneas; y á la falta casi completa de árboles en las regiones más altas, árboles que recogiendo las humedades con sus raices y con el follaje que cubre el suelo en que están plantados, no hubieran obligado al agua del invierno y de la nieve á buscar sendas más hondas y derroteros subterráneos, que con el curso del tiempo constituyen verdaderos peligros para los pueblos de los valles, áun en el caso que no haya terremoto, pero sí un movimiento lento y progresivo del suelo movedido desde la sierra al valle. Y si en Alhama tal vez se pueden encontrar indicios de carácter volcánico, no hay duda de que tanto en el valle de Ecrin como luego en la sierra de Tejada, en Zafarraya y Periana, prevalecen las pruebas de que el agua ha sido el principal factor de aquella catástrofe.

Sombreadan nuestro camino los olivos, que en ninguna parte he visto de tal magnitud y belleza, tanto que, segun creo, nadie puede formarse idea de lo que puede ser un olivo, sin haber pasado por el valle de Ecrin. Aún estaban las aceitunas en los árboles, negras, brillantes en el verde follaje, porque la gente no habia tenido ni tiempo ni ánimo para el trabajo, ni casa donde recoger el fruto, puesto que carecian aún en muchas partes de albergue para ellos mismos. Ya oscurecia, cuando bajamos otra vez la falda de la montaña y vimos las primeras casas destruidas de Albuñuelas. El alcalde nos salió al encuentro, y despues de haber buscado y encontrado albergue para Juan el criado y sus caballerías, nos llevó consigo á su habitacion temporal ó tienda de madera, para darnos toda la hospitalidad que su celo y la amabilidad de su esposa podian ofrecer á los cansados viajeros.

IV

Albuñuelas.

En Albuñuelas tropezamos por primera vez con las muestras visibles de la caridad ejercida de una manera tan generosa y rápida por los representantes de diferentes comités y de varios periódicos, tales como *El Círculo Mercantil* de Madrid y los directores de *El Liberal*, *El Imparcial* y *El Defensor de Granada*, y comisiones de Sevilla, Córdoba, Jaen y otros puntos.

En efecto, sin esta ayuda eficaz de los particulares las consecuencias de la horrible catástrofe hubieran sido aún más desastrosas que el mismo terremoto. Con las casetas construidas por estos bienhechores en Albuñuelas se habían formado dos grupos, constituyendo uno de ellos el barrio de Sevilla y el otro el de Córdoba.

Falta hace, en verdad, haber estado en aquellos sitios y haber visto la miseria de aquellas gentes privadas de toda habitación, albergadas en chozas húmedas, inmundas, hechas de primera intención, y de seguro en un estado bastante inferior al en que se encontrarán las cabañas en que habitan los negros del Africa interior,

para apreciar toda la importancia, lo necesario y lo beneficioso de este pensamiento.

Uno de los barrios mencionados está cerca del pueblo; el otro en lo alto de la montaña, y resguardado por la falda de un cerro que lo protege de los vientos del Norte. Lo pendiente del terreno por una parte y lo arenoso del suelo por otra, libraron á las casetas de la humedad de las continuas lluvias; y por propia experiencia podemos dar testimonio de que no se está del todo mal en dichas casetas, sobre todo cuando se disfruta de la hospitalidad de gentes que la ofrecen tan de buena gana y nos rodean con tantas atenciones como recibimos del bueno del Sr. Alcalde y de su solícita esposa.

Además cuando por la noche se reunió en aquella caseta la junta de socorros del pueblo, pudimos enterarnos en amigable coloquio de una manera mucho más satisfactoria de las desgracias y necesidades de aquel pueblo, que de seguro figura entre los que más han sufrido, que si solamente hubiéramos visto las ruinas de las casas del pueblo.

Verdad es que todo esto no nos daba tan cabal idea de los desastres de aquella terrible noche, como cuando á la mañana siguiente visitamos con algunas de las personas principales, las casas del pueblo una por una.

En el camino habia yo recogido unas bellísimas flores de *siempreviva* que allí crecen en grande abundancia, sin saber, como me informó en el camino una anciana, que allí acostumbraban á llamar á esta flor *flor de la muerte*. Por todo el terreno estaban diseminadas estas estrellas azules con el fondo de verde oscuro, que tal vez deben su triste nombre á que se hallan muchas veces en los cementerios. Aquí á lo menos estaban en su lugar,

porque en efecto Albuñuelas se ha convertido en la ciudad de la muerte; las casas están casi todas en ruina, los cadáveres extraídos pasan de ciento. Sin duda muchos hubieran podido ser extraídos vivos si en los primeros momentos ó en los primeros días á lo menos no se hubiera carecido de todo socorro del exterior; pero ¿qué podían hacer los pobres vecinos del pueblo, cuando la cuarta parte de sus familias se hallaban bajo los escombros, juntamente con todos los instrumentos de que hubieran podido servirse para sacarlas? Ellos, en verdad, han trabajado, con esfuerzos sobrehumanos día y noche hasta encontrarse enteramente faltos de fuerzas, y muchos apenas con fuerzas para poderse tener en pié despues de tantas desgracias como habian experimentado: mas en vano esperaron la ayuda de sus hermanos más felices; por lo visto estos tenían qué hacer otra cosa.

En Pinos del Rey, que apenas dista dos leguas, se celebraba dos días despues del terremoto una solemne funcion y grandes procesiones en honor de la Virgen de las Angustias, porque habia protegido á aquel pueblo: mientras que todos sus habitantes debieran haber salido en masa para ayudar á sus hermanos de Albuñuelas en sus desesperados trabajos para salvar á los que estaban sepultados bajo los escombros y que aún se encontraban con vida. Y esto no ocurrió solamente en los pueblos, sino que procesiones semejantes tuyieron lugar en Granada, mientras en el pueblo vecino de Güevéjar faltaban brazos é instrumentos para sacar á los enterrados en vida.

No es de extrañar que en vista de esto la gente estuviera sumamente disgustada y hasta irritada contra todas aquellas procesiones de accion de gracias. «Y ¿por qué» decian, «la Virgen de las Angustias ha protegido á

Granada, en tanto que no ha podido salvar á nuestro pueblo que de seguro no la ha honrado ménos?» Esto nos trajo involuntariamente á la memoria una de las canciones estudiantiles de nuestro país, que tratando de una procesion en un pueblo de la alta Baviera, empieza:

Los pinzgavos en peregrinacion general
Yendo cantar quisieron, hiciéronlo muy mal;

y entre las coplas que cantan á San Florian, patrono contra los incendios, en cuyo honor se verifica esta procesion, hay una que dice:

¡Oh San Florian bendito! haz
Que casas de otros ardan, mas déjanos en paz.

Es, en verdad, incomprendible que las autoridades civiles y militares de Granada, en vez de mandar un regimiento de ingenieros y todos los bomberos disponibles á los pueblos azotados, no supieran hacer otra cosa más importante que, despues de una funcion solemne, consignar en un documento público, que se obligaban desde allí en adelante, todos los días 26 de Diciembre, á hacer á la Virgen una funcion, «porque era indudable y probado también por anteriores experiencias, que sólo á la Virgen se debia la milagrosa salvacion de Granada.»

Muy lejos estamos de censurar las acciones de gracias de aquellos pueblos por su salvacion; al contrario, lo que más nos ha conmovido y satisfecho en los pueblos, ha sido encontrar en todos los habitantes vivos sentimientos de gratitud hácia Dios, que de tantos desastres los habia librado. Pero nos parece que pudiera haberse hecho lo uno sin omitir lo otro; y que la mejor manera de probar su agradecimiento hubiera sido acudir solícitos en auxilio de sus hermanos ménos felices. Obras son amores, y no grandes procesiones.

A la entrada del pueblo que ántes contaba casi dos

mil almas, se encuentra á la izquierda un monton de ruinas que fue la casa del cura, el cual murió allí con su hermano y una hermana que habian venido á visitarle y á celebrar con él las Pascuas. El era el sosten de toda su familia, amado por los suyos, respetado por todos. Otro de sus hermanos es un distinguido catedrático de la Facultad de Medicina en Madrid. Así su muerte ha sido muy sentida. La única persona que de aquella casa logró salvarse, fue la criada, que se refugió en el sótano, y desde él abriendo un boquete fue sacada, aunque en bastante mal estado.

Acompañónos además del Sr. Alcalde, otro individuo del Ayuntamiento, cuya casa, antiguo palacio de los árabes, estaba ahora tambien en ruinas, de la cual como recuerdo extrajimos algunos azulejos de forma muy antigua y de un color precioso. Este individuo habia trabajado mucho para extraer á los enterrados de entre los escombros, y se comprimió nuestro corazon cuando al ir de casa en casa, le oimos decir: «Aquí hemos sacado un cadáver; aquí dos; aquí cinco; aquí murieron todos los que habia en la casa. Toda esta hacienda se ha quedado sin herederos porque ha muerto toda la familia y todos sus parientes: aquí habia siete cadáveres; aquí veintitres. En esta última casa se celebraba en la noche del 25 de Diciembre un velatorio donde los padres, con muchas mujeres, velaban el cadáver de un hijo suyo: vino el sacudimiento, hundióse la casa de un golpe y quedaron enterrados todos. Murieron veintitres y sólo el padre fue sacado vivo de entre los escombros por la chimenea.» Mientras estábamos allí escuchando esta terrible historia, empezó una muchacha en la calle á llorar fuertemente, porque habia perdido allí mismo á su madre y á sus hermanas.

El pueblo, antes tan alegre, habíase convertido en un cementerio.

Yendo así de una á otra ruina, hallamos dentro bastantes personas que por la noche no se atrevian á albergarse en sus casas; pero que de dia no podian separarse de los restos de su fortuna. Visitamos las casas una tras otra, y procuramos decir á sus moradores algunas palabras consoladoras. De repente notamos que ante nosotros, y entrando tambien en todas las casas, iba un recaudador de contribuciones pidiendo á cada uno de los arruinados la contribucion de la sal.

No podemos describir el efecto que este proceder nos causó, y sólo lo relatamos porque es bastante significativo para que se comprenda el estado actual de aquellos pueblos. Si á nosotros nos dolió el corazon al ver esto, ¿qué impresion debe haber causado en aquella pobre gente que todo lo habian perdido, que hasta entonces no habian recibido ayuda ni socorro alguno del Estado, más aún, que habian sido abandonados por el Gobernador de Granada, dias y dias, de la manera más incomprensible? ¿Qué impresion sufririan ahora comprendiendo que el gobierno sólo se acordaba de ellos cuando se trataba de recoger contribuciones, como si nada supiera de la terrible desgracia que los habia affigido?

El gobierno obtiene el mismo resultado, mandando á sus recaudadores por los pueblos que han sufrido el terremoto, ó no mandándolos; porque de todas maneras no recibe dinero alguno; pues «donde no hay nada» como dice un refran aleman, «el mismo Emperador pierde su derecho.» Mas ¿para qué se necesita que la poblacion que se encuentra en la más espantosa miseria, sea irritada tan inútilmente?

En la misma mañana proseguimos nuestro viaje há-

cia Jayena. Los buenos albuñolenses nos dieron pruebas de su amabilidad aún después de haberlos dejado, porque el guardia municipal nos acompañó gran trecho del camino, para que de ninguna manera nos equivocásemos. En verdad no estaba de más, porque en aquel laberinto de caminos está uno muy expuesto á perderse en las montañas. Durante más de media legua nos acompañó el buen hombre y no se separó de nosotros hasta que hubimos llegado á una senda bastante distinta para no poder errar el camino de Jayena.



V

Jayena. Fornes. Arenas del Rey.

Mientras subíamos por las montañas que separan la llanura de Jayena del valle de Ecrin, y que nos ofrecían á cada momento el aspecto delicioso de valles pintorescos, rodeados de altísimas montañas coronadas de nieve, pasamos por un bosque de pinos, si se quiere llamar así á una multitud de árboles bastante separados los unos de los otros y que por cierto prueban que estas montañas, hoy tan áridas, podrán ser repobladas de espesos bosques de pinos y abetos. Me acordé, suspirando, del Ministro de Fomento, bajo cuya custodia están los pocos restos de arbolado que aún quedan, y le envié en espíritu un ruego ferviente, para que no solamente cuidase de la conservación de estos pinos, sino que inaugurase una replantación activa y abundante. Y no es esto todo. La iniciativa del gobierno puede hacer mucho; mas si se lograra despertar el interés y el celo de los pueblos, ¡cuán grandes podrían ser los resultados! En el Canadá, donde los habitantes sienten igualmente los efectos de la destrucción de los árboles, llevada á cabo por los pri-

meros colonos que sin necesidad ó por ignorancia destruyeron los magníficos bosques vírgenes de aquellas regiones, han encontrado un buen remedio. En muchos distritos y ciudades un día del año se destina á la plantación solemne de árboles. Este día es fiesta pública y día de recreo general; cada habitante varón tiene entonces que plantar un arbolito para remediar en el porvenir la desolación presente. No creo que sería difícil imitar esta costumbre en muchas provincias de España, donde no plantan árboles, solamente porque dicen que esto no les aprovechará á ellos. Y me acuerdo que en mi niñez se me presentó aquel anciano de quien dice el verso latino: *Serit arbores quæ alteri sæculo prosint*: planta árboles que aprovecharán á otro siglo, como modelo de buenos ciudadanos.

En nuestra ascension por las montañas llegamos por fin á una llanura que forma la línea divisoria del agua entre el Río Grande y el río Cacin. Estos caminos de las montañas, si en verdad se les quiere honrar con este nombre, ofrecen generalmente dos dificultades: ó están tan llenos de las piedras que se han recogido de los campos y arrojado en medio del camino, que apenas queda sitio donde poner el pié, ó sirven como surcos por los cuales la humedad baja á los valles, formando entonces una masa muy pegajosa. Aquí las dos dificultades se encontraban reunidas; así es que caminábamos con gran trabajo y con mucha lentitud, porque además la lluvia nos azotaba la cara. Por fin vimos en lontananza el pueblo de Jayena en la llanura, al lado de un collado no muy alto.

Todo el pueblo es propiedad de la marquesa de Palavicini, ó como se llama con su título nobiliario español, marquesa de Campotéjar, dueña de la tan famosa

casa de campo de Pegli cerca de Génova, y también del célebre jardín y palacio del Generalife frente á la Alhambra. Esta señora no se ha mostrado insensible á tanta desgracia, y por su administrador ha hecho lo posible para ayudar á los habitantes en la miseria en que los ha sumido la destrucción de casi todas sus casas, porque el pueblo entero, que cuenta unas mil doscientas almas, está en ruinas.

También se vino abajo la torre de la Iglesia, matando á un jóven que estaba *pelando la pava* por la reja con su novia; esta se salvó milagrosamente. En efecto, apenas se comprende cómo, habiéndose venido todas las paredes á tierra, no murieron allí más que catorce personas. Muchos más fueron enterrados vivos; pero por los auxilios que les prestó el alcalde, el administrador y otros, ayudados por todos los que habían salido ilesos, se salvaron en aquella noche muchísimos de aquellos infelices. La gran dificultad actual consistía en crear albergues para las familias que se encontraban sin abrigo, y en el mismo día de nuestra llegada un nuevo sacudimiento hizo caer algunas tapias ya destrozadas, aumentando por tanto la repugnancia de la pobre gente á volver otra vez á sus ruinas. Como el administrador de la marquesa proporcionaba la madera necesaria, ayudamos nosotros con gusto á la construcción de diez casetas más, y en verdad que allí mismo debíamos convencernos de la utilidad de aquellas viviendas. Entrando en una de las tiendas provisionales, nos salió al encuentro una mujer que nos pidió que le proporcionásemos otro albergue. «Miren Vds.,» nos dijo, «vivimos en esta casa seis familias, por lo cual nos es imposible tener buena vecindad, porque estamos demasiado cerca los unos de los otros.» «Sin embargo,» le contesté, «me parece que los últimos acontecimientos

deberian haber contribuido á hacerlos pacíficos.» «Es verdad,» dijo ella, «y la buena voluntad no falta, mas ella por sí sola no basta: si solamente se tratara de personas mayores... mas ya ve V., los niños.....» Entretanto habíanse reunido alrededor de nosotros no sólo todos los individuos de las seis familias que habitaban la caseta, sino tambien multitud de curiosos que habian penetrado en ella y escuchaban con atencion. «Ya comprendo,» contesté al último argumento de la buena mujer, «si nuestros propios niños alborotan ó se nos ponen en el camino, los reprendemos blandamente ó los separamos con suavidad; pero si hace lo mismo un niño de otra familia, entónces ya hay palabras duras y golpes y un empujon, así; y en el momento acude la gallina para proteger á sus pollitos.» Acompañé estas palabras con los gestos á propósito, y obtuvieron un aplauso y una aprobacion general que no habia esperado. Se conocia que el tiro habia dado en el blanco; y así escucharon con particular atencion cuando les dije que nuestro buen Padre celestial esperaba de nosotros, en señal de agradecimiento por habernos salvado, mientras otros más infelices habian sucumbido, que nos mostrásemos amables precisamente con aquellos que no nos eran muy simpáticos; citándoles, al efecto, las hermosas palabras de nuestro Salvador, en el Sermon de la montaña: «Amad á vuestros enemigos, bendecid á los que os maldicen, haced bien á los que os aborrecen y rogad por los que os oprimen y persiguen; para que seais hijos de vuestro Padre que está en los cielos; que hace salir su sol sobre buenos y malos, y llover sobre justos é injustos. Porque si amais á los que os aman, ¿qué galardón tendreis? ¿No hacen tambien lo mismo aún los publicanos? Y si saludáreis á vuestros hermanos tan solamente ¿qué haceis de más? ¿no-

hacen así aún los paganos? Sed, pues, vosotros perfectos, así como vuestro Padre celestial es perfecto.» (San Mateo 5, 44-48.)

Encontramos en Jayena las casetas provisionales mejor dispuestas que en parte alguna; en varias se habian permitido hasta el lujo de una chimenea: sin embargo, la higiene tanto como la moral pedian imperiosamente que se multiplicara su número; y ¡cuánta gratitud mostraba la pobre gente cuando nosotros podíamos contribuir á conseguir este fin! Tambien encontramos en una choza á un enfermo con una pierna destrozada á consecuencia del desplome de su casa, á quien pudimos socorrer especialmente; y cuando nos marchamos, nos saludaba todo el pueblo congregado en la era con motivo del Rosario de la tarde. Sólo una mujer nos esperaba á alguna distancia y nos cerró el paso para pedirnos una limosna, lo cual nos probó por una parte, la buena administracion del pueblo, que no permitia que la visita de tantas personas caritativas se aprovechase para mendigar, y por otra parte tambien que el peligro mayor de estos donativos puede consistir en enseñar á la gente á mendigar, agravando así su situacion, creando hábitos de holgazanería, en vez de prestarles eficaz ayuda colocándolos una vez más en la posibilidad de poderse ganar la vida con su trabajo diario.

El camino nos conducia por la orilla del rio Cacin, por el declive de un collado que daba muchas señales del movimiento de la tierra; tanto es así, que en algunas partes donde precisamente el camino costaba el abismo, se habian desprendido ya grandes trozos de terreno, de tal manera que apenas las caballerías se atrevian á pasar; es seguro que esta parte del camino es muy expuesta á ocasionar desgracias, y nos causó admiracion

que no se viera señal alguna que aconsejara la precaución ó que indicase que las autoridades se habian fijado ya en aquel peligro inminente.

Un camino de media legua nos condujo al pueblo de Fornes, poblacion pequeña de unas setecientas almas, donde nuestro guia nos habia dicho que el terremoto no habia causado desgracia alguna. Pronto nos convencimos de lo contrario; y es una circunstancia que debe tenerse muy en cuenta, que ante la desgracia inmensa que ha aflagido á algunos pueblos, se olvidan completamente las desgracias ocurridas en otros que, aun cuando no perecieron del todo, tienen sin embargo bastantes pérdidas que reparar.

Habiéndonos detenido lo suficiente para tomar los informes necesarios, subimos la cuesta del collado que se encuentra inmediatamente detrás del pueblo, para proseguir nuestro camino á Arenas del Rey.

Nuestro buen Juan, criado de la posada de Alhama, se habia comprometido en Jayena á llevarnos fácilmente á Alhama, porque, segun él, conocia todo el terreno; lo cual no impidió que errásemos el camino completamente, debiendo tan sólo á la amabilidad de algunos arrieros el encontrar el camino de Arenas.

El viento nos era contrario; la marcha muy penosa; por fin llegamos á lo alto del cerro, desde donde debia divisarse Arenas; mas en vano buscaban nuestras miradas al pueblo en el valle; y no era extraño, porque ya no existia. Por fin divisamos algunas chozas cubiertas de hojas de pita, y á su lado varias de las casetas de madera hechas recientemente; separado de ellas por un barranco no muy hondo, habia un monton de ruinas; «aquí fue Troya.» aquello *habia sido* Arenas del Rey.

Examinando los escombros, veíanse aún en diferentes

partes algunas paredes medio en pié, como para hacer más patente la desgracia de las casas arruinadas; y seguramente no es de admirar que hayan muerto en este pequeño pueblo más de cien personas, ó sea la dozava parte de sus habitantes; el milagro consiste más bien en que uno tan sólo haya podido escapar con vida, porque eran muy contadas las personas que la noche de la catástrofe estaban fuera del pueblo.

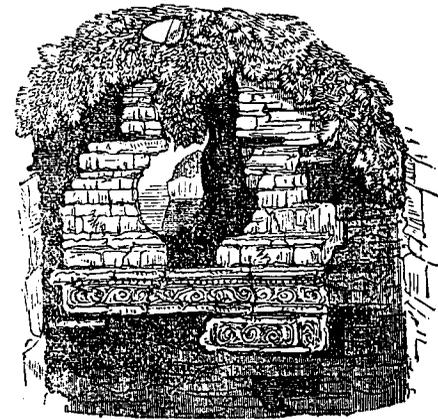
La generosa capital de Cataluña, buscando un punto digno de su caridad donde concentrar los esfuerzos de sus compasivos corazones, no hubiera por cierto podido encontrar otro objeto más digno de su solicitud que la reedificacion de este pueblo en ruinas. ¡Ojalá que pronto se eleve allí la ciudad de la Caridad, como van á llamar los agradecidos habitantes á este don espléndido de sus caritativos hermanos!

Dos leguas nos quedaban de camino para llegar á Alhama y ya empezaba á oscurecer; pero ¿cómo quedarse en aquellas chozas insuficientes para sus propios habitantes? Es verdad que allí tambien nos hubieran recogido con suma amabilidad, repartiendo con nosotros sus mejores camas y escasos alimentos; mas reconociendo como se merecia su buena voluntad, nos pareció sin embargo mejor pasar adelante. Confiamos un poco tambien en las reiteradas promesas de nuestro criado y más en la luna, que con su débil resplandor impediria que las tinieblas nos rodeasen por completo. Es verdad que estas dos esperanzas nos salieron fallidas muy pronto; el bueno de Juan, no bien habíamos cruzado el rio, se encontraba ya dudando ante los caminos que teníamos delante, y unas nubes oscuras que azotadas por un viento fuerte despidieron copiosísima lluvia, oscurecieron la luz de la luna. Trabajo nos costó y no poco, su-

bir por el cerro que teníamos delante: las mismas caballerías deteníanse á veces y hasta retrocedían algunos pasos ante la furia del huracan. Los caminos estaban de tal manera, que dudábamos á veces sériamente si nos encontrábamos en un camino ó en un pedregal. Habiendo llegado á la llanura, el viento pareció redoblar su furia; los caminos se volvieron rios, y las encinas y quejigos que encontrábamos en nuestro camino, sirvieron más bien de estorbo y confusion para nuestro pobre Juan y sus bestias; pero como no habia más remedio que seguir adelante, hicimos de la necesidad una virtud, siguiendo impertérritos: sin embargo, todas las molestias de nuestra jornada fueron insignificantes comparadas con las que nos ofreció el último trecho, donde el camino bajaba al valle del rio Alhama. Entónces hasta los mismos caballos protestaron de que aquellos no eran caminos ni para hombres ni para bestias, desviándose del camino é internándose en los campos, los cuales, llenos de agua á consecuencia de la lluvia de los últimos dias, más bien parecian un lago. De vez en cuando encontraron entónces las bestias unas cercas, murallas de piedra que les cerraban el paso, y se necesitaba toda la precaucion y experiencia de aquellos animales para poder bajar hasta el rio sin romperse la cabeza ni romper la nuestra. Despues el camino consistia en rocas que más bien asemejaban una escalera para monos que una senda para los animales. Finalmente, porque afortunadamente todo en este mundo tiene término aunque algunas veces no lo parece, llegamos á las orillas del rio Alhama.

Como si no hubieran esperado otra cosa, cesó la lluvia que hasta entónces habia azotado nuestro rostro y reapareció la luna para mostrarnos un espectáculo que

las sombras de la noche-hicieron aparecer más grandioso aún de lo que era en realidad. El camino corria al lado de unas enormes rocas que parecian dispuestas á cada momento á precipitarse sobre nosotros. Bramaba en lo profundo el torrente, cuya furia parecia haberse aumentado con los enormes peñascos que los últimos sacudimientos de la tierra habian arrojado en su camino. Aceleramos el paso, huyendo de la vecindad nada tranquilizadora de las rocas medio desprendidas, y pasando el pequeño puente, al que dos gigantes de piedra sirven de guardia por uno y otro lado, ascendimos lentamente buscando el camino entre los escombros de las casas y las enormes piedras ó pedazos de roca de que estaba sembrado, llegando por fin á las calles de la ciudad de Alhama, antes poblacion importante, bella, bulliciosa, y hoy formando un conjunto de calles destrozadas, iglesias caidas, casas medio arruinadas, sitio de desolacion y espanto.



VI

Alhama.

Por la plaza que estaba llena de tiendas y chozas, donde se albergaba gran parte de los habitantes de Alhama, albergue por cierto bastante húmedo en aquellos fuertes aguaceros, cruzamos para encontrar por fin la posada de San Francisco á las diez y media de la noche. El posadero, Salvador Martin, nos recibió con grande alegría, tanto más cuanto que ya habia perdido la esperanza de vernos aquella noche; y cuando su criado le refirió el camino por donde habíamos pasado, no cesaba en sus exclamaciones declarando que era un verdadero milagro el que en aquellas circunstancias y combatidos por una tempestad tan recia hubiéramos salido ilesos. Más alegres que el posadero estábamos sin duda nosotros, cuando pudimos acercarnos á la lumbre y secar nuestros vestidos y mantas.

En circunstancias como estas es cuando se comprende toda la superioridad que el hogar de la aldea tiene sobre las modernas chimeneas y estufas, á pesar de todos los adelantos de la civilizacion. Nada más agradable que

hacerse tostar lentamente por todos los lados por aquel fuego alegre, y luego protegiendo con la mano la cara, mirar el chisporroteo de las llamas y encender un cigarrillo con la punta de una astilla. Daba singular placer tambien el presenciar todos los preparativos que se hacian para arreglarnos la cena, inspeccionar con nuestros ojos todos los comestibles empleados en tan importante asunto, y consolarnos con la esperanza de que lo que estaba guisándose sobre el fuego, pronto entraria en nuestros estómagos exhaustos. Mas apenas se habia realizado esta esperanza con gran satisfaccion nuestra, cuando por el camino más corto subimos á la habitacion superior, donde nos habian preparado las camas. Parte de la posada se habia venido abajo con el terremoto, lo que se conocia bastante en el estado deteriorado de lo que habia quedado de pié: tambien el cuarto cómodo aunque no muy seguro, en que nos albergamos, ostentaba una grieta profunda que partia de arriba abajo la pared que estaba enfrente de nuestras camas. Sin embargo, no reparamos mucho en eso, rendidos como estábamos de cansancio, y muy pronto estuvimos sumidos en profundo sueño.

Habia pasado ya la media noche, cuando despertamos sobresaltados; todas las camas se movian; era aquello como si estuviéramos encima de una plancha de hierro en continua vibracion. Era un nuevo golpe del terremoto lo que nos habia despertado; y aunque duró sólo uno ó dos segundos, fue sin embargo lo bastante fuerte para hacer sentir los sacudimientos ó vibraciones por espacio de algunos segundos. Nuestra situacion no era nada agradable, teniendo á la vista sobre todo la pared que el terremoto primero habia partido. Ya era tarde para salir; así que nos encomendamos á nuestro

Padre celestial y nos dormimos otra vez en paz, aunque otros dos sacudimientos nos despertaron á las cuatro y á las seis de la mañana. Afortunadamente, cuando bajamos, supimos con gran contento nuestro que no habian ocurrido desgracias durante la noche. Nos saludaron las dos hijas de Salvador, las que con una tia suya gobernaban la casa, porque hacia poco tiempo que habian perdido á su madre; y pronto entró él mismo para anunciarnos que ya habia contratado las caballerías para nuestra excursion á Santa Cruz.

Y aquí me será permitido hacer un corto paréntesis. No comprendo en verdad, que en un pueblo que ya desde siglos se gloria tanto de su fe cristiana, se puedan dar á los niños nombres como Salvador, Jesus, y otros; y quisiera que el sentimiento cristiano protestase con energía contra semejantes nombres. Dejaré aparte nombres tan absurdos como Encarnacion, Concepcion, Pilar, Nieves, Cintas, Ramos, etc.. etc., que no merecen siquiera una defensa. Pero ¿no se le ha ocurrido jamás á la iglesia romana que tanta influencia ejerce sobre los nombres de los recién nacidos, que es una profanacion manifiesta, inevitable, el dar el nombre de nuestro Redentor á los muchachos, para que luego se escuche en las calles la voz de una mujer que grita: «¡Ven aquí, Jesus, que te voy á dar una paliza!» ó «¡qué travieso es Salvador?» A mí siempre me produce un estremecimiento el oír estos nombres, y evito pronunciarlos, por más que los hombres que los llevan no tengan culpa alguna. Ni creo que se abolirá esta costumbre hasta que el sentimiento cristiano del pueblo llegue á un nivel más elevado. Y si en verdad existiese veneracion por los santos, ¿cómo dar el nombre de uno de los hombres más gloriosos de la Iglesia, del infatigable apóstol de la cari-

dad y abnegacion cristianas, á los animales, como lo prueba el tontamente célebre perro Paco? Conviene por lo tanto influir siempre en este sentido en las conversaciones con el pueblo, y llamar la atencion de los sacerdotes sobre esta profanacion, que aunque por lo antiguo de la costumbre no la sienten, no por eso existe menos real y verdaderamente.

La mañana fue invertida en visitar todos los sitios de Alhama y de sus contornos que habian sufrido á consecuencia del terremoto. No hubiera podido desear un guia mejor que mi buen pintor D. Carlos, que habiendo vivido todo el verano pasado en Alhama y habiendo vuelto inmediatamente despues del terremoto, conocia el terreno palmo á palmo y nos guió por todas partes. Subimos pues á lo alto del pueblo para descender luego á los valles profundos por las rocas escarpadas sobre los que está edificado.

Solamente conociendo la situacion de Alhama es posible formarse una idea de los horrores que el terremoto causó en aquella terrible noche. Está la ciudad, ó más bien estaba, porque ahora yace en ruinas, en la cumbre de un collado que baja gradualmente al valle del rio Alhama, y que tiene en sus dos costados precipicios profundos llamados tajos, formados por altísimas rocas. Aspecto más grandioso que estas masas gigantescas perpendiculares de rocas, entre las que el rio de Alhama se precipita, no se puede imaginar. Todos los lugares escenas de desastres que hasta ahora habíamos visto, todos los montones de ruinas no habian podido darnos ni siquiera una idea de la violencia de los choques del terremoto, idea que aquí á primera vista se tenia.

La ciudad coronaba con sus iglesias y casas blancas aquel collado pintoresco. Los edificios se habian cons-

truidó con atrevimiento hasta en las mismas márgenes de los abismos, en que se hundía la vista desde las ventanas y balcones perpendicularmente; desde allí miraban con orgullosa seguridad á los lejanos montes y valles, porque estaban fundados sobre la roca. Pero viene la noche de Navidad, sacude el terremoto los montes y los abismos, resuenan los valles, en los dos lados se separan rocas enormes y con las peñas caen las casas que estaban edificadas sobre ellas dando saltos tremendos hasta llegar al fondo del abismo. En la hendidura enorme que se abre en las montañas para dar paso al río, en aquel valle que por sus rocas altísimas, perpendiculares, que sin vegetacion, desnudas y rígidas se elevan hasta el cielo, ofrece aun hoy un aspecto salvaje, grandioso, se produjo una revolucion enorme. De acá y allá cayeron las peñas, llenaron por completo el lecho del río y formaron tres lagos uno tras otro, cuyo nivel se eleva muchos metros sobre los jardines, que en tiempos más felices adornaban las orillas del alegre río, lagos que en su extremo se derrumban en cascadas espléndidas, abriéndose camino al valle. Más abajo en el barranco se ven aún paredes aisladas, medias casas, chimeneas rotas al borde del peñasco altísimo, que miran á la profundidad del valle; rocas enormes se han hundido muchos metros dentro de la tierra; detras de ellas se ve el escombros de las casas, que han arrastrado consigo á la perdicion.

¡Qué fuerza incomprensible ha llevado estos pedazos de montañas á una distancia de treinta, sesenta, cien metros al abismo! Ahora comprendí lo que me contó el alcalde, á saber, que todos los habitantes en aquella noche de horrores creían firmemente que habia llegado el fin del mundo. El trueno subterráneo, el ruido espan-

toso de las peñas que se estrellaban unas contra otras, el hendirse los peñascos, la desaparicion del suelo con las casas en el abismo, el llanto y los ayes de los infelices, de los cuales más de trescientos hallaron aquí su tumba, el choque de las casas que caian para no levantarse más con todas las personas que habia dentro, el olor á azufre que se notaba en muchas partes, todos estos horrores superiores á toda descripción deben haber sido sobremanera espantosos. Cuanto más bajábamos al *tajo* ó barranco, más grande era por momentos la impresion terrible que embargaba nuestra alma. Los molinos que estaban en la parte más honda del valle, han caido con sus muros y tejados, como cae de un soplo un castillo de naipes. Y los sufrimientos de los que se habian salvado, los trabajos realizados en los primeros dias de desesperacion para salvar lo que aún podia salvarse, la destruccion de las casas, la separacion de familias que antes vivian felices, tantas heridas del alma, tantos dolores del cuerpo, ¿quién se atreve á pensar siquiera en dar una idea exacta de tamaños horrores? De 1.900 casas yacen en tierra más de 1.200, y unas 400 han de demolerse cuanto antes, porque no se puede pasar junto á ellas sin correr el peligro de que en una nueva sacudida envuelvan al transeunte en su ruina.

Muchos de los que se salvaron estaban cubiertos de heridas y contusiones graves que recibieron. De los 10.000 habitantes de la ciudad más de 300 cadáveres se han sacado de los escombros; muchos de los que se sacaron vivos, murieron de sus heridas más tarde, muchísimos han sido lesionados más ó ménos gravemente, de manera que se puede calcular en 900 el número de los que han sufrido directamente. Pero esto no ha sido lo peor. Lo peor ha sido, que indudablemente han perei-

do de hambre y de necesidad no pocos debajo de los escombros cuando hubieran podido salvarse si el auxilio hubiera llegado más pronto. En todas partes se sirven de los soldados para ayudar á los ciudadanos en las catástrofes y desgracias públicas; ¿por qué no se mandó enseguida un regimiento de ingenieros desde Granada á Alhama? Los pobres habitantes de Alhama han hecho lo que podían y más de lo que era de esperar, para salvar á los infelices hermanos suyos que sufrían debajo de la tierra. Pero despues de tantas emociones, de trabajos sobrehumanos, de sufrir hambre y sed por la carestía de alimentos, ¿qué milagro es, que por fin dejaran caer cansados los brazos y desesperasen de poder salvar más!

Y aun hoy—dos meses más tarde—todavía hay, segun se cuenta públicamente, cadáveres sepultados debajo de los escombros. Yo no queria creerlo. Me dirigí á persona autorizada por su posicion, preguntándole en tono de duda: «Me dicen que todavía hay algunos cadáveres enterrados debajo de los escombros.» «Ya lo creo,» fue la contestacion que me dió y que resonará aún mucho tiempo en mis oídos. *Ya lo creo*, como si fuese la cosa más natural del mundo; *ya lo creo*, porque nos han abandonado á nuestros propios recursos; *ya lo creo*, porque despues de haber perdido la esperanza de poder salvar á ninguna persona más, por haber trascurrido siete dias, lo hemos dejado todo enteramente en el estado en que está; *ya lo creo*, porque lo que ahora importa es que cada uno trate de pescar de la caridad individual algo para sí, que la suscripcion iniciada por el gobierno Dios sabe si lograremos verla antes de morir. No me he mezclado jamás en política, ni mucho menos soy hostil á ningun gobierno. Pero diré la verdad de lo que he

visto con mis ojos y oído con mis oídos, y si Dios quiere, esto podrá tal vez influir, para que en otras catástrofes y desgracias públicas los gobernantes se acuerden de que hay soldados que no desean más que ayudar á sus hermanos desgraciados; y que aquel que pudiendo mandar auxilio inmediato no lo manda, es culpable de haber ocasionado la muerte á muchos; en este caso la muerte cruel de espirar lentamente enterrado vivo entre las ruinas de las casas, y esperando el auxilio de minuto en minuto, pero desgraciadamente esperando en vano, una muerte horrible.

Tambien ha habido en medio de esta desgracia inmensas salvaciones sorprendentes, milagrosas. Una muchacha es llevada por la corriente del aire, al desprenderse las rocas con las casas que habia encima de ellas, y lanzada unos cuarenta metros hasta el profundo barranco, cayendo en los olivos; y aunque por algun tiempo perdió el conocimiento, sin embargo resultó sana é ilesa. Otra cayó perpendicularmente desde lo alto juntamente con la casa al *tajo* y resultó ilesa tambien. Esta es la famosa *niña de los milagros*, cuya historia doy aquí segun los informes más autorizados y fidedignos. La caida desde una altura de más de veinticinco metros la tuvo privada de sentido durante algun tiempo; cuando recobró el conocimiento, vió que cerca de ella estaba una cama que habia caido tambien de lo alto; y con gran trabajo pudo arrastrarse hasta aquella cama y acostarse en ella, quedando medio desvanecida, donde más tarde la encontraron y la salvaron. Empezaron entónces á circular las historias más extravagantes. Segun unos, estaba en la cama y con ella cayó suavemente al barranco, como si la cama hubiese sido llevada por los ángeles; segun otros, la cama habia caido antes y la muchacha despues, pero

tan, felizmente, que dió precisamente con su cuerpo en ella; por último, la version más sorprendente era, que la cama correspondia á una casa que estaba ya abajo en el barranco, y que la jóven, cayendo desde lo alto, habia penetrado precisamente por la chimenea y caido en la cama que se encontraba debajo. Lo cierto es, que esta muchacha tan interesante, cuyo padre ó pariente es concejal, fue tambien presentada al rey, contó la historia de la cama milagrosa, y esto dió por resultado que el rey le regalara cuatro mil reales, mientras la otra que habia caido en los olivos, cuyo salto de cuarenta metros de distancia habia sido más maravilloso aún, no recibió más que mil reales, porque no se mezcló en su historia una cama, habiendo ella caido al raso. Estaba indignado mi buen arriero, cuando hablaba de las injusticias cometidas, y de que dicho concejal hubiera presentado la muchacha al rey como si estuvieran en la indigencia, cuando en realidad estaban bien á pesar de lo que habian perdido. Ella tenia por hermano un canónigo, el cual la preguntó si no se habia encomendado en aquel momento á alguna imágen milagrosa; y parece que se acordó de ello, y que tuvieron pensamiento de edificar una capilla, y que al efecto comenzaron á propagar la historia de la niña de los milagros. Sin embargo, no cundió el pensamiento; la pobre gente tenia que pensar en otras cosas despues de haber sufrido tanto; y milagrosas salvaciones hay en verdad tantas, que la accion supuesta de una imágen desaparece enteramente delante de la mano del Dios poderoso, fuerte para conmovier tierra y rocas, y fuerte tambien para salvar en medio de las ruinas á mujeres débiles, á ancianos inválidos y á niños de pecho que yacian debajo de muros derribados y de tejados caidos. Y cuando me

contaron las gentes tanta salvacion, mientras yo andaba por medio de los escombros, rodeado de los vestigios del terrible terremoto, acudieron á mi memoria las palabras del grandioso *Dies iræ* de Tomás de Celano:

Rex tremendæ majestatis,
Qui salvandos salvas gratis,
Salvame, fons pietatis.

Cuando en la guerra de los cristianos contra los moros, los primeros escalaron por sorpresa los muros y tomaron en una sola noche este baluarte del mahometismo en Andalucía, el clamor general de los moros resonó en todos los valles y jardines. «¡Ay de mi Alhama!» cantaron en sus endechas, cuando tuvieron que volver las espaldas á su paraiso, á sus jardines, á sus casas situadas tan pintorescamente en lo alto del collado. «¡Ay de mi Alhama!» pueden ahora cantar sus antiguos perseguidores, que se alojaron en el sitio de donde los habian expulsado, porque la Alhama, ciudad de los cristianos, está en ruinas, mientras precisamente la antigua ciudad morisca se ha mantenido firme. Es singular el fenómeno de que la parte más baja de la ciudad, donde estaban las casas antiguas de los moros, medio inclinadas ya por la vejez, de poca solidez aparentemente, ha quedado en pié; ni una de estas casas ha caido.

Dejaremos á hombres más expertos investigar las causas de este fenómeno. ¿Quién sabe, si tal vez los moros, conociendo ya lo peligroso del terreno, se consideraron más seguros en la parte baja del collado (suposicion que ahora ha resultado perfectamente comprobada) ó si la especial construccion de sus casas ha podido ofrecer más resistencia á los golpes que hicieron caer en

tierra á las demás? La ciudad de los moros parece haber triunfado de la ciudad de los cristianos.

¡Ay de mi Alhama! Se encontraba cierto día en una reunion un jóven estudiante, contando la desgracia de una familia que por la enfermedad grave de su jefe, honrado y trabajador artesano, habia sido sumida en la última miseria. Todos los concurrentes dedicaban á la pobre familia los términos más afectuosos. Sólo uno, un americano, guardaba silencio. Y cuando la conversacion estaba á punto de variar de objeto, se levantó, y puso cinco duros en un plato, diciendo: «Yo compadezco á la pobre familia con cinco duros.» Los otros no tuvieron más remedio que seguir su ejemplo. El uno compadeció á la pobre familia con tres duros, otro con cuatro, otro con dos, y cuando el plato estuvo lleno, el americano lo vació en los bolsillos del estudiante, que inmediatamente socorrió á la familia desgraciada. Y quisiéramos, que los que leen esto y los que han oido hablar de las desgracias inmensas acaecidas á Alhama, sobre todo aquellos que lo han visto, no sólo oigan resonar en sus oidos el canto lúgubre: «¡Ay de mi Alhama!» no sólo la compadezcan con toda su alma, sino que la compadezcan de esta manera práctica, pronta, espontánea, consoladora. Porque es lo cierto, que entre todos los sitios azotados por los terremotos ninguno ha sufrido tanto como la desgraciada Alhama, pues por ser la mayor de todas las ciudades donde esta convulsion ha efectuado sus estragos, el cúmulo de pérdidas, de miserias, de desgracias, resulta aquí mayor que en ninguna otra parte.

Igualmente que en la antes rica y floreciente Alhama se ven las huellas de esta conmocion de terreno en todos sus alrededores, antes tan poblados de caseríos y cortijos donde gente trabajadora labraba los fértiles campos, y

que hoy dejan ver en todas partes las ruinas y la desolacion, porque parece que apenas si alguno de los cortijos ó casa de campo ha logrado permanecer en pié.

El rey ha hecho personalmente todo lo que en sus fuerzas estaba para aliviar desgracia tan enorme. Tambien respecto á su visita en Alhama no oíamos más que una voz de alabanza y de entusiasmo sobre su simpatía, su valor, su amabilidad y bondad de corazon. Cuando en Alhama iba á entrar en una de las calles destrozadas, donde aún algunas casas amenazaban ruina, el ministro de la Guerra y el ministro de la Gobernacion querian detenerlo representándole el gran peligro que corria. Parecia que ellos mismos no tenian muchas ganas de seguirle por este camino; así á lo menos lo contó un cabo de la guardia civil que estaba muy cerca de la escena. Mas el rey desdeñando sus consejos contestó: «Bien, entónces muramos juntos,» y se adelantó resueltamente; de manera que los señores Quesada y Romero Robledo mor, diéndose los labios no tenian más remedio que seguirle. Asimismo el rey Alfonso habia repetidas veces pedido aunque en vano, que en ningun punto hiciesen aparato ó gastos para su recibimiento solemne. Así le supo muy mal cuando á pesar de todo esto le habian preparado en la destruida Alhama un almuerzo suculento. Mas aunque no podia declinarlo del todo, encontró medio para mostrar cuán poco le agradaba esta esplendidez en medio de la miseria general. Apenas habia tomado unos bocados deprisa, cuando se levantó y dijo: «Vamos adelante y demos todo esto á los pobres,» de manera que los que le rodeaban, podian limpiarse la boca y buscar donde procurarse algo en otras partes para su estómago aún vacío. Es fácil figurarse, qué impresion grata hizo esta conducta verdaderamente real en los pobres. Y cuando en otro

lugar, donde el rey tambien habia destinado el resto de la comida á los hospitales y á los pobres, sus criados le advertian que no podia ser, porque los manjares que habia mandado distribuir, habian aún de servir para atender á sus propias necesidades del dia siguiente, contestó sencillamente: «Pues bien, entónces comeremos mañana pan y queso.»

Por fuerza el rey tuvo que dejar las cantidades que destinó al socorro de los pueblos en las manos de las autoridades. Pero habiendo conocido por propia experiencia, cuán poco se podia fiar de la ejecucion exacta de sus planes benévolos, hizo mandar desde Madrid una circular á todos los alcaldes, pidiendo la minuta de las reparticiones y los comprobantes de ellas. Y por cierto que esta provision no estuvo demás. En algunos puntos nosotros mismos pudimos convencernos que las cantidades dadas por el rey con tanta generosidad, para ser aplicadas inmediatamente al alivio de las necesidades materiales más apremiantes, fueron repartidas más de un mes despues, y sólo porque los alcaldes no pudieron excusarse á la contestacion de la circular y al envío de los comprobantes que habian de ser firmados por la junta. Al mismo tiempo prueba esto que el rey no solamente hizo la visita á los pueblos desgraciados en un arranque de generosidad ó bajo un impulso instantáneo, sino que la suerte de estos desgraciados seguia conmoviéndole. Algo más hubiera visto, si hubiera hecho el viaje solo ó con un criado y sin acompañamiento alguno oficial; pero esto era imposible.

«El ha hecho una buena obra, porque ha hecho lo que ha podido.»

VII

Los baños de Alhama. Santa Cruz y el Cortijo de la Valenzuela.

El dia que empleamos en conocer los alrededores de Alhama, en visitar los cortijos destrozados y sobre todo aquel monton de ruinas que antes se llamaba Santa Cruz, se ha fijado de una manera especial en nuestra memoria. Contribuia á ello el tiempo hermosísimo, los sitios pintorescos, la visita á los baños tan famosos, el gozo de poder socorrer á los pobres, y la gratitud tan expresiva y sentida que mostraron estos por los donativos de nuestros compatriotas; mas además de todo esto contribuia no poco á hacer esta excursion agradabilísima, el magnífico caballo andaluz y por más señas granadino, que corria con seguridad increíble por las sendas estrechísimas de las montañas con el trote más veloz y sin cansarse en todo el dia. Era de color amarillento, y aunque de no muy hermosa estampa, indicaba su ojo vivo y sus piernas ligeras, que no cedia fácilmente el primer sitio en la carrera á ningun otro animal de su especie.

Muchas veces se ha cantado un himno de alabanza en honor de los borricos del Mediodia, y sin duda hay

entre ellos algunos individuos alegres y de piés ligeros, que comparados con los demás rebuznantes son verdaderos corredores. Sin embargo, tambien en Andalucía he encontrado por regla general que la mayoría de los borricos es una cuadrilla de perezosos que necesitan más palos que alimento, y que parece que solamente pueden sacarlos de su paso ordinario y lento el susto que les inspiran los gritos verdaderamente aterradores de los arrieros. Tambien la mayor parte de las mulas no muestran gran ligereza, aunque su paso por su mayor altura sea un poco más vivo, á no ser que un caballo fogoso forme la vanguardia, incitando de esta manera á las mulas á caminar con mayor celeridad.

Esto ocurrió precisamente el dia á que nos referimos. A nuestro caballo se debió el que pudiéramos hacer nuestra excursión en un dia, porque parecia que ni la altura de las cuestas ni lo pegajoso del terreno en aquellos lodazales que se llaman caminos, podia cansarle, y lo escabroso y escurridizo del terreno no le hizo vacilar ni un solo momento. Verdaderamente este ejemplar modelo de la raza caballar ó equina, como dirian los poetas, y aquel caballo era bien digno de una poesía, ha aumentado mucho mi respecto y admiración por toda la familia. Soy un jinete apasionado, por más que muchas veces en todo un año no se me ofrece la ocasion de montar á caballo; pero jamás recuerdo haber gozado tanto en este ejercicio como en nuestro viaje á Santa Cruz de Alhama.

Bajando la alta cuesta que desciende desde Alhama á la carretera de Granada, pasamos delante de una multitud de casetas ó de tiendas y habitaciones subterráneas que servian de albergue á los infelices que de las ruinas de sus propias casas se habian salvado. Una visita hecha á aquellas cuevas que más bien eran propias para anima-

les que para seres racionales, bastaba para comprender el inmenso júbilo con que fueran saludadas las casetas, pequeñas sí, pero secas y cómodas, que por medio de las comisiones del *Círculo Mercantil*, de *El Liberal* y de *El Imparcial* habian sido construidas á orillas de esta carretera, y cuyas calles llevaban los nombres de sus generosos bienhechores.

A la falda de la montaña, al otro lado de la carretera, se veian las siete estaciones de la pasión, cada una señalada por una tosca cruz. Su aspecto era muy feo, y tampoco parecia que inspiraran gran respeto en el ánimo de los habitantes, puesto que vimos atado á una de estas cruces á un borrico. No es la primera vez que he creído notar, que la multiplicación de las ceremonias y de los signos santos, de tantas capillas y ermitas, lejos de ser una señal de mayor piedad ó de contribuir á que se tenga mayor reverencia por los santos misterios del cristianismo, en realidad produce un efecto contrario, y contribuye más que cualquiera otra cosa á la profanación de lo santo, que justamente lamentan todos los que miran con verdadero interés la propagación de la religión del Crucificado.

Dejando la carretera precisamente donde un puente magnífico cruza el rio Alhama, torcimos á la izquierda, y elevándonos á bastante altura nos encontramos pronto en un laberinto de rocas que ofrecian á cada paso un nuevo aspecto sorprendente. Abajo, en la profundidad, movia el rio sus espumosas ondas saltando y venciendo las rocas que se oponian á su camino, mientras arriba la carretera ó pasaba por medio de las rocas que al efecto habian sido partidas por la pólvora y por la pica, ó rodeaba las montañas por puentes magníficos y arcos enclavados en las peñas, presentándose á cada

paso panoramas variados y vistas imponentes en los grandiosos abismos. En algunas partes el camino estaba casi interceptado por pedazos de granito, restos bastante considerables del terremoto los cuales aún no habian sido removidos. La belleza de este paisaje era tan grande que sentíamos que el camino no fuese más largo. Cuando saliendo de este laberinto bajamos al rio, el cual teníamos que cruzar para llegar al establecimiento de los baños, vimos que habia crecido con las lluvias de una manera extraordinaria, hasta el punto de que el mulo de nuestro posadero Salvador vacilando se negaba á entrar en él; mas viendo que mi caballo saltaba en seguida al agua, las otras dos caballerías no tuvieron más remedio que seguirle, y llegamos felizmente á aquellas famosas fuentes calientes que han dado su nombre á la ciudad de Alhama. Es un dato interesante que si se unen en el mapa de España por una línea todos los lugares que en el Norte y Este deben su nombre de Caldas á las fuentes calientes, é igualmente desde Andalucía subiendo hasta Aragon aquellos que deben á la misma circunstancia el nombre de Alhama, se nos presenta una imágen bastante clara y gráfica de las dos Españas, cristiana y árabe.

Estos baños de Alhama de Granada son sin duda de los más importantes y de los más antiguos que se conocen, y de seguro ya eran conocidos en tiempo de los romanos. Atravesando el establecimiento que por su gran extension indica lo concurridos que se ven anualmente estos baños, llegamos al balneario, que constituye una especie de cúpula abierta en lo alto y descansando sobre unos arcos redondos. Se ve claramente que esta construccion es del tiempo de los romanos, aunque á primera vista su estilo parece indicar con sus arcos en forma de herradura que se debe á los moros; sin embargo, exami-

nando estos arcos más de cerca, se ve que las piezas que han convertido su forma primitiva romana en arcos del estilo árabe, han sido añadidas más tarde. Este ejemplo es, sin duda, una prueba de que en muchas partes de la Península las antiguas construcciones que por su estilo trasformado, y hábilmente modificado por añadiduras más recientes, son hoy consideradas como árabes, han sido edificadas por los romanos.

Verdad es que hasta el dia de hoy ninguna nacion ha sabido construir como los romanos; y tanto aquí en los baños de Alhama como en otras partes donde quedan fundamentos romanos, parece que el terremoto no ha podido ni moverlos. El agua es caliente y bastante sulfurosa; los baños, que son propiedad particular, son famosos en toda la provincia y mucho más allá de sus límites. El propietario ha hecho todo lo posible para colocar su establecimiento á la altura de los más afamados, introduciendo en él una serie de invenciones modernas en baños de duchas, inhalaciones, etc. Mas ahora el terremoto les ha creado un nuevo competidor, porque á media legua corta de distancia ha abierto paso á un nuevo raudal de agua caliente.

El ginete más exigente y atrevido podia haber quedado satisfecho del camino que siguieron nuestros caballos para llegar á dicho manantial. Subiendo y bajando por los campos y saltando las cercas de piedras que los cerraban, nos dirigimos á una columna de humo azulado, hasta que llegamos á un lago pequeño, formado por una corriente poderosa y muy caliente de agua que brotaba con gran fuerza de en medio de un campo, y que tanto en la temperatura como en la saturacion de sulfuro sobrepaja con mucho á los antiguos baños. El terremoto, catástrofe horrible que en una noche ha trasformado á



miles de hombres contentos, hacendados y hasta ricos en pobres y mendigos, ha hecho tambien de un hombre pobre á lo ménos un hombre rico: porque este campo en que brota la fuente es la única propiedad de un hombre pobre á quien han ofrecido ya sumas crecidas si quiere vender esta fuente de riqueza. El gusto del agua indica bastante su calidad sulfurosa, y la cantidad es tan grande que ha formado un pequeño riachuelo que se va á unir más abajo con el rio de Alhama.

Todo el terreno es montuoso, los collados se suceden á manera de olas. A derecha é izquierda, en las alturas y en los abismos, están los cortijos ó casas de campo, ó más bien estaban, porque no vimos ni uno siquiera que no hubiera sido transformado en un monton de ruinas, lo cual formaba un contraste muy triste con todo el paisaje tan risueño bajo el cielo sereno de Andalucía.

El camino nos llevó á estos collados por sendas bastante resbaladizas, y á una altura desde la cual vimos á nuestros piés lo que antes era el pueblo de Santa Cruz de Alhama.

El terremoto debe haber desplegado en esta comarca una fuerza irresistible, porque á sus golpes cayeron no solamente los cortijos de los valles y de las alturas, sino tambien todas las casas del pequeño pueblo de Santa Cruz que contaba doscientas. Es verdad que la mayor parte de aquellas casas no eran de construccion sólida, sino que estaban formadas con cascotes y cal, yaun solamente con adobes. Pero no solamente esas construcciones débiles, que ni áun la misma iglesia antigua, firme y maciza, habia podido resistir al empuje de los golpes de la conmocion terrestre. Habíase derrumbado, y ahora se veia bajo las ruinas el altar mayor rodeado de los restos de las figuras y estatuas. A primera vista se

comprende que la pequeña iglesia nunca habia poseido grandes encantos de belleza; pero era bastante antigua y conservaba restos de tiempos mejores. Así, por ejemplo, llamó nuestra atencion una pila bautismal de mármol blanco que descubrimos entre las ruinas.

Ahora todos los habitantes acampan en la era delante del pueblo hácia el lado del rio, donde algunas tiendas y chozas construidas á toda prisa prestan á lo ménos una proteccion provisional, aunque bastante deficiente, contra las abundantes lluvias que han caido en las últimas semanas. Mas hasta ahora ninguno habia pensado en quitar siquiera los escombros y en tratar de reedificar algunas de las casas.

Otra observacion hicimos casi general en todo nuestro viaje, y era que los sacerdotes que debian ser los primeros en levantar el espíritu decaido de las poblaciones y animar á los habitantes desfallecidos, parecian haber perdido la cabeza y el ánimo más que ningun otro, salvo algunas honrosas excepciones, y se nos presentaban cabizbajos y con ánimo decaido, como si ya no hubiera esperanza para las poblaciones azotadas.

Reunidos en una de las chozas con el padre cura, el alcalde y la junta de socorros, compuesta de las personas más principales de la poblacion, escuchamos sus quejas, de que ellos, que aun formando un pueblo más pequeño, habian, sin embargo, sufrido, como Arenas del Rey, la ruina total de la poblacion, no habian todavia encontrado protectores igualmente generosos. Tenian, no obstante de eso, mucha confianza en el porvenir y en el interés que excitaba en su favor D. Luis de Seco y algun otro que por sus propios ojos habia visto el lugar de la desgracia. Cuando estábamos hablando de esto, entró en la caseta el maestro de la aldea, que se habia queda-



do sin casa y sin escuela, y que nos rogó que no le olvidásemos en su desgracia. «No me ha quedado nada, absolutamente nada,» nos dijo, «y tengo que sostener á mi mujer, á mis tres hijitos, y además á mi suegro.» No sé, si era por la influencia del suelo de los andaluces, celebrados por sus graciosos chistes, ó por la malicia natural, tan profundamente implantada en el corazon del hombre que se cree dueño de la creacion y generalmente cede su cetro á su compañera; lo cierto es, que ante las quejas del buen maestro de la escuela que tenia que mantener á su suegro, se me escaparon las palabras: «Pues amigo, me parece que aún debe V. de alegrarse de que no sea la suegra.» El efecto de estas palabras fue verdaderamente sorprendente, instantáneo; como un relámpago se leyó en todas las caras la aprobacion, y una risa que empezó á retozar en todos los rostros, comenzando en los ojos del cura párroco y terminando en la barba del maestrillo, estalló pronto en alegre carcajada. Dos compadres se alargaron las manos, confirmando con su apretón que aún tenían suegras en sus casas y eran compañeros de desgracia. Otros se miraban compasivos, todos reian, y estoy seguro que el juicio de Salomon no me hubiera proporcionado más aprobacion y alabanza de mi sagacidad y experiencia de la vida.

Como imploré entónces, cuando la palabra fatal apenas habia dejado el cerco de mis dientes, como diria Homero, así imploro en espíritu ahora y de corazon el perdón de mi digna suegra, que aún vive, por más que afortunadamente no entiende el castellano; de modo que espero no habrá traidor alguno que le haga conocer esta malicia de su yerno, á quien ella de seguro no ha dado causa jamás para tamaña calumnia. Pido asimismo perdón á todas mis lectoras, sean suegras ó aspiren á

serlo un dia, esperando no ya que me otorguen su perdón, lo cual creo imposible, pero á lo menos que no sean implacables con esta falta, que en rigor nada prueba sino la superioridad de ellas, por el mero hecho de que entónces no habia presente señora alguna cuando estas palabras ligeras se atrevieron á salir á la luz del dia desde el fondo negro de mi corazon. Y publicándolas ahora como fiel cronista, llevará la falta su expiacion en esta franca y leal confesion. ¿Qué más puedo hacer?

Los ochocientos vecinos de Santa Cruz de Alhama apenas en verdad podian mal albergarse en las pocas tiendas y casetas erigidas en la era. Tambien de mí esperaban que les proporcionara nuevas casetas. Mas donde era posible he preferido ayudar más bien á hacer algo definitivo que proporcionarles estos albergues provisionales, por más que han sido en todas partes tan necesarios como con gozo aceptados. Esperamos aún poder contribuir á la reconstruccion definitiva de algunas de las casas derruidas cuyo número pasa de trescientas. Digno es en verdad este pueblo de ser socorrido tambien por otros, no sólo de una manera proporcionada á su gran desgracia, sino á la vez inmediatamente ó en el más corto plazo posible, porque en este pueblo agrícola todos viven del trabajo de los campos, y conviene que antes que venga el verano ya tengan donde recoger el grano y el fruto de los campos que por fortuna no han sufrido mucho de los terremotos.

Sobre todo nos pareció oportuno proporcionar á algunos de sus habitantes los medios de su subsistencia que por el terremoto habian perdido.

Contaba el pueblo entre sus habitantes á cinco arrieros que se habian ganado la subsistencia con el trabajo de sus animales, porque hay bastante tráfico entre Santa

Cruz, Alhama y los cortijos de los alrededores. El tráfico habia aumentado en estos dias, mas no lo pudieron aprovechar; porque dos caballos y una mula de uno de ellos habian sido enterrados entre las ruinas; los cuatro restantes habian perdido sus borricos y con ellos la esperanza de poder ganar la vida honradamente como antes y sostener á sus familias. Les proporcionamos medios para que en la feria de Granada pudieran comprar el primero una mula, y los otros, cuatro borricos; lo cual por mediacion de nuestro amigo D. Luis Seco de Lucena se verificó pocos dias despues. Esta buena gente, para probar su agradecimiento, llamaron al mulo *Suizo* y á la borrica *Alemana*. Debo confesar que me pareció algo extraña esta muestra de gratitud, y estoy oyendo ya en espíritu como grita el arriero: «¡Arre, arre, Alemana Perezosa!» y le sacude palos á pesar de su nombre; sin embargo, tuve que aceptar esta expresion de su gratitud verdaderamente sincera, por no entristecerlos.

Lo principal es haber podido salvar á algunas familias, y no pudiendo devolver á los cinco hombres lo que habian perdido, á lo ménos haberles puesto en circunstancias en que pudieran atender á las necesidades más apremiantes de sus mujeres é hijos. Así ya no tenian que temer el peligro de ser incluidos en la clase de mendigos públicos. ¡Con cuánto placer hubiéramos querido hacer á todos tan felices como estos dueños de los borricos!

Decia una vez el famoso escritor ingles Tomás Carlyle, que en el mundo habia como dos montones de arena: uno grande, compuesto de innumerables granos y piedrecitas, representaba la miseria humana; el otro, pequeño en extremo, representaba la pequeña cantidad de felicidad humana que existe. Y como tarea digna de la vida entera del hombre señalaba el haber quitado un granito de

aquel gran monton y haberlo llevado al monton pequeño; trocar una desgracia, un infortunio siquiera en el mundo, en bienestar y felicidad. Y es verdad: es innumerable el cúmulo de los infortunios y desdichas que ha amontonado el terremoto en una noche; mas en vez de desesperar ante la insuperable magnitud de la desgracia, hay que emprender la tarea bendita de remediar alguna desventura, de remover algun granito de arena, en la seguridad de que otros harán lo mismo, y que aun el mayor monton de arena por el trabajo incansable, contínuo, entusiasta, ha de empequeñecerse, y hasta desaparecerá si no desmayamos. Y ¡cuán dichoso es aquel que puede reparar siquiera una sola desgracia, llevar un solo grano desde el monton de las desdichas á la parte de las felicidades!

En lo que sigue trataré de dar una idea siquiera de tanta felicidad interior como me proporcionaba mi buena suerte, permitiéndome poder repartir entre las desgraciadas familias los socorros de mis amigos, disminuyendo por un granito de arena el monte de las miserias y aumentando el montoncito de las dichas.

Media legua más allá de Santa Cruz de Alhama y en medio de los campos fértiles hay una cortijada que habia sido destruida enteramente por el terremoto. La mayor parte de las casas habian venido abajo; las que habian quedado en pié ofrecian poca seguridad, y los habitantes apenas habian recibido una visita de los que trataban de mitigar los males y desgracias de los terremotos, por encontrarse en situacion tan aislada. Debia yo el conocimiento de esta situacion á D. Luis de Seco de Granada, infatigable en remediar las desgracias donde quiera que las encuentra; y por cierto que por ninguno de todos los avisos y consejos que me ha dado

en mi viaje, estoy tan agradecido como por este, que me ha proporcionado una de las más felices horas de mi vida.

Disponíamos de muy poco tiempo. El alcalde de Santa Cruz de Alhama y Don Francisco Moran, uno de los caballeros que más han hecho para interesar la caridad pública en favor de la desgraciada población, me acompañaban montados ambos en el fuerte mulo propio de nuestro posadero; mulo tan fuerte como perezoso, aunque esta vez y cargado con dos jinetes, tuvo que correr como nunca en su vida, porque iba delante mi caballo granadino casi siempre al trote, algunas veces á galope; y preciso es conocer los caminos que recorriamos para comprender lo que esto significaba. Seguíamos una senda estrecha y resbaladiza que iba casi por la mitad de la falda de los collados, ora doblando la tortuosa línea que formaban, ya descendiendo á los barrancos que los separaban, para subir al otro lado la penosa pendiente; y todo esto sin parar ni un momento, ni ir al paso una sola vez, sin tropezar ni vacilar cuando habia que saltar una fosa. Los que nos hubieran visto, más de una vez hubieran temido por la vida del atrevido jinete. Así no era de admirar que nuestros compañeros que alentaban al mulo con grandes gritos para no quedarse demasiado atrás, prodigarán luego mil alabanzas á la habilidad del intrépido caballero. Sin embargo el mérito no era suyo sino del caballo, flor y nata de su especie. Sentados tan seguros en la silla y cruzando rápidamente una cuesta tras otra, pudimos gozar el espectáculo que la naturaleza ofrecia en el valle que estaba á nuestros piés y sobre las montañas verdes por las mieses, que al otro lado se elevaban, recibiendo una impresion muy grata de la fertilidad de estos terrenos y de la laboriosidad de sus habitantes.

Poco más de un cuarto de hora nos bastó para estar en la cortijada, donde nos apeamos para mirar de cerca las casas destruidas y buscar nuestro camino entre las calles, si así se pueden llamar, del caserío.

Nuestro viaje terminó por fin en la más miserable de todas las chozas, en la cual solamente pudimos entrar á gatas. Yacia allí una mujer, pobre entre los pobres, que habia dado á luz hacia cuatro dias á una niña. Cuando ocurrió el terremoto ella estaba fuera de su casa, la cual al derrumbarse, entre sus escombros dejó enterrados á dos hijos de aquella infeliz mujer; estos niños fueron luego extraidos con vida, si bien uno de ellos sacó una pequeña contusion. Pero se puede comprender la ansiedad de la madre, sobre todo en las circunstancias en que se encontraba, hasta que pudo estrechar contra su corazón á sus dos hijos vivos. Ahora recostada en el húmedo suelo sobre el cual habia dado la vida al nuevo ser, yacia en esta choza que más bien era digna del Africa que de Europa, y que apenas ofrecia algun abrigo contra la lluvia incesante de las últimas semanas. Vecinos misericordiosos le habian dado ropa; su marido la rodeaba de cuidados, ya que no podia proporcionarle otro albergue, y los dos, en vez de quejarse, alababan á Dios por la milagrosa salvacion de ellos y de sus hijos, que habian sido protegidos en la ruina de la casa por una viga, que sin duda manos de ángeles habian tendido sobre su cama; y sin embargo no podria imaginarse un estado mayor de miseria que la que sufría esta pobre mujer, recién parida y en tales circunstancias. Y ¿quién puede describir la gratitud de la pobre gente cuando yo les ofrecí construir una caseta de madera, dándoles por lo pronto el albergue que tanto necesitaban para salir de la choza inmunda y húmeda, donde tenian que cobi-

jarse hasta ahora? Les comuniqué el mensaje de misericordia de los amigos caritativos de Suiza y Alemania, que ellos me habian confiado, á saber: «*Dí á esta pobre gente, que los cristianos evangélicos de Suiza y Alemania les mandan esto, porque aman á Jesus, y por El y en El á los heridos y á los llagados; su palabra les enseña este amor, y deseamos y esperamos que ellos tambien aprendan su palabra y vivan conforme á ella. Hay entre estos donativos muchos óbolos de viudas, y no pocos cuartos de pobres trabajadores.*»

«¿Cómo podremos manifestarles nuestra gratitud?» dijeron los sencillos aldeanos, mientras las lágrimas brotaban de sus ojos. «¿Y estos son protestantes que viven tan léjos de nosotros, y sin embargo se han acordado de estos desgraciados pueblos? Decidnos, ¿qué podemos hacer para que ellos reciban no ya el galardón digno de sus beneficios, que Dios les dará, mas á lo ménos para que tengan la satisfaccion de saber cuánto bien nos han hecho?» «No hay más que *una* fuente de la verdadera caridad,» fue la contestacion, «y esta fuente es nuestro Señor Jesucristo. Su caridad no conoce ni fronteras, ni religiones, ni sectas. Yo no soy más que un embajador de sus hijos, los que por amor de El os envian lo que ahora os comunico. A mí, por lo tanto, no habeis de darme las gracias; porque por el poco trabajo y fatiga del viaje estoy ampliamente recompensado con poder ver el bien que estos donativos producen. Dad las gracias á nuestro Salvador durante toda vuestra vida: así causareis tambien á vuestros bienhechores el mayor placer. Porque no solo *se llaman* cristianos evangélicos, sino que aman á nuestro Señor Jesucristo con todo su corazón, y El es quien les ha mandado ayudar á sus hermanos que se hallan en la miseria.»

La pobre mujer se incorporó detrás de las mantas que le servian de cortinas, para estrecharme la mano y enseñarme su hija recién nacida. Que yo admiraba debidamente á esta andalucita, se entiende de sí mismo. Y no era hipocresía. Es verdad que ella aún no mostraba señales de gracia ni de sal, pero ya tenia que agradecerle que no hubiese interrumpido nuestra conversacion gritando; y luego siempre se puede alabar con veracidad y con gran contentamiento de la madre, la boca chiquita que en una recién nacida por fuerza no puede ser boca grande. Al marido le faltaban las palabras de pura emocion; sus dos hijos, salvados de la catástrofe, un muchacho y una niña, me presentaron sus caritas algo sucias para que los besara. Lo hice cordialmente, pensando que cuando besamos el polvo, nos acordamos de nuestro origen divino. A nuestros compañeros se les llenaron los ojos de lágrimas, viendo tanta gratitud. La pequeña hijita llevará el nombre de Luisa, para perpetuar los beneficios que D. Luis Seco ha proporcionado á esta familia, más pobre y más bendecida á la vez que los demás pobres.

Entramos todavia en una que otra de las casas para ver y socorrer á alguna anciana que estaba entre los demás desgraciados. Mas todos los habitantes del caserío nos rodearon, llenos de agradecimiento por lo que habíamos hecho á la pobre familia, hasta que finalmente solo por una huida rápida nos pudimos sustraer á las efusiones vivas de su gratitud.

Mas cuando acompañado de mil bendiciones saltaba sobre mi ligero caballo y recorría la distancia que de Santa Cruz nos separaba, envié en espíritu los más cordiales saludos de mi corazón agradecido á todos mis amigos conocidos y desconocidos, que mandándome sus

donativos, me habian proporcionado la satisfaccion y alegría, de cumplir de esta manera la más hermosa mision que se puede confiar á los que no han sido bendecidos ellos mismos con bienes terrestres, á saber, ser mensajero de caridad en las casas de los pobres y desgraciados. Recibid tambien por medio de estas líneas, amigos queridos, la expresion de mi agradecimiento por haberme hecho medianero entre vuestra caridad y la desgracia que ha tocado á estos pueblos.

Poco tiempo nos habíamos de detener en Santa Cruz de Alhama, donde fuimos recibidos con regocijo general, si queríamos llegar de dia á Alhama; porque los dias eran cortos y los caminos intransitables, bien que mi caballo, como segundo Napoleon, tampoco parecia conocer la palabra *imposible*. Así es que llegamos cuando empezaban á encender las luces, mientras la luna derramaba sus débiles rayos sobre aquel teatro de desolacion y de ruinas que por cierto á la claridad de la luna se elevaban como espectros ante nuestros ojos. ¡Cuánto infortunio encierran estas ruinas!



VIII.

Despedida de Alhama. Los Sumideros y Zafarraya.

Las horas de la noche las empleamos en ponernos en comunicacion con las autoridades é informarnos sobre casos particulares de las desgracias ocurridas. En verdad, salvo algunas dádivas caritativas á determinadas personas, poco era lo que ahora podíamos hacer en favor de la desgraciada ciudad. En Alhama urge sobre todo dar principio inmediatamente á la reconstruccion definitiva de las casas, y así lo comprendió su digno alcalde, que en la mañana siguiente trató ya esta misma cuestion con el representante de *El Imparcial*. Allí el infortunio es inmenso. Basta ver á Alhama para comprender que la caridad se ha de centuplicar, si de alguna manera ha de ser remediado tanto mal. No pude menos de deplorar por lo tanto, que los medios de comunicacion entre Alhama y Granada hayan sido dificultados por el espíritu de lucro que aun de las desgracias se aprovecha, elevando á cuarenta reales el precio del asiento en el coche que sale cada dos dias de Granada. Porque quisiera de veras, que todos los granadinos y muchísimos forasteros y extranjeros fuesen á Alhama, para ver con sus propios ojos lo que ha sucedido; entonces de seguro no faltarian auxilios á aquella ciudad.

Y aquí ciertamente me es preciso volver sobre un punto que ya he tratado á propósito de la recaudacion de la contribucion de la sal en Albuñuelas; y debo insistir en él, en vista de otro hecho que se presentó á mis ojos en Alhama: y es la conducta de algunos empleados del Gobierno que parecian haber olvidado por completo, que estos pueblos desgraciadamente se encontraban en un estado excepcional. Todos los habitantes de la poblacion estaban en conmocion porque se trataba de reclutar á los quintos. Llorando iban por la ciudad de Alhama las madres á cuyos hijos habia tocado el sorteo, inconsolables porque aun los últimos brazos en quienes habian puesto su confianza para que les ayudasen á ganar la vida en tanta miseria, se los iban á quitar. Sufria yo verdadero dolor en el alma, aunque no era más que espectador; ¿qué habian de hacer aquellas familias á quienes tocaba esta nueva desgracia? Y perdónesenos la pregunta: ¿Es, en efecto, España regida por una ley de Medas y Persas que no puede ser quebrantada por nada ni por nadie, y por lo tanto que no puede entrar en el sistema general excepcion alguna? ¿O perderá el ejército y la fuerza armada de la nacion algo de su solidez, porque se dejen libres, siquiera provisionalmente, en el mismo año de la desgracia, á los pocos mozos robustos que con su trabajo pueden y deben ayudar á aminorarla? Más aún: estos pocos brazos que tanta falta hacen para la reparacion del infortunio que ha caido sobre aquellos pueblos, ¿no pueden ser reemplazados por algunos otros? ¿no podian ser sustituidos por lo pronto, si en verdad hacian tanta falta al ejército que no pudiera pasarse sin ellos por algunos meses? No siempre la administracion del Estado ha de ser una máquina insensible que iguala y aplasta á su paso todo lo que encuentra; más

vale considerar que aun las máquinas más fuertes, por un uso extremado, suelen romperse. Y espero que la prensa cumplirá su deber llamando la atencion de quien corresponda sobre estos hechos dolorosísimos que he presenciado.

Por la mañana nos honró aún el alcalde y el secretario del Ayuntamiento de Alhama con su visita; la actividad de los ayuntamientos en todas partes es verdaderamente loable. Pero una direccion general, honradísima como inteligente, hace muchísima falta, si no se han de ver algunos infelices enteramente desatendidos, mientras otros reciben más de lo que han perdido.

Poco despues de mediodia nos despedimos de nuestro buen posadero, y bajo la proteccion del viejo Frasquito, su muletero, y sentado sobre el blanco mulo que ayer habia llevado á su amo detrás de nuestro caballo, emprendimos el viaje hácia el Sur, caminando derechos á la alta Sierra Tejada, que aún estaba cubierta de blanquísima nieve.

El camino que va derecho á la provincia de Málaga se eleva poco á poco á la altura de los collados que limitan el panorama de Alhama hácia el Norte. Habiendo alcanzado el punto más alto, volvimos la vista por última vez atrás para abarcar con una mirada la terrible destruccion que el terremoto ha causado en esta region de rocas, y que se grabará indeleblemente en la memoria del que siquiera una vez lo haya visto. A nuestros piés, rodeados de multitud de árboles frutales y flores en las primeras galas de la primavera que empezaban á brotar en todas partes, estaban las ruinas de la infeliz Alhama; á la izquierda, todo el vasto terreno montuoso con sus cortijos quebrantados y caseríos destrozados; á la derecha aquel teatro de destruccion, el más grandioso que

hasta ahora habíamos visto: el valle del río Alhama con sus tajos inmensos donde las rocas se habían desprendido dejando una superficie tan lisa como si hubieran sido cortadas con algún enorme cuchillo. Más abajo se veían los lagos formados por las peñas caídas que se oponían al curso del río, y por último los molinos, antes lugar de alegre trabajo al compás del murmullo del río, hoy lugar de desolación, donde los edificios están aniquilados de tal manera, que ni un buho encontraría donde hacer su nido. No sabemos cuántos años habrán de pasar hasta la realización de nuestro deseo, pero con todo esperamos poder volver un día á ver este paraíso terrenal bajo impresiones más alegres y más en conformidad con la belleza del cielo y del suelo, donde parece que solo debían habitar hombres felices.

Bajamos por unos collados bastante considerables á un valle, y tomando el camino hácia el occidente seguimos el curso de un río que se había formado un lecho no muy hondo en el blando suelo. A una altura de más de seis mil piés se eleva delante de nosotros hácia el mediodía la cadena de montañas que en la mayor parte de los mapas lleva el nombre de sierra de Alhama, aunque la gente de la comarca no la conoce bajo otro nombre que el de Sierra Tejeda. Hácia el Norte las altas montañas de Loja limitan el valle, mientras por el occidente está cerrado completamente por otra cadena de montañas no muy altas; y cuanto más entramos en el valle, con más fuerza se presenta la pregunta á nuestra mente: ¿A dónde corre este río que con tanto ímpetu desciende por un valle que está cerrado por todas partes? Aunque en España haya cosas tan extrañas que el gran estadista inglés, Pitt, dijo un día: «España es el país maravilloso donde no siempre dos y dos son cuatro, porque

hasta los cálculos más seguros engañan,» nos parecía sin embargo que aún aquí los ríos no solían subir á las montañas. Nos adelantamos con prisa siguiendo el curso de las aguas; de vez en cuando pasábamos por algunos caseríos que habían sufrido terriblemente por las conmociones del terreno; en una cortijada sola fueron extraídos de los escombros cuarenta y cuatro cadáveres. Ya se dibujaba en la Sierra Tejeda la grande abertura llamada Boquete que constituye el puerto para descender á la provincia de Málaga, cuando descubrimos al lado de la sierra un segundo río que corría paralelo con el primero. El terreno se convirtió de húmedo en empapado de agua, y en los mismos caminos habíase de buscar la parte más alta. Los ríos tampoco efectúan su salida, como pensábamos un momento, por la grande abertura de las rocas gigantes del Boquete, porque ya la hemos pasado. Vemos delante de nosotros á la izquierda sobre una elevación del terreno el pueblo de Zafarraya, y á la derecha, reclinada en la falda de la montaña, la pequeña aldea de Almendras. Nada más que montañas alrededor. De repente suena en nuestros oídos un murmullo blando que pronto gana en potencia, y por el terreno, más que blando, en que se hunden nuestros piés á cada paso, llegamos con dificultad á uno de los Sumideros, á saber: seis ú ocho agujeros por los cuales se sumerge el río con ímpetu. En una distancia de algunos centenares de metros vemos los árboles que rodean el *Sumidero* del segundo río. Está formado de la misma manera, y parece una gran madriguera de conejos con muchas bocas en que penetra el agua. Estas aguas subterráneas, que por una parte como parece claramente probado por investigaciones de diferente índole, aparecen de nuevo á lo alto de la vega de Loja, y por otra parte toman su camino hácia

el Mediodía á la provincia de Málaga, han minado los fundamentos de estas montañas de una manera considerable, tanto más, cuanto que todos los años cambian los sitios de los Sumideros, y tan pronto como por el lodo ó las materias que arrastra el agua, alguna abertura se ha cegado, se abren otras dos en sitios diferentes. De seguro han representado estos sumideros un gran papel entre las causas de los terribles terremotos. No hace falta ser un geólogo de profesion, basta caminar por este terreno para comprenderlo así, de lo cual más adelante encontrarán nuestros lectores abundantes pruebas. Una de ellas por cierto es tambien que no sólo los pueblos y las casas de esta comarca se cuentan entre los más azotados, sino que tambien las rocas de esta sierra, en su desprendimiento, han dejado huellas tan imponentes de la terrible catástrofe, que solamente pueden compararse con ellas lo que habíamos visto en los tajos del rio Alhama.

A hora no muy avanzada de la tarde entramos en el pueblo de Zafarraya, que ofrece un aspecto desconsolador, por ser muy pocas las casas que en él han quedado habitables. Contiene este pueblo unas tres mil almas, bajo el patronato de la vírgen de Monsalud, que goza en aquel pueblo, como en el vecino Alfarnate, gran veneracion, pero que no los ha podido salvar de los mayores desastres. Y nadie se atreve á la reedificacion de su casa, cuando las conmociones terrestres siguen aún echando abajo las paredes que se han quedado en pié. Encontramos al alcalde del pueblo en una tienda de madera que habia construido detrás de las ruinas de su casa en el jardin. Entre todos los males que afligian á esta aldea, sentia él más que nada, que la muerte de una maestra y el derrumbamiento del edificio destinado

para escuelas, habia privado á más de ciento treinta niños y á unas sesenta niñas de la instruccion que antes allí recibian.

«Nuestros niños se hacen salvajes completamente,» dijo con tristeza el alcalde. «Si ya se puede sentir claramente la mala influencia de esta falta en estos dos meses, ¿qué pasará si tal estado de cosas continúa? Al Gobierno he expuesto esta grande necesidad que nos apremia, mas nos contestaron que tenian en proyecto un plan grande para la reconstruccion de todas las escuelas destruidas, y que mientras este no se aprobase, no podia hacerse nada para satisfacer nuestros deseos respecto á una nueva escuela. Yo temo mucho que cuando el Gobierno realice este proyecto, nosotros hayamos muerto y nuestros niños y niñas estén casados.» No me parecia muy temeraria esta suposicion; así que investigué lo que podia hacerse para proporcionar á este pueblo cuanto ántes su indispensable escuela, para que su juventud no olvide lo poco que sabe y crezca en la ignorancia y la holgazanería. Hallamos que la casa de un vecino del pueblo que servia para el caso, podia ser reconstruida prestando alguna ayuda á su propietario; arreglámoslo de tal manera, que el propietario recibiria los recursos en la medida en que progresara la reconstruccion y bajo la obligacion de prestar la casa al Ayuntamiento para escuelas, hasta que se reedifique la antigua escuela ó se construya una nueva segun el proyecto del Gobierno. Así se pudo abrigar la esperanza de que dentro de un mes las escuelas podrian emprender de nuevo su tarea, lo cual será un señalado beneficio para el pueblo.

Teníamos prisa en continuar nuestro camino, porque ya oscurecia; mas sin cenar no nos quiso dejar ir el amable alcalde y su esposa. Así nos sentamos á la mesa

con su familia entera en la tienda de madera que á todos servia de albergue. Segun costumbre dimos gracias á Dios antes de empezar la comida. No nos parece casual, que tantas veces en el Nuevo Testamento se nos cuente de nuestro maestro Jesucristo, que habiendo tomado el pan dió gracias; más aún que despues de la resurreccion los dos discípulos que iban con él á Emaus, le conocieron en la manera como dió gracias cuando estaban sentados á la mesa. El dar gracias en la comida es seguramente una de las confesiones más sencillas y más eficaces á la vez, para dar testimonio de la fe en nuestro padre celestial, que nos da nuestro pan de cada dia en abundancia, por más que tan pocas veces se lo agradecemos. El alcalde lo habia oido con atencion y sorpresa. Luego preguntó: «¿No es verdad que en su pais los habitantes son todos católicos mas no romanos?» «Es verdad,» le contesté, «que la mayoría de los nuestros son cristianos que no siguen los mandatos del Papa de Roma, porque tienen los de Jesucristo en el Nuevo Testamento, y creen que como El aún hoy está con los suyos todos los dias hasta el fin del mundo, no necesita vicario alguno sobre la tierra. Pero esto no nos impide amar á los demás, aunque ellos no tengan igual libertad de pensar de la jerarquía romana. Precisamente nuestros donativos proceden casi sin excepcion de los cristianos evangélicos que lo hacen por amor á su Salvador Jesus.»

Entónces oí de mi huésped un discurso en alabanza de la libertad de cultos, como de seguro nadie lo hubiera esperado en aquel pequeño pueblo. Tuve que recitar el símbolo apostólico, para que se convenciesen de que éramos tambien cristianos, y todos se asombraron al saber que creíamos en el nacimiento de nuestro Salvador de la virgen Maria. No solamente la Junta de socorros sino una

gran parte de los vecinos se habian agrupado alrededor de nosotros, escuchando atentamente lo que hay de comun en la fe de todos los cristianos que confiesan el símbolo apostólico, repiten orando el Padre nuestro y aman á todos los hombres como Cristo nos dió el ejemplo. Y si hubiera de escribir todos los saludos, expresiones de agradecimiento y bendiciones que mandaron á los buenos cristianos que se habian acordado de sus hermanos infelices y les habian enviado el auxilio desde tierras lejanas, esta carta no concluiria tan pronto.

Resistí á las invitaciones más cordiales que me hacian mis buenos huéspedes para que me detuviera allí durante la noche, porque el tiempo de que disponia no admitia tardanza; y pasamos por el pueblo, acompañados del alcalde y de muchos vecinos. Delante de nosotros, por las calles, se movia una procesion con una infinidad de luces. «Es el Rosario de la Virgen,» dijo el alcalde. «Piden que cesen pronto los terremotos.» De repente se oyó una algazara tremenda, como voz de gente en batalla. Asombrado miré al alcalde, porque no comprendia cómo tanto grito, que se repetia tres veces, podia tener relacion con el Rosario. El comprendió mi mirada, y dijo: «Es que han dado tres vivas á la Virgen.» Y entonces no pude ménos de pensar cuán bueno era que la Virgen no oyese nada de esto. Se hubiera desmayado de susto; porque la gritería no era para ménos. Así que tampoco la manifestacion alcanzó su resultado, como verá el paciente lector en la carta que sigue. Fuera ya del pueblo, nos despedimos del alcalde, y acompañado por el alguacil del Ayuntamiento como guardia de honor, emprendimos el camino de las Ventas con una noche bellísima, al lado de la alta sierra, cuyas puntas brillaban en la plateada luz de la luna.

IX.

Ventas de Zafarraya. El Boquete.

Si no creyésemos un deber sagrado hacer partícipes de nuestro gozo á los que nos dieron esta mision de llevar socorros á los desgraciados, y contarles algo de la bendicion que sus dones han llevado á todas partes, no recibirian muchas cartas; porque algunas veces es difícilísimo escribir durante este viaje. Papel, pluma y tinta, como previsor viajero, los llevo conmigo; pero nos falta ahora, por ejemplo, una mesa para escribir. No es oportuno llevar tambien ese mueble entre los artículos necesarios para el viaje, y sin embargo, no es esta la primera vez que echamos de ver que en estos pueblos y en las circunstancias presentes la mesa se cuenta entre los artículos de lujo que no son fáciles de proporcionarse. Así que estamos ahora de pié y al aire libre escribiendo esta carta sobre una tabla que hemos podido proporcionarnos; sillas no hay, y el suelo aunque tan blando como el mejor sofá, no convida precisamente al descanso. Tampoco podíamos estar ya por más tiempo en la hospitalaria aunque pequeña choza del alcalde; nuestros pulmones reclamaban el aire libre.

Además estamos muchos dias casi desde la mañana hasta la tarde á caballo ó dando espuelas á los de S. Francisco, que despues de todo son los que más pronto nos llevan de un lugar á otro, sin necesidad de esperar á que aparejen el cuadrúpedo; y este cansancio con el trabajo diario necesario para tomar informaciones y repartir los donativos hace casi imposible redactar largas memorias. Pedimos por lo tanto al lector que sea indulgente con la frase como con el contenido de estas epístolas.

Y despues de esta *captatio benevolentiae* que nos hemos permitido, volvamos á nuestro camino á lo largo de la Sierra Tejada. La distancia que separa á las Ventas del pueblo de Zafarraya se recorre en media hora. El camino que conduce al pié de las montañas estaba empapado en agua y no cabe duda que este año una cantidad anormal de agua ha saturado todo este terreno completando de esta manera la obra de años ó de siglos anteriores en minar los fundamentos de las montañas que rodean el valle. A todo lo largo de las montañas hay una hendidura que separa el terreno blando de las rocas, y si en alguna parte el terremoto ha tenido su centro, sin duda ha sido aquí. Pasa esta hendidura por el corral de una casa; el corral cayó en ruina y la casa se mantuvo firme.

A la incierta luz de la luna descubrimos pronto algunos restos de muros que continuaban en pié, restos de lo que era antes el pueblo de las Ventas de Zafarraya. No encontré pueblo en que el terror del terremoto se hubiera mantenido más vivo, y esto es fácil de explicar; porque situado inmediatamente delante de las montañas, esta aldea ha sido testigo y más que testigo mártir del poder de los elementos en aquellos terribles instantes en que se hundia todo el terreno alrededor y temblaban las

peñas y rocas. Y no es solamente la hendidura ántes mencionada la que da testimonio aún hoy de las fuerzas de los elementos en aquella terrible noche, sino que diariamente hay nuevas sacudidas. El ruido subterráneo como un trueno lejano no cesa, y los desprendimientos de las montañas sembrados en todas partes, así como las nuevas partículas que se separan de las rocas para rodar con estrépito á los valles, mantienen á la pobre gente en un terror constante. Yo mismo presencié una de esas escenas, y jamás la olvidaré.

Estábamos sentados en la casa ó más bien en la tienda del alcalde del pueblo. El pobre estaba en la silla entre almohadas, porque desde la noche del terremoto se encontraba enfermo. Antes se habia creado una regular fortuna. Acababa de edificar una venta de grandes dimensiones, habia cavado un pozo y plantado un huerto alrededor y se alegraba de disfrutar de lo que su inteligencia y el constante trabajo de muchos años le habia proporcionado. Precisamente entónces viene el choque terrible, caen las paredes todas y entierran nada menos que doce arrieros con sus mulas bajo las ruinas de la nueva venta. Los habitantes se pusieron al abrigo de la intemperie del invierno en chozas pequeñas é inmundas; ¡qué milagro es que las enfermedades pronto hicieran mella en ellos!

El alcalde me habia recibido con mucha amabilidad en su casa, compartiendo conmigo gustosamente lo poco que le habia quedado. Estábamos sentados en la mesa, cuando repentinamente sentimos una terrible sacudida. La gente se agolpó pálida de terror en la estrecha caseta, porque los restos de sus casas, aquellas ruinas que aún les servian de albergue, empezaban á temblar de nuevo. Una mujer lleva en sus brazos á un muchacho de siete años, y grita: «Yo no volveré jamás á mi casa,

porque he oido crujir las vigas encima de mi cabeza.» Hacia quince dias que la pobre gente empezaba á creer que los terremotos habian pasado, porque poco á poco habian sido menos frecuentes y menos violentas las sacudidas. Por lo tanto, cuando ahora volvian á moverse los muros que les servian de triste refugio, amenazando desplomarse sobre sus cabezas, la excitacion era general, terrible. Cuando despues de un momento pude obtener silencio, les dije: «Amigos míos, hace cuatro dias que sentí la primera sacudida en circunstancias nada favorables. Entónces me acordé de una parte de la Palabra de Dios que me infundió tranquilidad y sosiego; ella ahora tambien nos hará bien á todos.» Y sacando de mi bolsillo el Nuevo Testamento con los Salmos, empecé á leerles aquel gran Salmo noventa y uno:

«Bienaventurado el que sentado en el escondedero
del Altísimo,

A la sombra del Omnipotente pernocta.
Dirá al Señor: Confianza mia y fortaleza mia,
Dios mio, en quien confio.

Porque Él te librá del lazo del cazador,
De peste dañosa.
Con Su ala te cubrirá,
Y debajo de Sus alas hallarás refugio;
Escudo y rodela te es Su fidelidad.

No temerás el temor de la noche,
Ni la saeta que vuela de dia,
Ni la peste que camina en oscuridad,
Ni la destruccion que estraga al mediodia.

Si caerán á tu lado mil,
Y diez mil á tu diestra,
No llegará á tí.



Solamente mirarás con tus ojos,
Y verás el pago de los impíos.

Porque dijiste: «Señor, eres mi confianza,»
Al Altísimo has puesto por tu refugio:
No te acontecerá mal ninguno,
Y no se allegará plaga á tu tabernáculo.

Porque á Sus ángeles mandará de tí,
Para que te guarden en todos tus caminos,
Sobre sus palmas te traerán,
Porque no tropieces en piedra con tu pié.
Sobre leon y basilisco pisarás,
Patearás leoncillo y dragon.

«Porque me ha deseado á mí, yo lo libraré;
Ensalarélo, porque ha conocido mi nombre.
Llamaráme y responderéle.
Con él estoy yo en la tribulacion,
Librarélo y glorificarélo.
De largueza de dias lo hartaré,
Y haréle ver mi salud.»

Ya mi padre tenia elegido este salmo, considerándole como consuelo predilecto en sus muchos viajes; pero jamás hasta aquella hora habia sabido cuán precioso es en verdad. Parecia como si se hubiera echado aceite sobre las embravecidas olas de la excitacion terrible y de los vivos terrores que agitaban los ánimos. Más aún, parecia que Dios mismo habia hablado al enfurecido mar, y que habia sido hecha una grande bonanza. Añadimos aún las palabras de nuestro Salvador: «¿No sucede así que se venden dos pajarillos por un cuarto? Y uno de ellos no caerá sobre la tierra sin vuestro padre. Mas de vosotros aun los cabellos están contados. Por lo tanto

no temais, porque más valeis vosotros que muchos pajarillos.» Y les hablamos del amor de nuestro Padre celestial, que muestra su misericordia y bondad aún en medio de sus juicios. ¡Qué atentos escuchaban todos! Parecia que su alma sedienta bebia aquellas palabras divinas, que les devolvieron la calma y les dieron seguridad y consuelo. Y ¿no es terrible la responsabilidad de aquellos, que alejan de la mente humana estas palabras de divino consuelo y segura confianza?

En verdad la memoria del terror de la primera noche del terremoto fue aumentado por las incesantes sacudidas que por la proximidad del foco de perturbacion se sentian en las Ventas de Zafarraya más que en ningun otro pueblo. Nos convencimos de esto aun más en el viaje que hicimos por las vecinas montañas, testigos mudos y sin embargo muy elocuentes de la terrible catástrofe.

Este pueblo era el único punto donde parecia imposible aconsejar la reconstruccion de las casas, porque nadie se atreveria á vivir en ellas, pues sólo debajo del firmamento se sentian seguros; y ¡cuánta miseria padecian aún ahora, por más que habian trascurrido dos meses desde la horrible catástrofe! Se albergaban debajo de tejados hechos con hojas de pitas ó en chozas miserables de madera, donde estaban hacinados y mal abrigados contra la nieve y la lluvia. En una de aquellas chozas que visité, dormian durante estas semanas cuarenta y nueve personas (!) juntas. «Estamos el uno sobre el otro,» dijo el alcalde; «ya hace quince dias que no he podido mudar mis vestidos.» Así se comprende fácilmente cómo no solamente sufre la salud, sino tambien la moralidad en estos lugares tan estrechos y apestados. Mas ninguno piensa en emigrar. Todos aman demasiado á su patria, por mucho que

han sufrido en ella, para ir á otros pueblos á buscar trabajo. Luego tambien la situacion de este pueblo, por el cual forzosamente han de pasar los que vienen de la provincia de Málaga á Granada ó viceversa, hace comprender que siempre será un punto de bastante animacion. Sólo esperan que por fin las conmociones terrestres cesen, esperanza que desgraciadamente hasta ahora no se ha realizado. En vista de estas circunstancias, lo que mejor podíamos hacer era proporcionarles algunas casetas de madera en número de 10 á 150 pesetas una, segun ya lo habia hecho el Círculo Mercantil de Madrid.

Una de las más profundas impresiones de este viaje será siempre la que recibí cuando pasando la grieta que el terremoto habia abierto á lo largo de las montañas, separando las rocas del suelo blando, entré por la puerta gigante, que entre dos rocas enormes da paso de la provincia de Granada á la de Málaga. Parece que de la Sierra Tejeda han cortado un pedazo enorme; dos rocas de granito se elevan hácia el cielo, formando así el famoso Boquete y presentando á la vista los vestigios del terrible terremoto de un modo tan manifiesto, como los hemos observado solamente en Alhama. Toda la montaña debe haber temblado á los golpes de la conmocion terrestre de una manera horrorosa, porque en todas partes se ven rocas y piedras enormes que, desprendiéndose de las alturas y pináculos de los montes, han sido arrojadas al suelo del mismo modo que un alto nogal, azotado por los vientos, deja caer sus frutos. Todavía se ve la direccion que estos pedazos enormes de roca han tomado, y como de un inmenso salto se han lanzado de las alturas á la llanura; se pueden seguir sus huellas, donde han rebotado en su carrera vertiginosa dos, tres,

siete veces, hasta que por fin se hundieron en el blando terreno de los campos al pié de la montaña.

«Se removerán los montes,

Se trastornarán los collados:

Pero la misericordia mia no cambiará para tí,

Ni se trastornará el concierto de mi paz,

Dijo el que de tí se apiada, el Eterno.»

Estas palabras del profeta Isaías me vinieron involuntariamente á la memoria cuando contemplé el espectáculo que ofrecian aquellas rocas desprendidas, hendiduras abiertas y peñas echadas á rodar; las conocia como una de las más preciosas promesas del Padre celestial; pero lo que quiere decir: «Los montes se removerán, y los collados se trastornarán,» esto lo he llegado á comprender solamente en este viaje, tanto en Alhama, donde las rocas enormes se habian lanzado en el lecho del rio, como aquí donde toda la tierra estaba sembrada de las piedras y masas desprendidas. Al mismo tiempo este lugar ofrece un ejemplo de que la misericordia de Dios, aun en medio de tanto trastorno de la naturaleza, es poderosa para proteger á los que la invocan.

Precisamente en medio de estas dos rocas gigantes está situado un pequeño ventorrillo; en aquella noche terrible las rocas cayeron alrededor de esta casita, á derecha y á izquierda, por delante y por detrás; una mole enorme cayó en el patio, mas la casita con los que habitaban en ella, quedó intacta. Es curioso, que los habitantes de esta choza, altamente impresionados por los sucesos de aquella noche, que nos pintaron con colores vivísimos, aunque no se atreven á volver á la choza durante la oscuridad, han tenido valor para habitarla durante el dia, por más que los últimos terremotos ocurrieron precisamente cuando el sol estaba aún sobre el

horizonte. Pero tan pronto como oscurece salen; porque segun el refran «la noche no es amiga de nadie.»

Nos contaron los inquilinos del ventorrillo cómo en aquella noche habian aprendido á orar. El ruido subterráneo era intenso, creciente; oyeron cómo las rocas caian al suelo, y esperaban á cada momento ser enterrados con su casa bajo una de las montañas. Tampoco se atrevieron á salir, sabiendo que entónces aumentaba el peligro; porque las piedras caian cual granizo. Su oracion fue escuchada, y como si un muro invisible hubiera protegido la frágil casita, cayeron las piedras sin fuerza delante de ella, de manera que hasta hoy, rodeada de las ruinas de las montañas, se ha mantenido incólume.

Y ahora ántes de salir de la provincia de Granada, no puedo ménos de expresar como impresion general lo que mis lectores ya habrán notado en los pueblos por los que hemos pasado juntos: que si en medio de tanta desgracia algo ha podido recrear mi ánimo y darme verdadero gozo, ha sido los esfuerzos que se han hecho y los donativos que han llegado de tantas partes, ora por individuos, bien por corporaciones ó directores de periódicos que eran los canales de la caridad universal y que no se han amedrentado, ni por el frio, ni por la nieve, ni por tantas dificultades materiales como habia en el camino que tenian que recorrer para llevar á sus hermanos dolientes el bálsamo de la caridad fraternal. Un pueblo que tiene corazon tan generoso y voluntad tan espontánea es por cierto no sólo digno de mejor instruccion, sino tambien llamado á ocupar puesto más alto entre las naciones del porvenir, ya que las cadenas que por tres siglos le impedian tomar parte en el progreso de la humanidad, se han roto para siempre.

X.

Periana. El Cortijo de Guaro.

No tomamos el camino del Sur, que va directamente á Vélez-Málaga, sino que nos dirigimos hácia el Occidente, atravesando un collado tras otro á la falda de los montes, cuyo pié estaba sembrado de rocas y piedras que por los terremotos habian sido lanzadas al valle. Tambien los muros ó cercas de piedra que suelen circunvalar en aquella region á los campos, y que limitaban el camino por sus dos lados, á veces no habian podido resistir á los golpes, y aumentaban con sus ruinas las dificultades, nada comunes, del camino. Estábamos apercebidos; nos habian dicho que el camino era apenas transitable; porque aún á la misma gente que está acostumbrada á estos senderos peligrosos de las montañas, en un suelo resbaladizo, arcilloso, empapado en agua por la nieve y las lluvias, debe parecer á veces extraño que no sucedan más desgracias. Nuestras caballerías se hundieron más de una vez hasta las rodillas en el suelo; y esto era naturalmente tanto más peligroso cuanto que la senda de vez en cuando tenia una rápida pendiente, y servia al

mismo tiempo de lecho á los arroyuelos que descendian de las montañas, y eran causa de que los terrenos, áun despues de haber cesado las lluvias, tuvieran una blandura exagerada; lo que en términos gráficos se llama que estaban borrachos. Y por cierto, que nosotros mismos tambaleándonos, jinetes y caballos, parecíamos sufrir bajo la influencia de estos terrenos borrachos, y escapamos á duras penas de una desgracia; porque bajando una vez una cuesta muy pendiente, nuestro mulo blanco hundió sus piernas casi hasta el vientre en el fango, y veloz como el pensamiento descendió tambien el jinete, no voluntariamente, es verdad, y dibujó toda su estatura y el baston que tenia en la mano en el blando suelo, sin tener siquiera la presencia de ánimo de besar la madre tierra, de la que todos procedemos.

Sin duda esta caída rápida conservó la pierna del buen mulo, que de otra manera hubiera corrido grave riesgo de quebrantarse, porque su cabeza yacia ya sobre el camino. Luego me puse de lado sobre el caballo, presentando al sol mi superficie arcillosa, para que sus rayos benéficos la secaran cuanto ántes. Y no tardó esto mucho tiempo en realizarse, porque bastante se conoció que habíamos entrado en la provincia patria del sol y de sus hijos, las viñas y pasas, la caña de azúcar, las palmeras y los bananos. Es en efecto sorprendente el cambio rápido que se observa, apénas se deja la alta llanura de la provincia de Granada y se descende hácia el mar, el que se ve en los dias claros á lo lejos en un azul profundo.

El clima es mucho más cálido; como esta es la parte meridional de las montañas, crecen en ella, áun en alturas considerables, las palmeras y palmeras enanas ó palmetes, cuyas raices dan un alimento muy apreciado,

una especie de manjar delicado, como en los climas septentrionales los espárragos. Creemos sin embargo que se necesita ser andaluz para poder apreciar en lo que vale la raiz de estos palmetes. El tiempo pasó veloz, porque la cordillera de las montañas escarpadas, las rocas diseminadas como si los titanes hubieran allí jugado á la pelota, la vegetacion meridional que se notaba en los campos y en los olivares, y lo pintoresco del terreno con sus casitas esparcidas por los valles, los arroyos que saltan de lo alto y los prados con ganados de ovejas, cabras y vacas, ofrecian tanta variedad, que el largo camino se acortaba insensiblemente, y caballo y jinete, contentos los dos por no haberse quebrado la pierna, pronto divisaron las ruinas de la torre de Periana.

Con excepcion de Alhama y Vélez-Málaga, Periana es la mayor poblacion de las que han sido visitadas por el terremoto y han sufrido por él la ruina y caída de centenares de sus casas. Periana cuenta más de seis mil habitantes, ó como es costumbre contar allí, unos mil doscientos vecinos. Es verdaderamente incomprensible que, mientras caian unas doscientas casas en ruinas, no hayan perecido más que treinta y ocho personas. Sin duda se debe esto en gran parte á los esfuerzos de los vecinos y especialmente de la Guardia civil, que ha trabajado allí con celo extraordinario y esfuerzos casi sobrehumanos, para salvar á los que habian sido enterrados entre los escombros.

De la iglesia no quedan en pié más que las paredes, y de la torre dos pedazos de muro, muy altos, delgados, aislados, que amenazan desplomarse á cada momento, de tal manera que el que pasa por allí echa involuntariamente á correr para apartarse del peligro inminente. Es imperdonable que estos muros se hayan dejado en

pié; debieran haber sido derribados hace dos meses, y sin embargo, no parece que este peligro constante está llamado á desaparecer pronto. Porque las autoridades del pueblo se habian dirigido al gobernador de la provincia, á Málaga, para que les prestase un aparato que allí tienen los bomberos, y que les facilitaria el derumbar las paredes, cosa que en verdad ofrece algun peligro. Mas hasta ahora el gobierno de la provincia no ha dado á los vecinos de Periana contestacion alguna, y ellos no ven más remedio que esperar tranquilamente, hasta que estos restos se derrumben por gusto propio y cuando les convenga, tal vez ocasionando nuevas desgracias.

Yo mismo tuve ocasion de convencerme de esta resolucion de Ayuntamiento muy pronto. Estábamos sentados el alcalde que con toda amabilidad me habia recibido, su secretario en cuya casa tomaba el almuerzo, bien contra mi voluntad (pero ¿quien podia resistir á tanta invitacion cordial?) además el vicario del pueblo, porque el cura párroco ya no estaba en él por razones que más tarde se verán, y dos ó tres caballeros más, cuando entró un jóven malagueño, pintor, que habia venido á fijar en el lienzo algunas de las escenas más memorables de los terremotos; y como en el punto principal se habia fijado en los lúgubres restos de aquella torre alta que debia formar el centro de su cuadro. Pero como para ello necesitaba un lienzo mayor de los que llevaba consigo, queria saber si valdria la pena mandar traer otro de Málaga, porque temia que antes de que llegase, las autoridades habrian derribado aquellas ruinas peligrosas; mas los padres de la ciudad le tranquilizaron diciéndole que la torre aunque amenazaba ruina á cada momento, sin embargo, habiéndose mantenido durante tanto

tiempo, duraria aún, segun su opinion, algunos meses; y de todas maneras podia estar seguro de que ellos no la derribarian, porque les faltaban los aparatos y en Málaga ciertamente ya no se acordaban de su peticion. Esta contestacion puso alegre el corazon del jóven pintor y triste el mio; porque si hay algo que puede entristecer el alma todavia más que las inmensas desgracias que han caido sobre estos pueblos, es ver cómo despues de tantos meses la mayor parte de las ruinas están en casi todas las poblaciones en el mismo estado que en la mañana que siguió á aquellas conmociones terrestres. Todo se esperaba de la intervencion oficial: la iniciativa individual cesaba por completo. Donde habia escombros en la calle, nadie pensó en quitarlos. Si las autoridades no lo hacian, los aldeanos lo debian haber hecho *motu proprio*; pero á todos pareció mucho más fácil trepar sobre las piedras y restos de muros que afanarse en quitarlos de en medio. Y me temo mucho que aún despues de muchos meses los pintores podrán hacer sus estudios con provecho sobre el terreno mismo.

Un paseo por la aldea populosa es uno de mis recuerdos más tristes; el terremoto ha causado aquí terrible destruccion la cual es tanto mayor, cuanto que las casas casi todas estaban construidas más bien de adobes que de cal y ladrillo. El pueblo se reclina sobre la falda de la montaña al lado de un barranco profundo; cinco minutos más allá, en la misma montaña, se encuentra la caverna del Ermitaño compuesta de rocas gigantescas; todas ellas sin excepcion han cambiado de posicion. Porque además de los golpes subterráneos ha sufrido toda esta comarca un verdadero movimiento de tierra, es decir, que en grandes partes del terreno se han desprendido las rocas y se han encaminado hácia los valles. El mismo fenó-

meno pudimos comprobar en el Cortijo de Guaro con datos aún más interesantes y concluyentes.

En verdad Periana ha sido uno de los pueblos más azotados, y así era justo que fuese visitado también por S. M. el rey desde Vélez-Málaga. Su presencia ha animado mucho á estos infelices; la impresion que él ha hecho aquí como en todas partes donde estuvo, no ha podido ser mejor. Su carácter franco y espontáneo, su sincera simpatía, el poco cuidado que tuvo de sí mismo, la manera cómo se desprendía de todas las comodidades rechazando resueltamente el lujo con que le querían recibir, eran alabados por todos sin excepcion. ¡Ojalá que pudiera decirse lo mismo de los que estaban á su lado encargados por el Gobierno de ejecutar sus órdenes! Desgraciadamente parece como si en todas partes los órganos oficiales se hubieran afanado todo lo posible por hacer desaparecer la favorable impresion que su jóven monarca habia producido. El habia destinado 10.000 pesetas para los desgraciados de Periana. La Diputacion Provincial gastó ya de antemano mucho del dinero recogido con el objeto de aliviar las miserias de los infelices, en hacer transitables los caminos por donde habia de pasar el rey. Es natural y fácil de comprender que se avergonzaran de mostrar al rey el abandono completo en que habian dejado esta parte de la provincia. Otro tanto se gastó en preparar, contra la voluntad expresa del monarca, lujosas recepciones y banquetes espléndidos, comprar banderas, etc., etc. Así es que de las diez mil pesetas que el rey dejó para repartirlas entre los pobres de Periana, se ha distribuido por fin la décima parte ó sea mil, y aún estas no se han repartido en metálico, sino en trigo por el cura párroco del pueblo; porque de esta manera podia aquel prudente

varon sacar aún provecho de su propio trigo que no sólo habia sido desmejorado habiendo estado expuesto á la lluvia por el derrumbamiento de su casa, sino que estaba además mezclado con arenas y escombros. No se crea que estas noticias han sido invencion mia ó que algun malévolo me haya engañado. Los periódicos de Málaga contaron los hechos con todos sus detalles, y personas autorizadísimas me lo confirmaron con completa exactitud.

¿Y qué impresion debia producir en los desgraciados de los pueblos cercanos, que el rey ni siquiera subiera desde Periana á las Ventas y á Zafarraya, pueblos á que hubiera podido llegar en dos horas lo más y que habian sufrido tantos desastres? El hecho es que los que le rodeaban le dijeron que el camino era demasiado peligroso á causa de las rocas que continuaban desprendiéndose; mientras al mismo tiempo centenares de aldeanos que deseaban ver á su rey, recorrieron este mismo camino sin temor ni peligro alguno. El milagro es que en tales circunstancias el rey por su energía haya podido llegar á tantos pueblos y cumplir, á lo menos en parte, lo que se habia propuesto cuando salió de Madrid para llevar socorro á estas provincias desgraciadas de su reino.

La poblacion de Periana es muy pobre, y los pocos ricos ó hacendados tambien han sufrido pérdidas enormes en su fortuna. Mientras estábamos consultando con el alcalde sobre la reconstruccion de algunas casas, vimos en la calle á una madre con su hijo de ocho á diez años, á quien á pesar de la temperatura tan baja faltaba todo vestigio de vestido, y el de la misma madre no consistia tampoco en otra cosa que en unos harapos unidos con trabajo por alfileres. Dejamos al alcalde, en

presencia de esta pobre viuda, algun dinero para procurarle á ella y á su hijo vestidos, y prometimos ocuparnos seriamente en la reconstruccion de algunas de las casas en ruinas. Es verdad que los diez mil reales que destinamos á este objeto, son poca cosa en comparacion con lo que hace falta á esta poblacion; mas áun así, empezando por las casas más pequeñas y de los más pobres, esperamos poder construir unas cuarenta casas y procurar de esta manera á cuarenta familias la vuelta á su vida regular y la posibilidad de ganarse el sosten con el trabajo de sus manos. De este modo se dará á lo ménos un ejemplo que será seguramente imitado; por pequeño que sea el principio, mucho se habrá ganado si algunas familias son socorridas de una manera definitiva. Creo que otra comision de Cataluña ó de Madrid ha empezado ya la construccion de un barrio, cuyo terreno habrá comprado con tal objeto.

La Junta del Comercio de Málaga, de la cual nos hemos de ocupar más adelante, ha tomado á su cargo con energía é inteligencia la obra de la reconstruccion en este y otros pueblos de la provincia.

Nos querian detener en Periana más tiempo; pero aún teníamos que visitar á Alcaucin y á Canillas de Aceituno: así, pues, sacamos al mulo de los dulces sueños que soñaba delante de la puerta, y emprendimos el viaje por los caminos peligrosos, no á causa de los moradores de aquella comarca que hemos visto que son buena gente en todas partes, sino por las piedras, la lluvia y el barro. Al salir del pueblo pasamos por una ciudad de tiendas, porque la mitad del pueblo se habia alojado en ellas sobre un sitio elevado y seco que hay al lado de la aldea. Nos alegramos mucho de verla, porque solamente en la provincia de Málaga han dado resultado

satisfactorio las ligeras tiendas de campaña que el Gobierno habia enviado á millares.

El pensamiento en sí era bueno, sólo que en la provincia de Granada estas tiendas no han servido para nada absolutamente, como en todos los pueblos por los que hemos pasado nos ha sido fácil observar. La mayor humedad del suelo, debida á las continuas lluvias y nieves, y el clima mucho más rudo de aquella provincia hicieron su uso impracticable en general. Ya que el Gobierno queria ayudar á esos pueblos, hubiera sido mejor enviar antes un ingeniero para informarse de lo que les hacia falta; porque enviarles cosas que sólo á ludibrio les servian, era peor que no enviar nada. En la provincia de Málaga cambiaron las cosas; aunque pequeñas y estrechas, fueron saludadas estas tiendas de campaña con verdadero júbilo y colocadas la mayor parte de veces en una elevacion de terreno arenoso ó de granito cerca del pueblo: así las aguas podian escurrirse fácilmente y las tiendas permanecian habitables aun en medio de las tormentas. Y si alguno pasaba por las calles de esta ciudad blanca y oia «dos cantares de mi tierra» y observaba la actividad y la vida que allí reinaban, difícilmente se le habia de ocurrir que sus habitantes acababan de sufrir la pérdida de todos sus bienes, habiéndolo muchos casos en que no salvaron más que la vida.

El camino de Periana á Alcaucin y Canillas de Aceituno nos llevaba otra vez á lo largo de la misma Sierra Tejeda; pero esta vez nos dirigíamos al Oriente, y antes de cruzar de nuevo el camino que desde el Boquete ó las Ventas de Zafarraya va directamente hácia el Sur, á Vélez-Málaga, tuvimos ocasion de ver los destrozos que el terremoto habia causado en los cortijos de los alrededores. En algunos de ellos se conocia que juntamen-

te con el terremoto habia ocurrido un movimiento del terreno que aumentó los terrores del terrible fenómeno.

El cortijo de Guaro se componia de gran número de casas y chozas, con unos 150 habitantes. Todos los edificios se derrumbaron al primer golpe; pero algunos de ellos se hundieron al mismo tiempo en las grandes grietas que se abrieron en el terreno; porque los rios y aguas subterráneas, que desde los sumideros del Norte van por debajo de la sierra, habian minado toda aquella region.

Sin ropa, como en aquella parte de Andalucía suelen dormir los naturales, salieron los habitantes al aire libre. Cada uno pensaba que la suya era la única casa que se habia derrumbado; mas tan pronto como comprendieron que la desgracia era general, trataron á porfía de llevar socorro á los enterrados. Sólo á estos esfuerzos heróicos de los vecinos y de la Guardia civil, que se ha portado perfectamente, deben muchos su vida. Faltaban los instrumentos; pero con sus propias manos desenterró uno de los vecinos, de una profundidad de más de una vara entre los escombros, á un niño de tres años que habia sido protegido milagrosamente por una viga que en su caída se habia sostenido sobre la pared. Un muchacho de trece años salvó á dos de sus hermanos. Miéntas los libertadores corrian así de un cortijo á otro, observaron con gran extrañeza que las casas se movian, y que hasta los caminos desaparecian en algunas partes. «Yo no sé,» dijo uno de los vecinos, «cómo todos nosotros no hemos perdido aquella noche la razon. Porque nadie podia comprender, cómo era posible que la tierra empezara á andar.» Este movimiento del terreno continuó tambien en los dos dias siguientes. Algunas colinas de los alrededores cayeron unas sobre otras, miéntas en las montañas se abrian enormes grietas.

XI.

Alcaucin. Canillas de Aceituno.

El camino que subia á Alcaucin, era un poco mejor; la naturaleza magnífica. Además se ofrecia hácia la derecha una admirable vista del mar azul en lontananza, á la izquierda se elevaban cubiertas de nieve las cimas de la Sierra de Alhama, y en su falda, como buscando proteccion, los pueblos pintorescos con sus blancas casas, circundados de olivares y jardines de naranjos, por los que los alegres torrentes se lanzaban desde las rocas al valle. A veces sube la caña de azúcar por el escarpado pié de los montes hasta una altura donde jamás la hubiéramos buscado; y las bananas en la llanura con su único fruto, grande, de color de violeta, las palmeras que mecen sus coronas en el aire tibio del mar Mediterráneo, y en las montañas las grandes camas blancas, de forma cuadrada, en las que secan las pasas: todo esto demuestra que estamos en una de las regiones más cálidas de España.

Pronto entramos en Alcaucin; allí las casas no habian sufrido tanto; pero la iglesia que estaba en una promi-

nencia se habia derrumbado totalmente y en su caída habia aplastado la inmediata escuela. Poco era lo que se habia hecho hasta ahora para aliviar las desgracias de aquellos pueblos, que precisamente por haber padecido ménos, habian sido olvidados completamente, para atender las mayores desgracias de otros. En Alcaucin no pudimos ver ni al alcalde ni al cura, porque los dos se encontraban en el campo trabajando en las faenas agrícolas y aprovechando el buen tiempo. Como nos dijeran que no volverian hasta muy entrada la noche, no pudimos detenernos para esperarlos; porque queríamos visitar aún á Canillas de Aceituno y llegar la misma noche á Vélez-Málaga. Así es que tomamos los informes necesarios de la mejor manera posible y nos dirigimos al cementerio, que muy visible desde léjos por sus paredes blancas dominaba el pueblo y á cuyo lado estaba la salida para dicho pueblo.

Es verdad, que nuestro buen Frasquito hizo alguna oposicion á que emprendiésemos este camino, porque decia que era imposible hacer tanto en un sólo día; mas le consolamos, dándole la seguridad de que tendríamos durante la noche la luz de la luna. Pensábamos un momento que tal vez era la compasion por su mulo lo que le hacia tan rebelde; pero pronto nos convencimos de lo contrario, porque cuando nos hubimos apeado para hacerle descansar y Frasquito se convenció de que en efecto éramos buenos andarines, saltó con el mayor placer del mundo sobre el animal, y lo arreó de tal manera, que aunque cortáramos el camino á veces por un atajo, cosa muy frecuente en aquellas montañas, no se quedaba muy atrás. Creo, en efecto, que sólo nos ha sido posible visitar todos estos pueblos en tan corto tiempo por haber andado más á pié que á caballo. Como recompensa gozábamos

de este modo mucho más de los panoramas que se nos ofrecian cada vez que cruzábamos los altos de una de las ramas de la sierra que perpendicularmente se proyectan hácia el mar, y de las bellezas de los valles á que descendíamos, con sus casitas y jardines, con sus torrentes, molinos y viñas, de manera que no se borrará de nuestra memoria la belleza de aquella region. Participaba de ella tambien Canillas de Aceituno, al que ya entrada la tarde llegamos. En verdad, propondríamos á los pintores españoles, que no buscasen en los Alpes vistas hermosas y deliciosos sitios que tan cerca tienen; porque cualquiera de estos pueblos tan variados en su situacion y antiquísimos en su construccion, es un objeto digno del más renombrado pincel. Sólo renunciamos á describirlos porque además de hacer prolijo el ya largo relato, nos sería imposible describir con pocas palabras la belleza de la posicion del pueblo que á primera vista se grabó indeleblemente en la imaginacion.

El alcalde nos acompañó con gran amabilidad por todas las ruinas. En efecto, Canillas de Aceituno ha sufrido muchísimo. Todo el barrio de los pobres, es decir, aquel que más alto está en la montaña, no era más que un gran monton de ruinas. Sin embargo, precisamente en él no hay que lamentar ninguna desgracia personal; sólo á un niño de dos años habian sacado de entre los escombros, vivo, aunque no sin lesiones. A pesar de que la chimenea habia caido sobre el cuarto donde la criatura dormia sola en su cuna, tres vigas enormes habian formado un tejado sobre la camita. Lo vimos ya bastante repuesto en brazos de su madre, que nos describió de la manera más viva la parte que le tocó en los horrores de aquella noche. Estas descripciones de la gente vulgar, que llevan en sí sin excepcion el sello de la

verdad sencilla, dan sólo una idea de la catástrofe. En otras casas, en la parte baja del pueblo, murieron algunos bajo los escombros. También aquí parece lo más acertado empezar en seguida con la construcción de casas pequeñas y destinadas á los pobres.

Es lo más preciso, porque ¿para qué ha de trabajar la gente, si luego ha de faltarle sitio donde guardar los frutos de sus campos? Además los golpes del terremoto que siguieron en las semanas sucesivas, no han ocasionado más daño ni aun en los edificios que estaban medio destruidos, de manera que una construcción mejor y más sólida de estas casas no parece encontrar obstáculo alguno en ningún pueblo. Creemos que en algunas partes los donativos de Alemania y de Suiza han dado la primera iniciativa para aquellas reconstrucciones. Así ahora el Gobierno que ha recibido los productos de la suscripción nacional tan generosa, además de tantos donativos del extranjero, no podrá tampoco tardar mucho por su parte en emprender en seguida la edificación de las casas. Esto es de seguro un beneficio mucho mayor para los andaluces tan castigados por las desgracias, que los donativos inmediatos, indispensables, es verdad, en los primeros días y aceptados con agradecimiento tanto mayor cuanto más oportunamente servían para la alimentación necesaria y para vestidos de aquellos que todo lo habían perdido.

Quisieron el alcalde retener en su casa. En efecto, la hospitalidad de los vecinos era en todas partes igual; pero no debíamos aceptarla, tanto más cuanto que debía salir la luna y el camino de Vélez-Málaga era fácil de encontrar, el cual emprendimos desde luego acompañados de los mejores votos de los canillenses. También aquí encontramos fuera de la población un pueblo de tiendas

en una meseta del terreno, donde los que habían perdido sus casas, ayudados por el Gobierno habían puesto su morada temporal; y los cantos y guitarras y el alegre bullicio que escuchamos al pasar, nos mostraron que no se encontraban mal en estos tabernáculos del desierto.

El camino iba bajando hácia un valle donde debíamos encontrar la mal llamada carretera. La luna alumbraba bastante, aunque el último trozo de la rápida bajada era tan malo y se proyectaba en la sombra tan oscuro, que hasta Frasquito tuvo á bien apearse de su mulo. Sin embargo, no mejoró mucho nuestra situación al llegar á la carretera. Esta se empezó hace ya dos años, y tiempo hace que debía formar la arteria más importante entre las dos ricas provincias. En vez de esto, como ha sido comenzada á trozos y como en ninguna parte trozo alguno ha sido acabado, dificulta ahora el tránsito de una manera increíble. A pesar de la luz de la luna nosotros mismos estuvimos una vez en peligro de caer con Frasquito y el mulo en un abismo; porque el alto terraplen que debía formar más tarde la carretera, cesó de repente y solamente por rodeos pudimos alcanzar el camino que está en lo profundo del valle. Otra vez tuvimos que escalar por sendas malísimas una montaña, porque la construcción de un túnel que había de allanar la carretera, había interceptado la carretera antigua, y como el túnel estaba sin concluir y habían cesado todos los trabajos en él, nadie sabe cuándo el camino volverá á ser tan transitable á lo menos como antes de empezar la dicha carretera. Este estado de cosas dió á nuestro filosófico guía Frasquito la ocasión de entretenernos con varias consideraciones político-sociales. «Esta clase de obras,» dijo mi buen muletero, «no deberían ser ejecutadas por sociedades españolas; porque estas sólo piensan

en su interés, y quitan á los pobres el dinero del bolsillo mientras pueden, y cuando ya no hay más que sacar del Estado, entónces déjanlo todo sin concluir, y es peor que si nunca lo hubieran comenzado. Si una sociedad extranjera hubiera tenido el encargo de hacer esta carretera, ya hace tiempo que estaria concluida.»

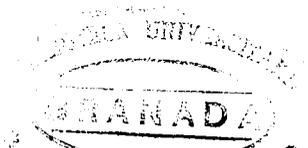
Tal vez no le faltaba razon á Frasquito. Si nosotros nos hacemos eco de sus expresiones, que reproducimos solamente en su esencia y mitigando en mucho su indignacion, es con el objeto de que se fije en ello el que debe y puede. Porque seria una gran ventaja si emprendiendo ahora vigorosamente este trabajo y concluyendo la carretera, se ocuparan al mismo tiempo tantos brazos que hoy por falta de trabajo no pueden ganar el pan de cada dia. Y ¿no es una vergüenza que en estas provincias populosas y ricas en productos de la naturaleza las vias de comunicacion se encuentren en un estado tan lamentable?

Por fin nos encontramos en un valle ancho que se extendia hasta la llanura que forma la costa del Mediterráneo, del cual Vélez-Málaga no dista más que media legua. Pasamos algunos ingenios, nombre que aquí como en la isla de Cuba dan á las grandes fábricas de azúcar. La vegetacion era tropical, el aire tibio y las brisas del mar nos saludaban ya desde lejos; faltaba sin embargo buen trecho de camino. Cruzamos algunos riachuelos y atravesamos pueblos pequeños hasta que por fin Vélez-Málaga apareció sobre una colina como un blanco fantasma. Pronto llegamos á las primeras casas, donde una turba gritando y cantando nos salió al encuentro. Llevaban velas, lámparas y hachones, y hasta el bueno de Frasquito estuvo por algun tiempo indeciso sobre si era un cortejo de boda ó la procesion del

rosario. Por fin resultó ser lo último, lo que contrariaba no poco al muletero que deseaba descansar y temia con razon que seríamos detenidos; mas pronto tuve ocasion de admirar su destreza en aprovechar cada momento oportuno para dar un paso adelante entre aquella turba que llenaba todo el camino. El mulo no perdió á su amo ni un momento de vista á pesar de tanto bullicio, y le seguia paso á paso como un fiel perro. Así llegamos felizmente á las calles de la ciudad inferior, si es que así puede llamarse á la reunion de muchísimas tiendas y casetas de madera erigidas en los paseos públicos fuera de la ciudad, que ahora albergaban á la mitad de los habitantes de Vélez; porque no sólo se han derrumbado allí muchísimas casas, sino que tambien la mayor parte de las otras han sufrido tanto, que sus habitantes no se atrevian á pasar la noche en ellas, especialmente cuando aún continuaban de vez en cuando los golpes subterráneos.

La mayor parte de estas casetas estaba ya á oscuras porque eran más de las diez de la noche: y habiendo pasado por lo que en verdad parecia un aduar de árabes, entramos en nuestra posada ó más bien caseta que enfrente de la antigua venta, convertida por el terremoto en ruinas, habia sido levantada tan bien como lo permitia la premura del tiempo y los escasos fondos del arrendatario de la posada. Este, Rafael Palala de nombre ó tal vez más bien de mote, hombre ya entrado en años, nos recibió con gran gozo y nos introdujo en seguida en el santuario de la cocina donde reinaba su robusta esposa, la que á pesar de lo avanzado de la hora, en corto tiempo suministró á nuestras necesidades alimento y descanso.

Mientras en la posada improvisada de Vélez-Má-



laga descansábamos de las fatigas del viaje, escuchamos atentamente las conversaciones que sostenian dos arrieros de Alhama y el bueno de Frasquito. Los tres habian perdido sus casas en el terremoto, y no deseaban otra cosa más que poder reedificarlas. «Si me dieran solamente,» dijo el uno, «cuarenta duros, empezaria la reedificacion en seguida, por más que el coste de ella de seguro pasa de sesenta.» «Ya lo creo,» contestó el otro, «da mia no podré reconstruirla ni con ochenta. Sin embargo, me comprometeria á hacerlo, si sólo me prestaran cincuenta duros.» Frasquito no dijo nada, porque ya tenia en su bolsillo doscientas pesetas, que con igual fin le habíamos dado; porque en verdad, no hay en nuestro sentir auxilio más eficaz para ayudar á los pobres que han perdido sus casas, que ponerlos en condicion, por el préstamo ó donativo de la mayor parte del dinero necesario, de empezar su reconstruccion en seguida. De esta manera ellos mismos deberán sus nuevas casas y su bienestar recuperado no sólo á las limosnas de la caridad, sino tambien á su propia energía y trabajo. Por lo tanto al día siguiente nos informamos tambien de los nombres de los otros dos arrieros, para más tarde escribir al alcalde de Granada, á fin de que tomase los informes necesarios acerca de ellos, y si eran favorables, proporcionarles la reconstruccion deseada. Hé aquí la ventaja de que la posada-caseta en que nos alojábamos, no tuviera más que una sola habitacion.



XII.

Torrox. Frigiliana.

Por la mañana temprano nos despedimos del agradecido Frasquito que emprendió su viaje de vuelta á la posada de San Francisco en Alhama. Al mismo tiempo tomamos otro mulo, guiado por un chico de diez años, y emprendimos el camino de Torrox. La mañana era hermosa. En la direccion de Torre del Mar, y luego torciendo á la izquierda, llegamos á la gran carretera que á lo largo del Mediterráneo va desde Málaga á Motril. El chico charlaba sin cesar. Esto no sólo nos distraia en el camino, sino que al mismo tiempo nos proporcionaba datos interesantes sobre el terremoto, los momentos de terror y la impresion que la visita del jóven y noble monarca habia producido entre los habitantes. Además nos gustaba muchísimo el gozo infantil que el pequeño guia demostraba por la belleza de la naturaleza, llamando nuestra atencion sobre el canto de los pájaros, sobre el murmullo ó como él decia, el charlar de las fuentes, sobre el susurro del viento en los campos de caña de azúcar, que segun nos comunicó, dicen siempre: «sí,

sí.» Era un trozo de poesía viva que no hubiéramos buscado en aquel vivaracho y andrajoso rapaz. El camino lo conocía tanto como nosotros, y cuando por consejo de algunos aldeanos habíamos echado por un atajo, le pareció mejor seguir el curso de un riachuelo que desde Torrox se precipita en el valle. Con esto nos habíamos metido en un atolladero. El río procedía de un canal estrecho que apenas permitía al muchacho subir; luego vinieron cascadas, y aún hoy admiramos el valor del cuadrúpedo, que después de algunas peripecias, de muchos arañazos por las ramas de las moreras y alguna que otra caída, nos llevó por fin fielmente á la entrada del pueblo. Entraban con nosotros centenares de borricos, cargados todos de caña de azúcar, la cual habiéndose helado, debía ser aprovechada enseguida para sacar de ella á lo ménos alguna utilidad. No era fácil en las calles estrechísimas y muy pendientes subir por entre tanta caballería que en nada respetaba el paso acompasado de la grande mula; pero al fin llegamos á la posada donde nos habíamos propuesto descansar algun ratito.

La parte superior de esta casa estaba medio destruida y ofrecía un aspecto desconsolador. Como era natural, la conversacion versó sobre los daños y destrozos que habian causado los terremotos. Manifestamos á nuestra buena posadera nuestra más viva simpatía, diciéndole que sentíamos que su casa hubiera sufrido tanto y que la compadecíamos por las angustias y terror que debió sufrir cuando la casa se derrumbó sobre su cabeza. Pero ella contestó de la manera más ingénuo: «Estas ruinas no proceden del terremoto, el cual aquí apenas ha causado daño alguno; sino que esta casa ha sido medio derribada por mandato del ayuntamiento, tan pronto como tuvo noticia de que el rey visitaría á Torrox.»

Por lo visto á los padres de la ciudad pareció un deber proporcionar al jóven monarca bastantes ruinas, para que no regalase á otras villas y poblaciones donativos más espléndidos. En verdad esto se llama aprovecharse de la desgracia. Testigos de toda confianza me manifestaron más tarde que lo mismo se habia hecho en Nerja y otros pueblos; mas para mí no hacia falta otro testimonio de este hecho que aquella confesion directa y espontánea de la buena viuda. Si el ayuntamiento realmente ha logrado por este fraude un donativo más importante de la bondad real, no lo pudimos averiguar; pero esperamos de todo corazón que les habrá salido el tiro por la culata; porque en verdad las destrucciones del terremoto en aquella provincia son tan grandes y manifestas que no hace falta fingirlas en donde no las ha habido.

Esto nos lo probó otra vez la visita que hicimos á Frigiliana, poblacion importante de más de tres mil habitantes y enclavada en lo más alto de la Sierra. Los habitantes de Torrox trataron de disuadirnos de ir allá por ser el camino muy molesto y difícil de encontrar. Además seria imposible entonces volver aquella misma noche otra vez á Vélez. Así nuestro jóven guia protestó contra este viaje; pero después de haberle admitido á comer algunos huevos del mismo plato que nosotros, lo cual le hizo gran impresion, y sobre todo cuando le hicimos sentar detrás de nosotros sobre el mulo para poder seguir más cómodamente las lecciones de enseñanza elemental que habíamos empezado con él, desapareció toda resistencia y poco después del medio dia emprendimos la nueva expedicion. El camino en efecto era muy molesto, el más molesto de todos los que habíamos encontrado en el viaje, pero al propio tiempo tambien el más pinto-

resco. Cruzando Torrox en toda su extension, despues de haber atravesado un pequeño valle, subimos á un cerro alto que nos presentó una vista magnífica. Teníamos á nuestros piés el grande pueblo de Torrox de más de siete mil habitantes, con sus torres é iglesias, blanco como un cisne bajo el sol del Mediodia. Las montañas bajaban con sus formas pintorescas hácia el mar azul que parecia elevarse en lontananza, y los valles con el murmullo de sus rios y su verde arbolado, sus laderas plantadas de viñas y cañas de azúcar, estaban hermosísimos. Servia de fondo á este cuadro la Sierra Tejada, alta, escarpada y cubierta de nieve, una vista que difícilmente olvidaremos; tampoco olvidaremos el camino. Ni era senda, ni escalera, ni camino, aunque de todo tenia, y era verdaderamente milagroso que el mulo se atreviera á bajar por allí; pero él con sus cuatro patas y nosotros con nuestros dos piés tropezando, saltando, resbalando, vacilando á veces y á veces corriendo, llegamos por fin felizmente al fondo del valle desde donde pasaba el camino por una cuesta penosa, pero á lo ménos no tan peligrosa como habia sido el descenso, camino que despues de algunas horas nos llevó á Frigiliana. Allí encontramos descansando en la posada á uno de los arrieros de Alhama, porque cerca del pueblo hay un puerto que conduce directamente á la provincia de Granada. El rey no ha visitado á Frigiliana por estar demasiado alta en la sierra, aunque esa villa ha sufrido por el terremoto mucho más que Torrox y Nerja, donde él ha estado.

Aquí hay que lamentar más de una desgracia personal. Precisamente aquella parte del pueblo que se encontraba más arrimada á la sierra y que constituia el barrio de los pobres, es la que más ha sufrido. Algunas rocas han sido destrozadas, muchos cimientos removidos,

peñas caídas de lo alto, y toda la parte morisca ó antigua de la poblacion se hallaba en ruina. Encontramos el cementerio lo mismo que en Alcaucin, sobre un collado fuera del pueblo, y por su posicion y sus blancas paredes visible en todas partes; parecia como si quisiera recordar á los habitantes continuamente que aquí no tenemos *ciudad permanente*. En frente, sobre una roca, se elevan las tiendas de campaña, que sirven de hoppedaje á los pobres que han perdido sus casas. Lo que más nos asombró fue encontrar que aquí la caña de azúcar no habia sufrido nada de la helada, por más que subia tan alto que parecia tocar á veces á los límites de la nieve. En la llanura habian sufrido centenares de campos, mientras aquí quedó probada una vez más la verdad del antiguo refran que dice: «En la sierra ó á cien leguas de ella;» porque la llanura que no dista más que algunas leguas de la montaña, sufre bajo su influencia mucho más que los montañeses, que son protegidos inmediatamente por las altas paredes de las rocas. Toda la provincia ha sufrido enormemente, en primer lugar por la filoxera, luego por las heladas anormales de este año, que destruian la caña de azúcar, y por fin por las desgracias causadas por los terremotos; de manera que no es de admirar si aquí se presenta á cada paso la miseria á nuestra vista. La gente misma en verdad es trabajadora, y con gusto emprenderian nuevas plantaciones en las viñas que la filoxera ha devastado, pero como el Gobierno exige en los primeros años la misma contribucion por las viñas recién plantadas, como si ya pudiesen dar su producto, les es imposible empezar de nuevo, y muchísimos campos están ya en barbecho. Esto terminará con la ruina del trabajo, del comercio, y de las riquezas de la provincia, si no viene pronto auxilio.

Volviendo de Frigiliana emprendimos el camino de Nerja, poblacion marítima de unas siete mil almas, último punto de la provincia donde han causado daño, aunque no considerable, los temblores de tierra; desde allí hay una carretera y un coche diario á Málaga; pero no nos era preciso pasar por Nerja; en lo alto del cerro se dividia el camino y dejando á un lado á Nerja con su faro blanco, bajamos por la derecha á un valle delicioso. La senda estrecha que seguíamos pasaba muchas veces por el rio, de tal manera que por fin se perdió en él completamente. Tanto más fácil era para nosotros no errar el camino cuando ya las sombras de la noche se acercaban. Así llegamos á la carretera donde el rio la cruzaba, y aceleramos el paso, porque Vélez-Málaga distaba aún unos veinticuatro kilómetros.

El viaje era hermosísimo; la plateada luz de la luna derramaba su claridad sobre las olas del mar que incesante, infatigablemente golpeaban la costa, ora perdiéndose en la negra arena de la orilla, ora tratando de escalar las rocas y promontorios que avanzaban hácia el mar. Parecia como si toda la costa se compusiera de bahías redondeadas, pequeñas y graciosas, invitando á los baños y á la pesca, mientras las rocas salientes en los dos lados de la bahía proporcionaban á las olas ancho campo donde probar sus fuerzas, y con sus cuevas y peñas partidas ó pequeñas islas antepuestas ofrecian un aspecto interesante para el viajero. La mitad del camino la pasamos cantando, la otra mitad la dedicamos á la instruccion de nuestro rapaz guia que iba á la grupa. Era inteligente y deseoso de aprender; tampoco era culpa suya si jamás habia visto una escuela ni por dentro, ni por fuera, porque parece que estos establecimientos andan escasos en aquella comarca. A lo me-

nos era un discípulo agradecido, porque aseguraba á su madre, cuando muy entrada la noche llegamos á Vélez-Málaga, «que jamás habia tropezado en su vida con un caballero tan bueno.» Esto sin embargo era debido no tanto al maestro como al contenido de la enseñanza; porque jamás el pobre niño habia oido hablar antes del gran Amigo de los niños que por nosotros se hizo niño, y para dar ejemplo á los niños fue obediente á sus padres, el cual, mientras andaba por la tierra, habia tomado á los niños en sus brazos, acariciándolos y bendiciéndolos; ni conocia la historia del jóven Samuel que orando aprendió á decir: «Habla, Señor, tu siervo oye,» ni la del jóven David, humilde y valiente á la vez, ni la de Timoteo que desde su niñez estudiaba las Sagradas Escrituras que le hicieron sabio para la salvacion. Así es que era todo oidos, como suele decirse, y jamás maestro alguno ha tenido discípulo más atento. Lástima que tuviéramos que marcharnos ya el dia siguiente, porque con gusto hubiéramos seguido nuestras lecciones. Pero le dimos un evangelio de San Lucas, porque existia una tia en su familia que sabia leer, por lo visto el único miembro instruido de toda la parentela. En efecto, no puede hacerse mayor bien á aquellas regiones, que procurarles escuelas; y nos alegramos de que la provincia de Alava, como tambien otros bienhechores, hayan destinado sus socorros á tan saludable objeto.



XIII.

Vélez-Málaga. Torre del Mar.

Vélez-Málaga es una poblacion importante, que tiene cerca de veinticuatro mil habitantes; tal vez debiéramos decir que *era* una poblacion grande ántes de la destruccion del terremoto, porque en la lista de las ciudades arruinadas ocupa el tercer puesto despues de Alhama y Periana. La mayor parte de las casas, y sobre todo aquellas que estaban edificadas sobre la colina, han sido destruidas, ó á lo ménos están de tal manera deterioradas, que los inquilinos por fuerza tenian que abandonarlas. Ya en carta anterior hemos hablado de la nueva ciudad de madera que en los paseos públicos se ha levantado para dar albergue provisional á los infelices que no tenian casa; en verdad se puede llamar ciudad, porque allí no falta nada: hay carnicerías y tiendas de comestibles, hay lavaderos y tiendas de aguardientes y vinos, ni faltan tampoco cafés. Mas si por una parte este ha sido un remedio pronto y eficaz para el momento, ya se puede predecir, sin tener el don de profecía, que en estas casetas, sobre todo en verano, faltará pronto la limpieza y

el aseo necesario, porque existe aquí en estrecho recinto una muy grande aglomeracion de gente y en condiciones higiénicas muy malas.

Mas si un paseo por esta ciudad de tiendas y casetas ofrece mucho interés de dia, es sobre todo interesante vagar por este campamento á las primeras horas de la noche. ¡Qué gran campo se ofrece aquí para hacer estudios de la vida popular! Es verdad que estas casas improvisadas, no son transparentes para la vista, pero sí lo son y mucho para el oido; y á pesar de la grande miseria que representan, un paseo por ellas proporciona una impresion cómica de fuerza irresistible. Aquí se oye á un viejo matrimonio roncando con toda la fuerza de sus pulmones; al lado se encuentra una reunion de jóvenes muy alegres que no se pueden ver, pero sí oír aunque desde léjos. En aquella caseta se canta una cancion andaluza, ó se toca la guitarra; en la otra la voz chillona de una vieja proclama *urbi et orbi* todas las virtudes de su criada, y el eco, representado en este caso por la misma criada responzona, no se queda dentro del cuerpo con contestacion alguna. No hace falta mencionar que al mismo tiempo hay ocasion abundante para escuchar con arrobamiento diferentes conciertos de niños de teta, y que asimismo se pueden comparar los resultados de los diferentes métodos de educacion y comprobar su eficacia. Como aquí, lo mismo que en otras partes lo hemos encontrado, se procede con suma lentitud á la reedificacion de las casas ó á la reparacion de las que se han tenido en pié, los inquilinos de estas casetas tendrán que ocuparlas aún durante muchos meses. Esto no seria tan malo si no lloviese, pero ¡cuánta miseria albergan estos tabernáculos ó cabañas de los pobres! ¡cuántas esperanzas destruzadas! ¡cuánta pobreza y enfermedad, especialmente si

continúan estas lluvias heladas! Tampoco el tejado de la caseta de nuestro diligente posadero Rafael tenia bastante resistencia. Ya por la noche ántes de que nos acostáramos, él y su esposa miraron con gran ansiedad los negros nubarrones que se mostraban en lontananza, pero los sosegamos y nos acostamos tranquilos; cuando por la mañana despertamos sentimos un peso como de plomo sobre las piernas. Habia empezado en efecto á llover durante la noche, y el posadero solícito, temiendo que las gotas que caían por el techo nos hicieran daño, habia echado media docena de gruesas mantas encima de la cama, de tal manera que apenas nos era posible mover las piernas.

Por la mañana tuvimos aún una larga conferencia con él y su mujer. Este infeliz matrimonio no ha sufrido poco en verdad. El era arrendatario de la posada, mas como el amo de ella ha sufrido la pérdida de otra casa, piensa ántes en reedificar esta, dejando la posada en su actual estado lamentable, sin rescindir por ello el contrato que habia hecho con aquellos pobres. Estos, ya de edad avanzada, habian puesto toda su pequeña fortuna en aquel negocio, así que lo han perdido todo, y miran con grande temor el porvenir. Sobre todo la señora volvía una y otra vez sobre la pregunta: «¿y qué será mañana de nosotros?» Entónces les leimos de un evangelio de San Mateo (6, 25-34) que llevábamos con nosotros, las hermosas palabras de nuestro Maestro:

«Por tanto os digo: No andeis afanados por vuestra vida, qué comereis ó qué beberéis; ni por vuestro cuerpo, qué vestireis. ¿Qué? ¿no vale más la vida que el alimento y el cuerpo que el vestido? Mirad las aves del cielo, cómo ni siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. Pues ¿no

valeis vosotros mucho más que ellas? ¿Y quién de vosotros por andar afanado, puede añadir un codo á su estatura? Y acerca del vestido ¿por qué afanaros? Considerad los lirios del campo cómo crecen; no trabajan ni hilan; sin embargo, os digo, que ni aun Salomon en toda su gloria estuvo vestido como uno de estos. Pues si á la hierba del campo que hoy es, y mañana es echada en el horno, Dios viste así, ¿cuánto más á vosotros, hombres de poca fe? No os afaneis, pues, diciendo: ¿Qué comeremos ó qué beberemos ó con qué nos cubriremos? Porque tras todas estas cosas andan ansiosos los gentiles; que bien sabe vuestro Padre celestial que necesitais de todas ellas. Así, pues, buscad primeramente el reino de Dios y su justicia, y todas estas cosas se os darán por añadidura. No andeis, pues, afanados por el dia de mañana, porque el dia de mañana se afanará por sí mismo. Le basta al dia su propio mal.»

La mujer bebia con su alma estas preciosas palabras que jamás habia oido, como un sediento bebe el agua vivificadora; y como ella era no solamente la parte más activa sino tambien la parte más inteligente de la familia, puesto que ella sabia leer y escribir, lo que ignoraba su marido, nos suplicaba mucho que le regalásemos este precioso libro, anotando especialmente aquellas palabras que tanto bien le habian hecho. Accedimos gustosamente y además les dejamos algunos fondos para poder reparar el techo, vistiéndolo con lona ó carton impregnado de brea, ya que nosotros mismos nos habiamos convencido por propia experiencia de la necesidad de esta reparacion. Lo peor es que pasarán meses y meses antes que pueda volver á su posada, si en verdad el dueño se decide á reedificarla. Verdad es, que el posadero trabaja sin cesar para ganar su vida, lo mismo que su esposa; pero para

él es tanto más penoso cuanto que una viga que cayó del techo, le rozó la pierna, de manera que cojea bastante. Esto no le impidió sin embargo acompañarnos hasta la plaza de donde salía la diligencia para Málaga, y no cesó de saludarnos hasta que nos perdió de vista cuando doblamos la esquina de la calle.

Una de las cosas que siempre nos han gustado más en España, son las diligencias. En primer lugar cumplen su misión de una manera admirable, porque caminan con rapidez extraordinaria, que apenas disminuye cuando hay que subir una pendiente. De Vélez á Málaga habrá unas ocho ó nueve leguas, y nuestra diligencia las recorrió en ménos de cuatro horas. Luego hay tanta variedad en el mismo personal que va en la diligencia, desde el mayoral hasta el zagal, y desde los orgullosos viajeros de la berlina hasta los pobres que se sientan en la banqueta y que tienen que hacer un nudo con sus piernas para que quepan debajo del techo ó toldo demasiado humilde de la diligencia. Tampoco nos cansamos jamás de admirar los pulmones del mayoral, la certeza con que tira el zagal las piedras y la inteligencia de los caballos que atienden al llamamiento de sus nombres con mayor atención que lo hacen gran número de muchachos en la escuela. Por último, el mayoral es el cartero y amigo de confianza de todos los pueblos por donde pasa, que no olvida jamás recado alguno y que aún en aquellos pueblecitos por los que la diligencia pasa como un rayo, tiene tiempo y destreza bastante para tirar los paquetes á sus diversos dueños y recibir nuevos encargos si á mano viene.

El primer pueblo por que pasamos era Torre del Mar, que es el puerto de Vélez. Allí está la gran fábrica de azúcar de los hermanos Larios, donde el rey se detuvo al-

gunos días haciendo desde allí excursiones á los pueblos azotados por el terremoto. También en este pueblo pudimos observar las huellas de la conmoción terrestre, si bien el número de las casas arruinadas no tiene comparación alguna con la desgracia que ha tocado á Vélez-Málaga.

El camino que seguíamos era precioso, siempre á lo largo de la costa del mar más hermoso de la tierra, como se ha llamado y me parece que no sin razón, al mar Mediterráneo.

La naturaleza y los esfuerzos del hombre habían trabajado á la vez para hacer de este delicioso pedazo un jardín de Eden, un verdadero paraíso. No desconocemos que desde el cupé de una diligencia no se ven las serpientes y los sapos de este Eden. Mas no permitimos que estas reflexiones aminoraran el placer que nuestros ojos disfrutaban.

A lo largo del mar iba el camino de una casa alegre y un jardín delicioso á otro. Las casas por lo general estaban pintadas con colores vivos, blancos y encarnados, azules y amarillos. Las cercas de los jardines eran formadas por gigantescas pitas y enormes plantas de higos chumbos, y dentro de ellos se veían parras é higueras, flores sin número, algunas palmeras y bananas. Donde faltaban los pueblos en el camino, estaba la playa animada por gran número de pescadores que sacaban sus redes del mar con un canto pausado y uniforme. De seguro que este canto les ha quedado á estos ribereños aún del tiempo de los árabes, como comprendimos la primera vez cuando oímos en Tánger á algunos árabes, que llevaban bueyes á nuestro vapor y que abreviaban el tiempo con este canto monótono. A pesar de ser el mes de Febrero, se sentía una temperatura verdaderamente

de verano, y como era día de fiesta, se nos presentaban todos los pueblos de la manera más galana, llenos de gente alegre y bien vestida; sobre todo á nuestro mayoral no le faltaban amigos y amigas en todos los pueblos por que pasamos, y como la berlina iba desocupada, permitió una vez á seis bonitas aldeanas meterse dentro, probablemente para que supiesen qué sensaciones experimentan los arenques, cuando son llevados en apretada compañía en un barril de un pueblo á otro. El tiempo pasó muy pronto, y ya se conocía la proximidad de Málaga en la multiplicacion de las casas de campo y jardines, que llegaban hasta el mar con sus casitas de baño. Por último, la vista del tranvia nos probó que habíamos vuelto á entrar en comunicacion con el mundo civilizado que voluntariamente abandonamos en Granada.



XIV.

Málaga.

Pronto se divisó á la izquierda sobre un bosque de magníficos eucaliptus el blanco faro, y á la derecha la majestuosa catedral de Málaga; pasamos por el cementerio inglés, el más bello sin duda que hay en la península, y dejando á un lado el puerto que por la baja marea no ofrecía nada de interesante, entramos en las calles de la bulliciosa Málaga, calles que entre todas las que hemos visto en Andalucía nos parecieron las más sucias, estrechas y peor cuidadas. Ahora el aspecto que ofrecía la ciudad era extraordinario en extremo. Algunas casas han caído en escombros por el terremoto: no tantas como en otras partes, es verdad, pero en cambio la mayor parte de ellas parecen haberse resentido por el choque y amenazan ruina. Así hay en algunas calles tantas casas apuntaladas, que es difícil pasar por tal bosque de vigas y puntales; en otras calles estrechas están cruzadas las vigas áun hasta el segundo y tercer piso en direccion horizontal, sosteniendo una casa contra la de enfrente, lo cual da la idea de que si se quitasen tales ma-

deros, las dos casas se caerian en brazos la una, de la otra. De todas maneras esto ofrece un aspecto de tanta inseguridad, que involuntariamente se elevan más de una vez los ojos hácia lo alto, temiendo que las dos casas viejas, ó más bien las dos séries de casas viejas á ambos lados de la calle cesarian de sostenerse mutuamente. A lo ménos tendrá el terremoto el mérito de haber reformado las calles de Málaga de una manera definitiva, medida que reclamaba la salud pública ya hace años sin cesar, y sin que nadie se ocupase de ello. Pero lo más lastimoso en Málaga son los habitantes pobres, que por ahora la mayor parte se encuentran sin pan y sin trabajo. Si una ayuda eficaz y pronta no socorre á estos desgraciados, las necesidades de ellos crecerán de una manera extraordinaria, y las consecuencias del terremoto causarán mayores males que el mismo desastre ha traído. Es verdad que los malagueños mismos llamaban á su ayuntamiento una calamidad pública. ¡Qué tal será!

En Málaga manda la Virgen de la Victoria; es verdad que mientras la Virgen de las Angustias ha protegido á Granada, la de la Victoria ha permitido el destrozo de tantas casas y permite aún las continuas zozobras, que son consecuencia de las conmociones terrestres, que no cesan. Por eso los habitantes ahora prueban la eficacia del Santo contra los terremotos, de San Emigdio, como verán nuestros lectores más abajo.

Aunque en Málaga no han ocurrido desgracias personales, la ciudad misma ha sufrido enormemente, como se conoce á primera vista cuando se pasa por sus calles. Así no es de admirar que el pánico que se apoderó de los habitantes en los primeros momentos, traspasase á toda descripción. Las gentes huían despavoridas, y buscaban refugio en los paseos públicos ó fuera de la

ciudad, donde por muchos dias acamparon. Se hicieron grandes rogativas y procesiones por las calles sacando la célebre Virgen de la Victoria. Pero lo que valia más y lo que en verdad honra á Málaga, la cual en este concepto se ha mostrado muy superior á Granada, era que inmediatamente se formó una Junta, representante del comercio y la industria de Málaga, cuyos miembros pusieron mano á la obra para socorrer á la mayor brevedad á los más desgraciados. Y no paró aquí su benéfica accion. En el momento en que llegaron las primeras noticias desconsoladoras de los estragos sufridos en la provincia, estos señores, con su presidente D. Pedro Gomez y Gomez á la cabeza, emprendieron sin pérdida de tiempo el viaje á los pueblos desgraciados; y como por propia experiencia conocieron lo grave del daño y el estado de miseria de la poblacion que se quedaba sin albergue, sin vestido y sin alimento, oportunamente recordando el antiguo refran latino, que dice: «*Bis dat qui cito dat*, dos veces da el que da pronto,» ni siquiera esperaron el resultado de la susericion iniciada, sino que, tomando fiados los géneros, comestibles y mantas de las tiendas, se dirigieron en seguida á Velez-Málaga, á Periana, Alcaucin, Torrox y Frigiliana, donde aparecieron como ángeles salvadores. No hay duda de que sin este pronto y eficaz auxilio muchísimos de los pobres hubieran succumbido de hambre, humedad, frio y enfermedades consecutivas. Y tanto más es de elogiar esta conducta, cuanto que no faltaban en Málaga mismo desgracias que reparar; pero ellos hicieron lo uno y no dejaron de hacer lo otro. No contentos con esto dirigieron sus llamamientos á las almas caritativas del extranjero, y valiéndose de sus relaciones comerciales, recaudaron considerables fondos con los que están procurando, ya que la primera necesi-

dad ha pasado, acudir á la segunda no ménos perentoria, es decir, á la reconstrucción de las casas derruidas por el terremoto. Entre todos los casos de caridad de que tantos ejemplos hemos encontrado en el curso de nuestro viaje, no es este el que ménos nos ha alegrado, porque muestra no sólo el desinterés y la prevision con que acudieron en el momento, sino que da al mismo tiempo la prueba de que no en todas partes el socorro de las provincias desgraciadas habia de venir desde fuera, sino que no faltaron, en una capital de provincia al ménos, personas de arraigo y empuje que se acordaran de su responsabilidad hácia sus vecinos, y que no solamente prestaron el auxilio sino que lo organizaron, lo que vale infinitamente más.

En Málaga hay dos congregaciones evangélicas; esto nos facilitó el desempeñar una parte de nuestro cometido, ya que muchos amigos nos habian enviado sus donativos especialmente para sus hermanos en la fe. El local donde se reunia una de estas congregaciones habia sufrido tanto, que la autoridad ordenó el abandono inmediato de la casa. Lo que significa para una pequeña grey la falta de un local donde los fieles puedan celebrar su culto, más de una vez lo hemos sentido dolorosamente en España. Mas lo que parecia ser una desgracia para esta iglesia que ha sufrido tanto, Dios lo convirtió en ganancia para ella; porque el socorro recibido de muchos amigos, especialmente de Inglaterra, les dió la posibilidad de volver á su local anterior, que á la vez está mejor situado y es más espacioso. Nos sirve de grato recuerdo la idea de que allí pudimos tomar parte en su gozo y sus acciones de gracias en la hora de uno de sus cultos.

En la otra congregacion trabaja un hermanastro del un dia célebre Manuel Matamoros. Este habia sufrido

en los años de 1860 hasta 1863 un encarcelamiento primeramente en Barcelona y luego en la prision de Granada, por el único crimen de haberse hecho evangélico y leído públicamente la palabra de Dios. Es una gran señal del progreso de la civilizacion el que ahora podemos decir de estos tiempos: «*Tempi passati.*» Ellos se han ido para no volver más. Estuvo Matamoros encarcelado desde Octubre de 1860 hasta el mes de Mayo de 1863 en que fue sentenciado á nueve años de presidio. Sin embargo, la reina Isabel, tal vez bajo la influencia de la diputacion de una comision de la Alianza Evangélica que habia venido á Madrid, y más aún por una carta que le escribió la reina Elisabet de Prusia, señora que ántes habia pertenecido á la religion romana, conmutó esta pena en nueve años de destierro. Antes que estos se acabasen, murió Matamoros á últimos de Julio de 1866 en Lausanna en la Suiza. No vió la época de la libertad de conciencia en España, pero las semillas que él y otros de sus compañeros mártires habian sembrado, no han dejado de producir su fruto.

La congregacion en que trabaja hoy día su hermanastro, es más pequeña que la primera, y se encuentra en una casa pobre de uno de los barrios bajos. La casa se ha resentido bastante por los movimientos terrestres, mas por lo pronto quedó servible, y la gente pudo seguir celebrando su culto en ella. Esperamos tener la satisfaccion de poder ayudar tambien en Málaga á la reconstrucción de algunas casas de nuestros hermanos.

Lo que nos dió sobre todo gran placer—¿por qué ocultarlo?—fue el testimonio que nos dieron en todas partes sobre la conducta de nuestros hermanos. «Doy gracias á Dios,» me dijo una noble dama inglesa, que por causa de su salud suele vivir en Málaga, «que me encuen-

tro aquí entre protestantes españoles. Se han conducido de una manera admirable y han mostrado gran fe y confianza en Dios. Se mantienen en sus casas donde estas no se han derruido. Invitan á los vecinos que no tienen albergue, y los alientan por la oracion y lectura de las Escrituras. Todos se muestran valientes. Esta visitacion es, segun creo, destinada por Dios para producir nuevos frutos á su mayor honra y gloria, y tal vez añadirá á muchos que aún están fuera, á la grey de nuestro Salvador.»

La dama, cuya salud siempre ha sido delicada, habia sufrido bastante por las conmociones de los últimos dias. «Los terremotos,» decia ella con sencillez, «perturban el cerebro, aun cuando el corazon descansa seguro en Dios.»

Nosotros mismos debíamos muy pronto sentir que los golpes terrestres todavia no habian cesado. Un dia cuando estábamos sentados tranquilamente en nuestra fonda tomando el almuerzo, sobrevino un golpe nuevo de tanta fuerza é intensidad como segun el unánime testimonio de todos los malagueños que encontramos, no se habia sentido allí desde aquel dia aciago del 25 de Diciembre. Todos nosotros temblábamos en nuestras sillas. Despues de algunos minutos entró en el comedor con rostro perturbado un jóven comerciante que en la misma fonda vivia. El terremoto le habia sacado de un modo poco agradable de su sueño prolongado, y bajo esta impresion se habia vestido con tal rapidez, que á primera vista nadie podia creer que en verdad el terremoto le habia sorprendido aún en la cama. De seguro que en su vida jamás se habia vestido con presteza tanta, porque parecia de aquellos que ordinariamente dedican mucho cuidado á su hombre exterior. Mas los terremotos hacen á uno levantarse presto; y en verdad aquel golpe merecia

la pena de que uno se vistiese de prisa. Afortunadamente no tenia sucesores por ahora; pero el sentimiento de la continua inseguridad es casi más perjudicial para la vuelta á la vida ordinaria del trabajo y la reparacion definitiva de los daños ocasionados, que el efecto de la desgracia misma.

Un capitán de un vapor, que en aquella noche del 25 de Diciembre se habia encontrado con su buque en alta mar, y próximamente en la mitad del derrotero entre Gibraltar y Málaga, nos contaba lo siguiente: La noche era serena, brillaban las estrellas, y la mar estaba tranquila como un espejo, en el cual se reflejaba la plateada luz de la luna. De repente caen relámpagos del cielo azul, la mar se levanta en tempestuosas olas, aunque no habia viento alguno, y el buque empezó á oscilar visiblemente. Todo esto no duró más que pocos minutos, de manera que le fue imposible explicarse este fenómeno. Mas cuando llegó al puerto de Málaga y le contaron lo que habia pasado, y él por sus propios ojos vió los terribles destrozos que el terremoto habia causado, todo se lo explicó. Era á la misma hora, cuando él habia sentido en la mar aquella extraña conmocion. Y lo que nos pareció más memorable, era que tambien allí habia sido acompañado de fenómenos aéreos. Porque sabido es que en todos los lugares visitados se mostraron aquella noche al mismo tiempo truenos ó relámpagos ó lluvias torrenciales. Parecia que al conmoverse la tierra, hacia tomar parte en sus estremecimientos á los aires que la rodean.

En la calle nueva de Málaga compramos un medio infalible contra los terremotos y sus daños, una hoja de 10 céntimos que reproducimos aquí fielmente. Porque no hay medio mejor contra estas supersticiones miserables con las que se pretende sacar el dinero de los bol-

sillos de la plebe ignorante, que la exposicion de tales groseras embaucaciones á la luz de la verdad. Segun se ve, el autor ó autores de esta hoja, ni siquiera conocia bastante el latin para poder reproducir la inscripcion de la cruz: *Rex Judaeorum*, el rey de los Judíos. Tiene la hoja, para mayor blasfemia, en su cabeza la consabida cruz, y dice textualmente así:

«JESUS NAZARENO, REX INDUCEONUM.

»El Señor te bendiga, † te guarde, † y te manifieste su agradable Rostro, tenga misericordia de tí, † convierta hácia tí su hermoso semblante, y te dé salud y paz. † El Señor bendiga esta casa y á todos los *habitadores* de ella, y los libre del ímpetu de los terremotos por virtud de Jesus. Amen.

»¡Oh, Santo mio, Sr. San Emygdio! Ruega por mí y defiéndeme del ímpetu de los terremotos por el dulcísimo nombre de Jesus. Amen.

»Santo Dios, Santo Fuerte, Santo Inmortal, etc.

»Esta Oracion está en el Archivo de los Stos. Mártires, donde consta el grande terremoto que se sintió en esta ciudad el año 1755 el dia de Todos los Santos, habiéndose notado que todos los que tenian esta devocion, fueron salvados de desgracias personales en sus familias, y en sus casas nada tuvieron que lamentar.»

Confesamos francamente que no tuvimos la honra de conocer á San Emygdio, hasta que hace algunas semanas encontramos en el gabinete de lectura del Círculo Filológico en *La Revista Religiosa* una lámina de él, representando al obispo y mártir, que despues de haber sido decapitado llevaba su propia cabeza entre sus manos. El efecto de este dibujo era tanto más cómico, cuanto que la aureola del Santo se habia quedado sobre el

tronco, rodeando el cuello, como si se hubiera negado á seguir á la cabeza en el salto que esta tuvo que emprender bajo el golpe del verdugo. El aspecto de esta efigie era tan ridículo, que con toda seriedad creimos que se trataba de alguna mala broma de tantas como ahora se han hecho comunes contra la religion; y sólo nos convencimos de que no era broma de *El Motin*, sino piedad de un periódico religioso, cuando leimos alrededor la oracion al mismo Santo, oracion que era un remedio eficaz contra los terremotos. Verdad es que aquel que pudo recoger su cabeza cuando fue arrancada del tronco, y supo colocarla nuevamente en su lugar, bien puede servir de patrono contra las conmociones más fuertes habidas y por haber. Ni es extraño, si tal cosa puede verse en un centro de cultura y civilizacion moderna, el que un sacerdote, contando la vida y los milagros de este especial patrono contra los terremotos, pudiese decir á sus oyentes, que el Santo, despues de haber sido decapitado, tomó su cabeza en sus manos, *la besó* respetuosamente, y la puso otra vez en su cuello. Verdad es que no supo contestar, cuando le preguntaron: ¿Con qué boca la besó? pero estas cosas ni se deben preguntar, ni merecen comentario alguno. Bueno es sin embargo, que no se olvide que esto pasa hoy y entre nosotros, y que estas hojas se han vendido á millares y millares. Aquí hay algo más que hacer que el aliviar solamente las desgracias de los terremotos. Porque hay otra desgracia mayor que la casa derruida y la vida puesta en peligro; es decir: la ignorancia y la supersticion.

En Málaga asciende el número total de los edificios, que se han de derribar por completo, á unos ciento; pero más del doble número están señalados para demolicion parcial ó para reparaciones. No entran en esta cuenta muchísimos desperfectos parciales que fueron ocasiona-

dos en gran número de casas particulares cuyos dueños no dieron noticias de ellos á las autoridades. Un generoso comerciante de la ciudad acababa de edificar una escuela modelo á sus propias expensas, convencido de que lo mejor que un buen patriota podía hacer por su amada España hoy dia, era ayudar á difundir una buena instruccion y una educacion sólida. Aún no se habia inaugurado la escuela, de manera que dió ahora albergue en ella á muchos de los infelices que habian perdido su propia casa ó habitacion. Rasgos de esta naturaleza no necesitan elogios; ni han sido tampoco en pequeño número, por más que la mayor parte de lo que ha hecho la caridad en estas angustiosas semanas, no verá la luz hasta aquel gran dia de la recompensa en público de las buenas obras hechas en secreto. Y en nuestro rápido viaje tuvimos conocimiento de tantas y tantas, que nos confirmamos en nuestra conviccion, de que España puede llamarse en verdad el pais de la caridad; sólo falta que esta caridad tan generosa sea siempre bien dirigida. Y ahí es precisamente donde, como decimos en Alemania, «aprieta el zapato.»

Pero antes de despedirnos de nuestros lectores que con tanta paciencia nos han seguido en este viaje hasta el fin, vamos á hacer algunas observaciones que nos parecen imprescindibles, siquiera sea como resumen ó conclusion del itinerario y compendio de las experiencias hechas durante estas semanas tan llenas de fatigas, y más aún de gozo. Y aunque no siempre los consejos son bien recibidos, nos atrevemos á dar algunos, anunciándolo de antemano para que aquel que no quiera, no los lea, ya que de todas maneras no está obligado á seguirlos. Esto, sin embargo, merece una carta final.

XV

Ayúdate á tí mismo y Dios te ayudará.

Este adagio antiguo quisiéramos ponerlo como fin y remate de estos viajes, que emprendidos para llevar algun socorro á los desgraciados pueblos de Andalucía, nos han llevado por parajes desconocidos y sitios olvidados, y á la par que nos han hecho ver desdichas grandes, inmensas, tambien nos han proporcionado los goces sublimes de la caridad que seca las lágrimas del infortunio, por más que no hemos sido más que simples mensajeros. Quisiéramos hacer algo bueno, por poco que fuera, para que este auxilio no fuese pasajero; quisiéramos seguir socorriendo á aquellos cuyas desgracias tanto lo merecen. Este ha sido el objeto de coleccionar estas cartas en un libro, este es el objeto de nuestro capítulo final.

Y tanto más vivo es el deseo que nos anima de continuar atendiendo las necesidades más apremiantes de aquellos desventurados, cuanto más consideramos que la escasez del tiempo nos ha impedido visitar todos los pueblos arruinados, como tambien detenernos suficientemente en los mismos á que hemos podido llegar. De manera que hemos de confesar francamente que aún en

el mismo viaje no hemos hecho todo lo que deseábamos hacer.

Hay gran número de desgracias, además de las que hemos descrito: estamos asimismo convencidos, de que aun las más vivas descripciones, por más que se han hecho bajo la impresion del momento, están muy léjos de dar una idea real y verdadera de la inmensidad de aquel infortunio. Suplicamos pues á nuestros lectores, si leyendo algunas de estas escenas horribles de aquella noche siniestra, se ha conmovido su corazon y despertado su simpatía, que ellos mismos se imaginen las terribles consecuencias en aldeas, pueblos y villas, tantos centenares de muertes, muchos hombres mutilados, muchísimas mujeres viudas, los niños sin padres, los pobres y ancianos sin albergue, los labradores sin trabajo, los enfermos sin medicamento ni médico, los campos perdidos, los restos de la recoleccion del año anterior destrozados: y con toda su fecunda imaginacion no alcanzarán la triste, la horrible realidad. Y no solamente en el momento del infortunio, sino hoy aún más que entónces, la desgracia de estos pueblos propone esta pregunta á sus hermanos: «¿Hemos de dejar de subsistir como pueblos? ¿Será esta desgracia ocurrida á nosotros, de la cual vosotros habeis felizmente escapado, la ruina total de una comarca fértil y laboriosa? ¿ó que-reis ayudarnos más, mucho más de lo que nos ha ayudado hasta hoy vuestra caridad, para que volvamos de nuevo á la vida, y compartamos con vosotros los trabajos en bien de nuestras familias y en provecho de nuestra amada España?»

Preguntas son estas de cuya contestacion depende la vida y el bienestar de miles, no sólo de almas, sino de familias; si bien creemos que el epígrafe de esta última

carta encierra ya en sí la contestacion principal. Quisiéramos decir á todos estos hermanos desgraciados: «Sí, hermanos, no queremos olvidaros; nosotros, sobre todo, que hemos visto con nuestros propios ojos las ruinas de vuestra dicha, que hemos oido con nuestros oidos el quejido de los huérfanos y el sollozo de las viudas; que hemos sentido en el interior de nuestra alma, que, si bien os dá-bamos algunas migajas de nuestra caridad, no podíamos hacer la centésima parte de lo que era necesario para volveros al estado en que estábais ántes, nosotros no dejaremos de pensar en vosotros y de trabajar por vosotros hasta que la última casa destruida sea reedificada.» Pero al mismo tiempo os decimos: «No confieis en nuestros esfuerzos; no fieis siquiera en nuestras promesas sinceras; pues posible es que á pesar de la mejor voluntad del mundo no lleguen á realizarse; mas trabajad vosotros como si no hubiera otra esperanza; tratad de levantar los tabiques caidos de vuestra casa; quitad los escombros, corregid los desperfectos, como si no hubiese ni caridad privada, ni suscripcion oficial y nacional. ¡Ayudáos á vosotros mismos, y Dios os ayudará!»

¡La suscripcion nacional! ¡Cuántas señales de exclamacion merece! ¡Miles, y centenares de miles y millones de pesetas! ¡Y cómo compadecemos al hombre á quien se dé el encargo de repartir estos fondos! Aunque sea la honradez en persona, aunque trabaje dia y noche con la mejor voluntad, aunque tenga la sabiduría de Salomon, ¡cuánto clamoreo se levantará contra él! y tal vez este será tanto más grande, cuanto más de aquellas facultades posea. De seguro que si los mismos ángeles hicieran la reparticion, tampoco nadie quedaria contento. ¿Por qué? Porque esperan de estas limosnas oficiales que les edifiquen sus casas; que les pongan en mejor estado de lo

que han estado ántes, haciendo de una choza un casti-
llo; que hagan de los pobres ricos, y que no solamen-
te devuelvan á los ricos sus riquezas perdidas, sino que
añadan algo más á lo que ántes poseyeron.

Nadie reflexiona que en realidad esta suscripcion na-
cional no puede ni debe ser más que una ayuda, una
muleta que les sirva para que aprendan otra vez á andar
despues de haber sido paralizados por el choque de la
desgracia; mas si bien la muleta les ha de servir para al-
go, los principales esfuerzos han de venir de ellos mis-
mos. Por otra parte, esta esperanza en la suscripcion
nacional los ha impulsado á dejar sus casas en ruinas,
para poder mostrar mejor título de indigencia y reci-
bir mayor suma de los donativos; más aún, ha dado mo-
tivo en algunas partes, como lo hemos visto, para que
derribasen paredes y techos que por malos que eran, aún
seguian servibles; y no nos cabe la menor duda, de que
hoy todos los pueblos sin excepcion ofrecerian ya mejor
aspecto, si no hubiesen tenido conocimiento alguno de
que estos fondos se recogian para ellos. Así se compren-
derá con cuánta razon insistimos en nuestro consejo dado
á todos los desgraciados de estos pueblos: «Trabajad vos-
otros mismos, como si no hubiera suscripcion nacional; si
abrigais la esperanza—y tenéis derecho á abrirla—que
esta suscripcion se hizo para vosotros y que os tocará algo
de ella, esconded esta esperanza en el fondo de vuestro
corazon y no conteis con ella para lo presente. Y sobre
todo desechad esta funesta idea, de que alcanzareis más,
cuanto más ruinosas se queden vuestras casas y propie-
dades. Porque aunque en realidad así fuera, perderéis
mucho más de lo que ganais esperando con los brazos
cruzados á que esta fortuna os alcance. Así, pues, manos
á la obra sin tardar un solo minuto.»

No somos tan pesimistas que no esperemos resultado
alguno de esta abundante caridad que se ha revelado en
la suscripcion nacional, gloria legítima de los españoles.
Esperamos de ella algo, esperamos mucho. Ya una de
las primeras medidas que ha tomado el comisario regio,
nos ha llenado de satisfaccion, porque prueba que él en
verdad ha empezado por donde debia comenzar. Era jus-
to y necesario á la vez, que fijara desde luego algunas
condiciones indispensables para la reconstruccion de las
casas, sin las cuales no dará donativo alguno de los fon-
dos que le han sido confiados con tal objeto.

Ni la cuarta, ni la décima parte de las casas que
se han venido abajo, se hubiera derrumbado, si hu-
bieran tenido las condiciones necesarias de buena cons-
truccion y estabilidad. Por otra parte es conveniente ele-
gir el terreno, segun las experiencias de los últimos me-
ses lo han demostrado. Para ello necesita el comisario
regio una voluntad de hierro y una paciencia sin límites.
En algunos pueblos se estarian edificando las casas ya,
si los habitantes no hubieran pedido precios elevadísi-
mos, exorbitantes, por el terreno que ántes poco les pro-
ducia, pero que ahora quieren convertir en mina de oro,
buscando no el restablecimiento de sus casas, sino rique-
zas sacadas de la suscripcion nacional.

Nosotros mismos tuvimos ocasion de decir á algunos
alcaldes: «Nos parece justo, ya que os quieren reedificar
las casas, que vosotros deis el solar de balde;» pero no
querian oírnos. Justo castigo seria si ahora se quedasen
sin casas y sin compradores del terreno. Pero ya se con-
vencerán, de que su propia terquedad les perjudica, y
que anhelando más de lo que se les ofrece, les pasará lo
que á aquel perro de la fábula: que dejando el pedazo de
carne que tenia en la boca para coger el que veia refle-

jado en el agua, perdió á la vez su ilusion y la realidad.

Los terremotos y las conmociones subterráneas no cesan; probablemente, segun indica la misma configuracion del terreno, no cesarán aún en algun tiempo. Pero si las construcciones nuevas se hacen en condiciones sólidas, sobre el terreno que hasta ahora más ha resistido á las conmociones terrestres, no existe peligro alguno— ó á lo ménos es muy pequeño—de que las casas reedificadas se vengan otra vez abajo. Buena prueba de ello son las construcciones romanas, que no se han movido ni poco ni mucho, y las construcciones árabes que se han mantenido en pié. En efecto; si el terremoto sirviera para cambiar toda esta multitud de casuchas y de chozas de barro, hechas con vigas delgadas, malas y podridas, ó con adobes, siempre dispuestas á derrumbarse bajo la influencia de la primera lluvia torrencial, en casas sólidas, tal vez pequeñas, sencillas, pero dignas de servir de habitacion á hombres (pues ¡cuántas hemos visto que más parecian guaridas de animales!) entónces habria hecho un grandísimo bien á toda aquella comarca.

Entendemos asimismo, que la ayuda de la suscripcion nacional se ha de dirigir, sobre todo, á la reconstruccion de escuelas y á proporcionar edificios más espaciosos y más á propósito para la educacion de la juventud. ¡Cuánta ignorancia en aquellos lugares apartados de la civilizacion! ¡Qué triste es encontrar á centenares de personas que no saben leer ni escribir! No hay además manera mejor para una reparticion justa y para todos igualmente benefica de los fondos recogidos para todos. Al principio de este siglo, en 1812, los franceses conquistaron la ciudad de Hamburgo, tratándola cruelmente, de manera que pocas ciudades de Alemania han sufrido los desastres que cayeron sobre aquella desven-

turada ciudad. Así era justo que despues de las victorias alcanzadas sobre Napoleon, sus pérdidas fuesen compensadas de algun modo por la contribucion de guerra que Francia debia pagar á los vencedores. En efecto alcanzó á Hamburgo una cuantiosa suma de indemnizacion; mas ¿quién se atrevia á hacer una reparticion justa en la medida de las pérdidas que se habian sufrido nueve años ántes? Así los padres de la ciudad tomaron la sábia resolucion de no pagar á nadie nada; pero sí emplear toda la suma en la construcccion de un hospital comun, grande, cómodo, á la altura de la ciencia terapéutica, para que de este modo todos disfrutaran de la indemnizacion, ya que todos habian sufrido los desastres de la guerra. Algo de esto nos parece que podria tener lugar en el dia de hoy en los pueblos desgraciados. Si parte de la suscripcion nacional se emplease en dotar todas aquellas poblaciones de escuelas bien montadas, el beneficio seria grande y alcanzaria igualmente á todos los que han sufrido. Con mayor instruccion aumentaria tambien la riqueza de aquellos pueblos y desaparecerian algunas costumbres rancias, inveteradas, y supersticiones sin cuento que ahora menguan el sano desarrollo de aquellas comarcas.

Tampoco seria desacertado emplear algunos fondos en el mejoramiento de los caminos vecinales. Gran parte de la miseria reinante actualmente en estos pueblos, como tambien la tardanza del auxilio destinado para ellos, reconoce por causa los caminos malísimos, abominables. Su mejoramiento proporcionaria igualmente trabajo á los que no lo tienen, y resolveria de esta manera, en parte á lo ménos, la gran dificultad actual, en la que todos los que hemos viajado por aquellas comarcas con el objeto de llevar algun socorro, estamos conformes, es

decir, que el dar limosna á los pobres no es hacerles bien alguno, sino ocasionarles un mal grandísimo; es convertir á gente hasta ahora laboriosa y trabajadora en gente holgazana y perdida. Al contrario, darles trabajo con que puedan ganar su propio sustento y el de sus familias, es la verdadera redencion para ellos. ¡Cuán bueno seria el ejemplo que daria el Estado, si á lo ménos terminase las carreteras empezadas y medio concluidas; y cuánto bien haria el comisario regio si en todas partes ponderase la importancia de estos trabajos y ayudara ó prometiera su eficaz auxilio si los pueblos mismos los emprendieran!

Porque no nos cansaremos de repetir que el verdadero auxilio ha de venir de los pueblos mismos y de su propia iniciativa. No son tan ignorantes de esta buena práctica como podria creerse; y los ayuntamientos y las Juntas de socorros que se han formado en todas partes, serian los instrumentos propios para emprenderla. Pero aquí está el mayor mal, y es, que estos ayuntamientos y estas Juntas, viendo que la caridad se apresuraba á llevarles socorro, y teniendo noticias de la gran suscripcion nacional, han creido que todo debian esperarlo de la intervencion oficial, y se han llevado, como no podia ménos de suceder, un solemne chasco. Ni ellos han tomado la iniciativa, ni el Estado ha llenado las esperanzas que en él ponian. No seria justo atribuir á ellos solos la culpa de lo que sucede. El Estado nombrando alcaldes y ayuntamientos de real orden, variándolos segun convenia á la política del momento que pronto cambia y siempre es insegura, ha viciado en su médula estos órganos de *self help*, como dirian los ingleses, órganos de propia administracion é iniciativa propia. No son ya representantes de los pueblos sino por el tiempo que place

al señor Gobernador; carecen por lo tanto de responsabilidad verdadera, de empuje propio y del arraigo necesario entre sus vecinos. Hemos de volver á los antiguos tiempos, cuando las poblaciones bien administradas se gloriaban de sus buenos alcaldes y ayuntamientos, y los concejales cifraban su gloria no tanto en los fajines lucientes, como en la buena administracion y el bienestar de sus convecinos. ¿Por qué los pueblos de Restábal, Saleres y Albuñuelas no habian de emprender en seguida el mejoramiento de los caminos vecinales, la construccion de los puentes necesarios, el encauzamiento de los torrentes? ¿Por qué no trata la marquesa de Campotéjar y sus administradores de poner todos los caminos de aquel pequeño reino feudal en tal estado que fuesen la admiracion de toda la comarca vecina y estimulasen el celo de sus habitantes para imitarlos? ¿Por qué el gran pueblo de Periana no emprende resueltamente la obra de poner su camino principal á Vélez-Málaga en tal estado que no fuera por más tiempo ludibrio de los hombres y camino de tormentos para las bestias? La ayuda del Gobierno será siempre insuficiente, y la solicitud de algunos diputados en favor de sus provincias resultará siempre ineficaz ó de poca monta, mientras la gente misma no haga lo que debe, y empiece por sí sola las mejoras tan necesarias.

Y por último—porque este en verdad es el último consejo que damos para poner fin al capítulo y al libro—para que se realizara esta iniciativa salvadora, esta energía espontánea y poderosa de los pueblos, ayuntamientos y Juntas, hace falta la *iniciativa individual*; y todo lo que tienda á producirla ó á avivarla, será un bien imponderable para el pais. Si han de repoblarse de árboles aquellas alturas y montañas, no basta el manda-



miento de las leyes ó gobernadores; han de ser educados los habitantes de tal manera que sepan, que el que planta árboles en su campo ó en la parte del monte que le pertenece, ha merecido bien de su patria. Los habitantes más ancianos de Zafarraya recordaban aún el tiempo, en que todo el gran anfiteatro que en nuestra visita á los Sumideros hemos descrito, era propiedad del real patrimonio y estaba poblado de densos bosques y matorrales. Tenemos la firmísima convicción de que en aquella parte á lo ménos no hubiera habido terremotos, si los montes que ahora están completamente desnudos, hubiesen estado cubiertos de matorrales y arbolado. Nos explicaremos con una palabra. El arbolado bastaba en los siglos anteriores á retener la humedad del invierno para poder gastarla en el verano. Mas habiendo sido cortados los árboles, la lluvia y las tormentas han barrido las montañas y les han quitado la tierra; todas las gotas de las aguas corren al valle, forman allí los rios que ántes tampoco existian, y buscando salida la han encontrado por cuevas y cavernas subterráneas y de esta manera han minado los fundamentos de las montañas y siguen minándolos. *Gutta cavat lapidem*. No es tarde aún. Una activa repoblacion de las montañas con arbolado, disminuiria las corrientes de los rios, y reteniendo la humedad, constituiria un bien para la fertilidad de la comarca, sin que las aguas fuesen la causa de nuevos sacudimientos de las montañas. A algunos parecerá esta una idea quimérica; nosotros que hemos puesto empeño especial en recoger todos los datos é informes sobre el particular y en el mismo terreno, estamos convencidísimos de ello. Grandes efectos corresponden á veces á causas aparentemente pequeñas.

No recordamos quién ha interpretado la máxima an-

tigua *Ora et labora, Trabaja y orad*, de la manera siguiente: «Orad como si todo vuestro trabajo no os aprovechase nada, y trabajad como si todas vuestras oraciones fuesen en vano.» Creemos en esta máxima y tenemos tambien por acertada la interpretacion. Creemos que en ella está la salvacion y la prosperidad de los pueblos como del individuo. La confianza en un Dios á quien llamamos Padre nuestro, en cuyo amor y cariño para con sus hijos creemos firmemente, aunque alguna vez nos es tan difícil comprenderlo como siendo niños nos ha sido imposible entender lo que nos parecia cruel dureza ó era castigo sensible, mientras ahora tal vez por ninguna cosa demos á nuestros padres tantas gracias como por estos castigos; esta confianza filial en la providencia divina aumenta en nosotros la alegría, el gozo y la gratitud, y nos da tranquilidad y sosiego en medio de las desgracias y de los golpes más terribles. Esta misma relacion filial de los hijos de los hombres con su Padre celestial, no produce ni fatalistas que llevan resignadamente lo que no pueden alterar, ni holgazanes que esperen á que Dios les haga entrar volando los pichones asados en la boca. Sabiendo que nuestro Padre pide el empleo de *todas* las fuerzas que El nos ha dado, y que desde su trono mira el uso que sus siervos hacen de los talentos que les han sido confiados, trabajaremos con anhelo, mirando hácia arriba mientras vencemos un obstáculo tras otro en la tierra, seguros de que nuestro Dios hará prosperar la obra de nuestras manos.

Si hay una religion que favorece la iniciativa propia, es el cristianismo. El nos hace responsable á cada uno, porque todos hemos de aparecer ante el juicio de Cristo para recibir el pago segun nuestras obras. El pone el noble objeto de la vida ante nuestros ojos: servir á los

demás; y mientras empleamos todas nuestras fuerzas é inteligencia para prosperar, aprendemos sin embargo, á usar de los bienes de este mundo como si no los tuviésemos, y á hacernos con estos bienes amigos que nos recibirán á nuestra entrada en la patria. No creemos en el refran: *Fíate de la vírgen y no corras*; pero por propia experiencia hemos probado la verdad de aquel otro: *Ayúdate á tí mismo, y Dios te ayudará*.

Réstanos consagrar un recuerdo de gratitud á todos cuantos nos han ayudado en nuestro viaje, y en la delicada pero grata tarea de la reparticion de los donativos. El número de ellos es grande; no hay aldea, por pequeña que sea, donde no hayamos encontrado personas afectuosísimas y hospitalidad cariñosa y amable. Esperamos que esa primera vez en que nos hemos visto, no sea tambien la última, y les enviamos á la vez con la promesa de que aún en el porvenir no los olvidaremos, el saludo de los tiempos antiguos, que encierra oracion por su bienestar, memorias cariñosas y afectos de gratitud y bendicion:

«¡DIOS OS SALUDE!»



ÍNDICE.

	PÁGS.
Al que leyere.....	3
I. Preparativos y peripecias del viaje.....	5
II. El valle de Ecrin. Murchas. Talará.....	11
III. Melegís. Restábal. Saleres.....	17
IV. Albuñuelas.....	26
V. Jayena. Fornes. Arenas del Rey.....	33
VI. Alhama.....	42
VII. Los baños de Alhama. Santa Cruz y el Cortijo de la Valenzuela.....	55
VIII. Despedida de Alhama. Los Sumideros y Zafar- raya.....	71
IX. Ventas de Zafarraya. El Boquete.....	80
X. Periana. El Cortijo de Guaro.....	89
XI. Alcaucin. Canillas de Aceituno.....	99
XII. Torrox. Frigiliana.....	107
XIII. Vélez Málaga. Torre del Mar.....	114
XIV. Málaga.....	121
XV. Ayúdate á tí mismo y Dios te ayudará.....	131